

y José Antonio Ramírez Uribe, el entonces Teniente - Coronel Temístocles Díaz, y, modestamente, el que esto escribe.

Justo es reconocer, desde luego, que el General Simón Chauz, salvo sus salidas características, si así se puede decir, que le mermaban seriedad a algunos de sus actos y enflaquecían, con perjuicio de la misma campaña, la ayuda que nunca debió faltarle, sincera y eficaz, fué un liberal doctrinario que supo defender con devoción y talento nuestros ideales políticos en el campo de las letras, donde tenía conquistada brillante posición; y, que, en nuestras filas, hizo labor, si nó de resonantes triunfos, sí de abnegación y de honradez.

El armamento que había servido para la campaña, hasta esos días, se componía únicamente de rifles Remington muy usados, armamento que, en el probable caso de que la cañonera «Boyacá» intentara forzar la entrada a la bahía de la ciudad, amparada por su artillería, no podía constituir seria amenaza, aún en el supuesto de que se limitara a bombardear la población, como podía verificarlo desde una distancia a la cual no alcanzarán los proyectiles de esos rifles. De esas consideraciones partió la idea, que se llevó a la práctica en seguida, de utilizar un viejo cañón de los del tiempo de la Colonia que, como ocurre en otros lugares del país, se encontraba abandonado, lo mismo que veinticinco o treinta balas adaptables a su calibre. Colocóse en una cureña de recia madera; se le barnizó de negro a excepción de la parte correspondiente a la boca, que se le pintó de rojo, y, popularmente, se le bautizó con el nombre de «Eduvigis», particularidades que no fueron caprichosas, pues obedecieron a represalia, o sea a que un sujeto de ese nombre, oriundo de Tumaco o de Barbacoas, cuya cara y labios, respectivamente, tenían los colores que se dieron a dicho cañón, venía publicando en la prensa periódica de la ciudad de Panamá, artículos llenos de pasión y de encono contra nosotros. Todavía se encuentra el «Eduvigis» o cañón en cita, según lo he sabido últimamente, en el mismo lugar en que fué colocado cuando se le montó en su cureña, hecha ad-hoc.

Existía en la ciudad un núcleo de copartidarios a los que el partido les debe gratitud por los oportunos y útiles servicios civiles prestados a la causa, a la cual no sólo se la ayuda ofrendándosele la vida, sino también, como ellos lo hacían, con el aporte de recursos pecuniarios y sanos consejos. Merecen especial mención el venerable anciano don Marco del Castillo, de virtudes patricias; el respetable caballero don Delio Delgado, Manuel Benítez, Luis, Domingo Humberto y Moisés Escrucería, y otros más cuyos nombres desearía recordar.

Durante mi permanencia en la plaza de Tumaco engrosaron nuestras filas con la llegada de algunos importantes copartidarios, de los cuales recuerdo por sus nombres, a los doctores Temístocles Rengifo V., jurisconsulto; Rubén Paz, médico; y el entonces estudiante Efraín Llorente, todos caucanos. El doctor Rengifo V., tenía el carácter de emisario del doctor Foción Soto, ante los Jefes de las fuerzas liberales que operaban en el antiguo Departam-

mento de Panamá y la costa sur del Cauca. Por su cultura, moderación y cultivado talento, se atrajo las simpatías generales. Desde esa época me unen a él cordiales lazos de amistad que ni el tiempo ni la distancia han podido aflojar. El doctor Paz, inmediatamente comenzó a prestar sus importantes servicios profesionales, al lado del doctor Benjamín Núñez Z., quien con celo, consagración encomiable, hábil manejo de la cuchilla y doctas prescripciones, había salvado las vidas de muchos camaradas heridos en los combates o prostrados por el paludismo que nos agotaba. Fué pues, valiosa la ayuda que encontró en el doctor Paz, excelente facultativo, a quien adornaban además, bellas prendas personales. Llorente, mancebo aún,—tendría a lo sumo veinte años de edad—había abandonado en Bogotá las aulas para ingresar a la campaña. Su vivacidad, carácter alegre y comunicativo y las sutilezas de que se valió para realizar su viaje, que complacidamente refería, le granjearon la mejor acogida. Cómo me complace recordarlo!

Entre las **clases** del Ejército, un sargento de apellido Oyola, de propia voluntad, embarcado en una pequeña canoa que hacía guiar por un soldado de su compañía, dió, más de una vez en tirotearse con el enemigo, desde el medio del canal que separaba nuestro campamento de la isla de «El Morro», donde se encontraba aquél. Su temeridad, de la cual siempre salió ileso, que lo exponía a perder la vida sin tón ni són, le fué, primeramente, reprendida, y después, sancionada con penas de arresto, hasta que se logró hacerlo entrar en juicio, con gran contrariedad de su parte, porque su actitud despertaba simpatía en la tropa.

Esta reminiscencia, como las otras que he hecho, y haré en estas páginas, las apunto, no tanto porque encajan en el orden cronológico de los incidentes y sucesos acaecidos durante las campañas en que actué, que me he propuesto relatar fielmente, cuanto porque talvez puedan contribuir a revelar el ambiente espiritual y moral — si en ello cabe distinción — que se respiraba en los respectivos campamentos.

Aunque, virtualmente, como queda demostrado atrás, la ciudad de Tumaco era un campamento, siempre, en cierto modo, se hacía vida social. Mi buen amigo, Coronel Eduardo Ortiz, galantemente, me relacionó con la familia de don Miguel Vicente Díaz quien, a la sazón, hacía parte de las fuerzas conservadoras situadas en la isla de «El Morro». Las bellas y simpáticas señoritas Díaz, después que tuve el honor de ser presentado a ellas, a su vez me presentaron a otra muy culta y simpática señorita, su amiga, que las visitaba, la cual al rendirle mis respetos, correspondió con estas palabras: «Eufemia Lemos, hija de Florentino Lemos». En la calle, de salida de esa agradable visita, inquirí a Eduardo: «¿Por qué la señorita Lemos de manera tan significativa, me hizo saber el nombre de su padre?». «Ah! tú no sabes? Su padre es uno de los prisioneros que aquí tenemos», respondió. Al día siguiente, estando de facción como Jefe de Día, cumplidas las formalidades de la entrega y recibo de los prisioneros, acorde con la respectiva lista, llamé aparte

a la persona que respondió al nombre de Florentino Lemos, un caballero cargado de años y de buen aspecto. Le manifesté que la noche anterior había tenido el honor de ser presentado, por las señoritas Díaz, a su simpática hija, la señorita Eufemia; que, con tal motivo, me ponía a sus órdenes, deseoso de prestarle algún servicio, significándole además, cuanto sentía relacionarme con él en circunstancias de no poder remediar, como lo hubiera deseado, la penosa situación en que se encontraba. Cortesmente agradeció mis sinceras manifestaciones en su favor, añadiendo, que a su señora esposa le sería muy grato también, manifestarme personalmente sus agradecimientos por mis atenciones para con él. Autorizado por esa insinuación, días más tarde, anuncié a doña Felisa, que así se llamaba su digna esposa, una visita, de la cual salí muy satisfecho, por la cortesanía con que fui atendido.

Debido a que en Tumaco, como es sabido, las lluvias son casi permanentes, se hacía necesario el uso de sobretodo u otro abrigo, para poder recorrer, sin mojarse, los retenes que resguardaban el campamento. Tal inconveniente, me obligó a comprar una tela de las que sirven para confeccionar bayetones, con el objeto de que me hicieran con ella una de estas prendas, que me hacía mucha falta. Dicha tela era negra, y para lograr que resultara más impermeable el abrigo que de ella se iba a hacer, conseguí unas yardas de lanilla roja que se le adaptaban perfectamente. Unir esas dos telas, hacerles una abertura central, adornarlas con sendos ribetes, era labor sencilla y propia de manos de mujer, de donde, alentado por sus finas atenciones, rogué a las señoritas Díaz que se dignaran permitirme confiarles la labor aludida, petición que fué acogida amablemente. Con pretexto de ir a recibir el fruto de la labor que me había permitido encomendar a sus bellas manos, las visité de nuevo y a poco de haberlas saludado, una de ellas, María, si no recuerdo mal, me dijo sonreída, como a su vez lo hicieron sus hermanas: «Nos hemos tomado la libertad de escoger el color de la cinta con que hemos ribeteado la abertura del bayetón», y, desdoblándolo, apareció que era azul ese adorno. «Comprendo, les dije, complaciente, que, intencionadamente, han colocado ustedes la divisa del partido conservador—al cual en ustedes saludo respetuosamente—para que resalte en una prenda que ha de usar un liberal. Lejos de disgustarme, en honor y en recuerdo de ustedes, la llevaré ufanamente. Pero, en todo caso, tal vez no han caído ustedes en cuenta de que el deslumbrante rojo de la tela que forma el reverso de ese abrigo, indefectiblemente, anulará el lucimiento de esa insignia. Tan pequeña así resulta!». Les dí las gracias más rendidas y esa fué la última ocasión en que tuve el placer de hablar con ellas, pues esa misma noche se me ordenó seguir a hacerme cargo de la guarnición de la isla de «El Gallo» y «Salahonda», de que me ocuparé a su debido tiempo.

Días antes llegaron a la ciudad, primero, el General José Cicerón Castillo, procedente de un su campamento cercano al puerto de Buenaventura, si no recuerdo mal, cuyas tropas, según lo manifestó ingenuamente, lo

habían aclamado su Comandante en Jefe, con el grado de General. De sus actividades, por aquellas regiones, se tenía conocimiento por algunas comunicaciones que había dirigido al General Chaux, en varias de las cuales, le daba cuenta de su situación frente al enemigo, usando siempre esta frase: «Combate inminente»; pero nunca, que yo recuerde, llegaron a nuestro campamento noticias de que tales combates hubieran tenido lugar. Entiendo que su visita a Tumaco, tuvo por objeto conseguir algunas armas, que no se le pudieron proporcionar porque no las había disponibles. Hombre imaginativo, inteligente y de fácil palabra, daba gusto escucharle los planes militares que pensaba desarrollar. Dictó una conferencia bastante instructiva, acerca de nuestro platino u otro tema, que mereció aplausos.

El otro visitante, también General, de cuyo nombre no hago memoria, vino de «Tierradentro» o de esas cercanías, junto con dos o tres Oficiales y uno que otro soldado, a ingresar en nuestras filas, pues había sufrido descalabros en la campaña que, por su cuenta, había emprendido por aquellos lados, y no tenía elementos para volver a enfrentarse a las fuerzas que lo habían vencido.

No obstante de que, como lo he dejado dicho, por la escasez de armas y de otros elementos, permanecimos estacionarios en la plaza que ocupábamos, fuera de ella se habían establecido algunas guarniciones, siendo la más importante por su posición estratégica y de consiguiente la más numerosa, la correspondiente a la isla del «Gallo» y «Salahonda». En atención a estas circunstancias, se dispuso reforzarla y se me designó para Comandante de la misma. Con motivo de esta designación, y de otras destinaciones de algunos Oficiales para otros cargos, se decretaron nuevos ascensos y en la Orden General respectiva, aparecieron entre otras, de que me acuerde, las siguientes novedades:

Teniente-Coronel, Temístocles Díaz, ascendido a Coronel.

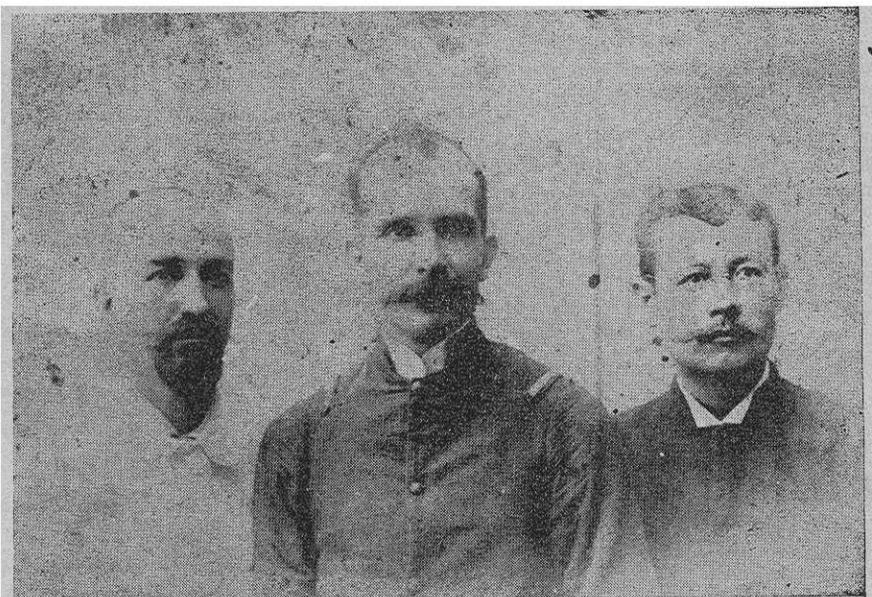
Sargento Mayor, Domingo S. de la Rosa, ascendido a Teniente-Coronel.

Capitán Jorge E. Gálvez, ascendido a Sargento Mayor.

Teniente José Antonio Plaza, ascendido a Capitán.

En el Boletín o periódico que se editaba bajo la dirección del Comandante en Jefe, en los números correspondientes a esa época, deben figurar esos ascensos.

La entrada a la bahía de Tumaco, es muy angosta. La estrechan la isla de «El Morro» y la costa firme, distantes unas de otras, algo menos de trescientos metros. El enemigo, permanentemente, mantenía un retén en ese punto de la isla, el cual, de día, podía sin obstáculo, dominar con la vista la cercana costa del frente; y de noche, ayudado por las luces de un gran farol, percibir cualquier canoa, por pequeña que fuera, que tratara de cruzar por el centro de ese espacio, a menos que, sigilosamente, se le condujera tan cercana



De izquierda a derecha: General Julio Plaza, General Simón Chaux  
y Teniente Coronel Domingo S. de la Rosa.

(TUMACO 1900)

a la orilla opuesta, que la densa sombra que arrojan los manglares que la bordean, la hicieran invisible desde aquella distancia. Validos de esas precauciones, una noche, a eso de las diez u once, embarcamos el Coronel Aníbal Dósman, a quien iba a reemplazar en el mando del destacamento de la nombrada isla, y yo, en una embarcación tripulada por tres soldados-bogas. Desde la salida del puerto buscamos el amparo de la obscuridad producida por la arboleda de la costa favorable, y, sin apartarnos de ella, avanzamos con rapidez, pues era vigoroso el impulso que le imprimían a la embarcación con los canaletes, los encargados de guiarla. Tan ágiles y duchos eran en ese oficio, que casi no se oía el manejo de esos instrumentos náuticos. Cuando pasábamos frente al farol dicho, divisamos claramente al centinela en su puesto, y apesar de que sabíamos que desde allá no nos veían, como lo comprobaba que no dispararan contra nosotros, sentíamos cierto desasosiego, que cesó al dejar atrás ese peligro. Amanecimos en el caserío de «El Piñal», donde nos desayunamos y luego seguimos al lugar de mi destino, al que arribamos sin novedad.



### XIII

Isla del «Gallo». — «Salahonda». — Ascensión Mosquera, Plinio Oliveros. — Llegada del vaporcito «Ricardo Gaitán Obeso». — Domingo Mosquera. — Desgraciadas consecuencias del ensayo de un cañón en «La Viciosa». — Comando del batallón «Mosquera». — Sargento Mayor Jorge E. Gálvez. — Expedición sobre Guapi. — Convoy de la expedición «Mosquera». — «Domingo Ortiz». — «Amarales». — «Sanquianga». — Devolución de artículos robados. — Castigo del delincuente. — Nicolás Martán, Fidel D'Cross. — Ocupación de Guapi. Captura del batallón «4º o 24 de Cali». — Coronel Cristóbal Guerrero. — Oficiales de apellidos Torrijos y Tenorios. — Capitán..... Romero, Eladio Polo R., Juan Esteban Castro, Aristides Baraya. Ocupación de «El Charco». — Llegada de Paulo Emilio Morales y Rafael Urriola. — Auxilio al Ejército Liberal de Panamá. — «Nuquí»  
Río Bayano. — «Punta de Chame».

La isla del «Gallo», célebre por haber puesto en ella sus plantas el conquistador don Francisco Pizarro, hace varios siglos, es asiento de la pequeña población denominada «Salahonda». La tropa cuyo comando se me había confiado, estaba acantonada, por razones de estrategia, en una finca de árboles frutales de propiedad del señor Ascensión Mosquera, ubicada en un extremo de la isla. De ese punto, se iba a la citada población, que queda al lado opuesto de la misma, por agua, en las altas mareas; o cruzando trabajosamente, por entre bejucales que enmarañan el arbolado que allí existía o existe. Además de la casa principal, que la habitaban el señor Mosquera y su familia, en la cual se me proporcionó muy buen alojamiento, la finca tenía otras que su dueño cedió para la guarnición. Fortuna fué para mí encontrar a tan serviciales personas, porque el paludismo que azotaba al Ejército, endémico en esas regiones, había comenzado a minar mi organismo desde mi última estada en Limones, y me hacía padecer, periódicas, álgidas fiebres, durante cuyos accesos, recibí solícitas atenciones de esa familia que, también se esmeraba en ofrecerme los mejores platos de su mesa, muchos de los cuales jamás los había saboreado, pero exquisitos al paladar y a la vista. Citaré, por lo típico de sus nomenclaturas y la manera de prepararlos, los siguientes: «Pusandao», «Colinos» y «Balas». El primero, no es más que el popular sancocho, del cual sólo se diferencia en el nombre, pues se le condimenta al igual que éste; el segundo, es la denominación que se le dá al plátano; y el tercero, la masa que resulta de machacar éste, verde, cocido o asado, masa que adobada con sal simplemente o con pedacitos de chicharrón, después de

amoldada en forma de pelotas, sustituye al pan o al bollo, para acompañar a otros alimentos. El coco, o mejor dicho, el jugo de su afrecho en estado primitivo o lechoso, lo usan para hervir el chocolate, y, convertido en aceite, lo emplean no sólo para darle gusto al arroz, sino hasta para soasar pollos que, así aderezados, resultan muy sabrosos.

Para que esa importante posición, de cuya seguridad debía responder, no peligrara en mis manos, la mantenía vigilada por retenes convenientemente distribuidos que se visitaban, sin descanso. Todos los días, de acuerdo con las necesidades del servicio, se daba instrucción militar, pues se trataba de soldados colecticios que necesitaban de ese aprendizaje, útil por añadidura, porque los libraba de la pereza que, como reza el adagio: «Es madre de todos los vicios», sentencia cuyo cumplimiento, sobre todo en milicia, debe evitarse.

Pasados algunos días llegó a «Salahonda», al frente de regular grupo de soldados que había reunido por su cuenta, el Sargento Mayor Plinio Oliveros, e inmediatamente se puso a mis órdenes. Aunque no lo conocía de antemano, acepté sus servicios, porque se me dieron los mejores informes acerca de él, y, de hecho, quedó incorporado a mis tropas.

Largo tiempo más tarde se me informó por la Comandancia en Jefe, que acababa de regresar a Tumaco el Coronel Temístocles Díaz, después de haber cumplido satisfactoriamente la comisión que, merecidamente, se le había encomendado; y, que como resultado fecundo de sus labores al respecto, había traído bajo su mando, desde Guayaquil, al vaporcito «Ricardo Gaitán Obeso», armado en guerra; abundante cantidad de rifles y de cápsulas, y artillería de montaña con suficiente dotación de granadas; que se había dispuesto abrir operaciones para rescatar a Guapi; que con ese intento, pronto se me reuniría el General José Antonio Ramírez Uribe, a quien se había destinado como Jefe de las operaciones a desarrollar, y quien me haría reconocer del batallón «Mosquera», del cual se me había nombrado Comandante; y por último, que la expedición iría convoyada por «El Gaitancito», a órdenes del Coronel Díaz.

No fué necesario esperar mucho para el desarrollo de los acontecimientos anunciados, pues al cabo de pocos días, llegaron a mi campamento el batallón en cita, al mando inmediato de su segundo Jefe, Sargento Mayor Jorge E. Gálvez; y a bordo del «Gaitán Obeso», su Comandante el Coronel Díaz y el General en Jefe de las operaciones referidas, General Ramírez Uribe. Como práctico o timonel de ese vapor venía Domingo Mosquera, onundo de Tumaco, uno de los marinos que mejor conocía esas costas, pero que, caso singular, no sabía nadar. De común acuerdo ellos y yo trazamos el derrotero que debíamos seguir, y dadas las órdenes del caso, antes de partir, el Coronel Temístocles Díaz, mi leal amigo y compañero de todas las épocas,

me hizo minucioso recuento de su angustiosa labor para dar cima, como lo había conseguido, a su delicada misión, de cuyos buenos resultados dependía la suerte de nuestras armas.

Independiente de la artillería del «Gaitancito», fueron dos, modernos y de tiro rápido, los cañones que consiguió el Coronel Díaz para el Ejército. Ambos se llevaron a la isla «La Viciosa» para ensayarlos. El primero que se sometió a esa prueba, funcionó correctamente, mas el segundo, al cerrársele la culata, después de cargado, disparó por ese punto y los fragmentos de su carga, arrancaron, hasta más arriba del codo, el brazo derecho del artillero que lo manejaba y le partió la tibia a uno de sus ayudantes que estaba a su lado. Ese cañón no se utilizó más, y, definitivamente, se le dió de baja. Meses, muchos meses después, el mismo cañón cayó en manos del General Carlos Albán, en Tumaco, con motivo de una acción de armas cuyos pormenores no caben dentro de estos apuntes, porque ella ocurrió en una época distinta de la en que actué, que es a la que se contraen estos recuerdos. Anoto el caso para mera información. Sucedió pues, como se supo en su oportunidad, sin que el hecho fuera desmentido, que el jefe victorioso, topó ese cañón, y nuevo como lo estaba, pero ignorando el defecto que lo hacía inservible, lo tomó como presa de guerra. Lo trasladó al vapor mercante «Acajutla», habilitado como nave de guerra, en que andaba, y al entrar a la bahía de Buenaventura, Esteban Huertas, echándose las de artillero trató de dispararlo, desde la «Punta de Bazan», contra una guernilla liberal que por allí actuaba, con tan mala suerte para él, que le despedazó la mano derecha que, desde entonces le falta, pues también se disparó a la inversa.

Terminados los preparativos para la marcha, embarcamos en el «Ricardo Gaitán Obeso», el Jefe de Operaciones, General Ramírez Uribe y la plana mayor del batallón «Mosquera», que iba en embarcaciones menores, convoyada por el expresado vapor. En «Mosquera», la primera población a donde llegamos, previo el reconocimiento de ordenanza, tomé el mando inmediato de ese batallón. Allí demoramos un día. Continuamos avanzando y antes de acercarnos a Guapi, plaza ocupada por los contrarios, que era el objetivo de nuestra ofensiva, tocamos en los caseríos de «Domingo Ortiz», «Amarales» y «Sanquianga». Como este último era el más cercano al lugar a donde íbamos a combatir, desde un principio, se había pensado permanecer en él, el tiempo suficiente para recoger las mayores informaciones acerca de las medidas que hubiera tomado el enemigo para defender sus posiciones, en previsión de nuestro ataque, del cual, era de suponerse, tendría conocimiento.

Estando en esas, fuimos informados, reservadamente, el General Ramírez Uribe y yo, por el dueño de la casa en que nos hospedábamos, que un oficial de los que iban con nosotros—nos lo señaló con el dedo—tenía escondida, en las cabeceras del río en cuyas aguas estábamos, una pequeña goleta cargada con artículos hurtados del almacén y casa de habitación, en «El Charco», de don Nicolás Martán, acaudalado comerciante conservador. Inmediatamente

despachó el meritorio General José Antonio Ramírez Uribe, — vencedor más tarde con el intrépido Roberto Payán, en el combate naval entre «El Padilla» y «El Lautaro», en la bahía de Panamá, — sigilosamente también, una escolta para que, sin pérdida de tiempo, fuera a traer la dicha embarcación, dentro de la cual, una vez en nuestro poder, se encontraron, inclusive, varias prendas femeniles de vestir, y, hasta un guacal lleno de mates, las mercancías denunciadas, de todo lo cual se tomó nota bajo inventario. Por pronta medida, se ordenó la detención del sindicado de esa deprecación. El Oficial en cuestión, cuyo nombre no recuerdo, negro, como de veinticinco años de edad, alto, delgado, era uno de los oficiales que había llegado a Tumaco, junto con algunos soldados, en retirada de «Tierradentro», como se dijo atrás, y que por ser baqueano de la región que teníamos que recorrer, se le había dado de alta en el batallón «Mosquera», a la salida de éste del campamento general, para que nos sirviera de guía.

La indecorosa conducta de ese indigno Oficial, habría afectado y manchado la actuación nuestra, y, consecuencialmente, el buen nombre del partido, si no se le hubiera sancionado ejemplarmente. En efecto, se le degradó, militarmente, y se le infringió severo castigo corporal, verificado lo cual, por medio de un oficio, suscrito por el General Ramírez Uribe y por mí en el cual se reprochaba a nombre de nuestra causa, la deprecación de que había sido víctima, se le devolvieron las mercancías y prendas aludidas, al señor Martán, significándole a la vez, que para vestuario de nuestros soldados, de acuerdo con el Derecho de Gerentes, habíamos tomado de esas mercancías, algunas piezas de «Diablo Fuerte». Esa comunicación y el cargamento referido, se remitieron al señor don Fidel D'Cross, amigo y copartidario del señor Martán, para que se las entregara a éste.

Solucionado tan desagradable incidente, y en posesión de datos que nos servían para preparar el asalto a las fuerzas gobiernistas de Guapi, abandonamos a «Sanquianga» con rumbo a dicha plaza. Acampamos a menos de una jornada del campamento enemigo, con el propósito de pernoctar y tomar las últimas medidas para dar comienzo al ataque, en las primeras horas de la mañana siguiente. Pocas horas después de que se repartió el servicio de vigilancia del lugar donde habíamos hecho alto, uno de los retenes dió aviso de que unos señores, que se decían liberales, deseaban hablar con el Comandante en Jefe de la Expedición, quien ordenó que los trajeran a su presencia. Eran, realmente, copartidarios que traían la noticia de que durante la noche anterior, había abandonado a Guapi el batallón que la guarnecía, yéndose embarcados en canoas, con el fin de seguir a Buenaventura; agregando que se le podía atajar emprendiéndose enseguida su persecución. Acto seguido se levantó el campamento y tras acelerado andar, entramos a la plaza en cuestión, donde fuimos recibidos con entusiasmo y se obtuvieron las mejores indicaciones para dar con los fugitivos, antes de que tomaran mucha delantera. Partió el «Gaitán Obeso», en su busca y a pocas horas de marcha, encontró a la

hermosa goleta «Rosa del Charco», en momentos en que, a velas desplegadas, trataba de salir al mar, y dentro de ella, apiñados, los soldados, Jefes y Oficiales del batallón que acababa de desocupar a Guapi.

El Coronel Temístocles Díaz, ordenó disparar un cañonazo al aire, a modo de intimación, para que se rindieran. Ello, no obstante, parecía que los de la goleta no se habían dado por notificados de ese elocuente aviso, pero cuando, probablemente, se percibieron de que el artillero cargaba de nuevo su arma, pues a todas éstas se había acortado la distancia entre ambas naves, la «Rosa del Charco» arrió sus velas, y, a discreción, se entregaron todos. Dicho batallón estaba comandado por el Coronel Cristóbal Guerrero y tenía por nombre, no recuerdo bien: «4° de Cali» o «24 de Cali».

Traídos a Guapi, se hizo la lista de los prisioneros. Si mi memoria es fiel, entre ellos figuraban algunos Oficiales de apellidos: Tenorio y Torrijos, y el señor Eladio Polo R. El armamento, la banda de cornetas y tambores, estaban en magníficas condiciones, y su bandera, con el escudo nacional primorosamente bordado, era nueva. Muchos de sus soldados manifestaron que eran liberales — citaron los jefes a cuyas órdenes habían servido — pero que habiendo sido tomados prisioneros por el Gobierno, se les había intercalado en las tropas de éste, y que deseaban incorporarse a las nuestras. También uno de sus Capitanes, que ojalá no me equivoque al citar su apellido, ya que no recuerdo, en absoluto, su nombre, de apellido Romero, hizo confesión de liberal. Para respaldar su aseveración, mostró una libreta en una de cuyas hojas aparecía, suscrita por uno de los Jefes de las fuerzas liberales, que habían sido hechos prisioneros por el Coronel Cristóbal Guerrero cuando éste tomó a viva fuerza a la población, una constancia que, más o menos decía: «Recomiendo a mis copartidarios al Capitán..... Romero, que se ha manejado muy bien con nosotros». Como esas palabras no acreditaban que fuera liberal, sino simplemente que era acreedor a las consideraciones del liberalismo, dicho Capitán manifestó ahincadamente: «Ustedes comprenderán que no habría sido prudente y sí contraproducente para mí, que en esta constancia se hubiera dicho, claramente, que yo era liberal, como lo soy en verdad». Después se sabrá cómo se portó.

Con la autorización del General Ramírez Uribe, se dieron de alta en nuestras filas: como instructor, al referido Capitán y como unidades de tropa, a algunos soldados. De entre éstos tomé para ordenanza, en reemplazo de Juan Micolta, que tuvo que quedarse en Tumaco, a Juan Esteban Castro, que en ese servicio resultó incomparable. Era oriundo de Sonsón, Departamento de Antioquia, joven, blanco, muy pálido debido al paludismo, inteligente, tartamudo, chispeante y sobre todo, busca-la-vida, condición ésta que, en la vida de campaña es muy útil en ciertas circunstancias. De él me viene a la memoria en este momento, un chiste, que más bien tiene de dicho sentencioso: Viajábamos, embarcados, al anochecer, por una vía tan estrecha, que en un punto de su trayecto — entre «Guabal» y «El Congal» — las ramas

de los árboles que crecen a uno y otro de sus lados, proyectaban sombra tenebrosa. Existe la conseja entre el vulgo de esas regiones, que es supersticioso en su mayoría, de que en ese lugar sale un fantasma, motivo por el cual eran muy contados los que se aventuraban a cruzarlo, a obscuras. Ya entrada la noche, que de por sí se presentaba muy negra, como media hora antes de acercarnos al tan temido lugar, uno de los soldados-bogas que manejaban la pequeña embarcación en que íbamos, el que hacía de timonel, empleando uno de los vocablos que, indistintamente, usa mucho la gente nativa de esas contornos, para denominar a los Jefes Militares superiores «**Juejue**» o «**Grande**», cohibiendo sus palabras, me preguntó: «¿Vamos a pasar por «El Congal?», aludiendo, veladamente al fantasma o **aparición**, como ellos dicen. «Sí, le contesté, y no tengas ningún temor, porque los muertos no salen, como te convencerás cuando crucemos por aquél lugar». Juan Esteban, que oía el diálogo, gagueando, exclamó, dirigiéndose al boga: «¡Como si la vida fuera tan buena, para que después de que uno se muere, quisiera volver a ella!». Textual.

La ciudad de Guapi está situada a las orillas del río del mismo nombre y era el lugar nativo de mi inolvidable amigo y querido camarada Roberto Payán. Don Ramón, su venerable padre, conservador de mucho viso y acaudalado comerciante, a causa de la guerra, se había trasladado con toda su familia, entiendo que a la ciudad de Panamá, pues todos sus otros hijos: Ramón, Genaro, Federico y Luis, quien en ese entonces era un niño, eran también conservadores. Don Aristides Baraya, culto caballero y copartidario, que estaba al frente de los valiosos negocios comerciales del jefe de esa honorable familia, y habitaba la casa solariega de nuestro distinguido compañero de armas, Roberto, por esos días en Tumaco, nos ofreció al General Ramírez Uribe y a mí, esa hermosa mansión para que la habitáramos durante el tiempo que permaneciéramos allí. En atención a su galante invitación y teniendo en cuenta que nuestra presencia en ella, la ponía a cubierto de cualesquiera desmanes, no digamos de parte de nuestros soldados, que no habría podido acontecer, sino de gente menguada, la cual, como suele suceder, se aprovecha de situaciones anormales, como en la que estábamos, para saciar ocultos odios, a veces injustos, aceptamos su hospitalidad que, como es de suponer, nos fué muy agradable.

Cuatro o cinco días después, se me ordenó que con la mitad del batallón que yo comandaba, el «Mosquera», siguiera inmediatamente, a ocupar «El Charco», y dejara el resto en la población, al mando del segundo Jefe del mismo, Sargento Mayor Jorge E. Gálvez. Sin dilación, dí cumplimiento a esa orden.

«El Charco», era un caserío de poca importancia, en apariencia, situado a las márgenes del río Tapaje. De un lado, sólo existían dos o tres casas de **quincha** muy pequeñas, y una muy grande de tablas, de dos pisos, deshabitada, en la cual me acuartelé; del otro, a lo sumo, quince, también de **quincha**, entre las cuales sobresalía una por sus mayores dimensiones y buen as-

pecto. La de dos pisos, que tomé para cuartel, era la misma de que me he ocupado atrás, del señor Nicolás Martán; y la que sobresalía entre las de la ladera de enfrente, pertenecía a don Fidel D'Cross, también aludido. Tenía verdadera importancia comercial, y, a la vez, estratégica, ese poblado, porque era el paso habitual de los numerosos habitantes de los ríos cercanos y centro principal para la venta del oro de aluvión, que conseguían lavando las arenas de esos ríos, que era o es la industria a que ellos se dedican de preferencia; y lugar donde se proveían de las telas y demás mercancías que necesitaban para su vida, operaciones todas que giraban alrededor de los señores Martán y D'Cross, como que eran ellos los únicos comerciantes en grande, de esas costas, si se exceptúan los radicados en Guapi, Tumaco y Buenaventura. Sin exagerar, se puede asentar, que en esas operaciones comerciales, o sean la venta del oro y la compra de las mercancías dichas, no intervenía dinero, propiamente dicho, sino el mismo oro, tal como se extrae de las minas, pues las únicas monedas que, en escasas cantidades circulaban, eran las de plata de la época de la Nueva Granada, de 80, 20 y 10 centavos de valor, respectivamente, denominadas vulgarmente, **pesos de a ocho, pesetas y reales de moñita**, todas muy gastadas por el uso. En cuanto a billetes, casi no se conocían los nacionales, y, eran pocos los que se veían, ecuatorianos. En suma, predominaba el cambalache.

El soldado de la costa sur del antiguo Cauca, es valeroso, vigoroso, frugal y generalmente sobrio en el beber, pero poco adicto a la vida de cuartel. La base de su alimentación, que es la del pueblo de por allí, la constituye el pescado, y, principalmente, el plátano que se cultiva en grande escala y se prepara de diversos modos, como el maíz en el Departamento de Antioquia, según es fama.

La pesca no es oficio que se practica mucho por esas comarcas; de consiguiente, el pescado lo van a conseguir o les viene, salado, como es frecuente, de lugares cercanos de la costa ecuatoriana. En el primer caso, casi siempre, pero indefectiblemente, en el segundo, lo obtienen por trueque con el plátano que, por lo visto, no es abundante en aquellas costas del nombrado país vecino.

El paludismo que, no obstante de que, como medida preventiva, se le suministraba a la tropa en las mañanas, copas de licor con quinina, seño-reaba en mi batallón, causándole algunas bajas; las visitas, difícil de evitarlas, que sus mujeres y otros familiares les hacían a los soldados; y por último, la larga permanencia en el caserío de que me ocupó, capaz por sí sola, de relajar, como es sabido, la disciplina de los cuerpos militares, mayormente, si son colectivos, influyeron en el ánimo de ellos, para despertarles el deseo, no diré de desertar, sino simplemente de libertarse de la vida del cuartel, a la que no se avenían, como antes lo apunté, pues esa palabra significa: «Desamparar, abandonar el soldado sus banderas», en tanto que ellos, más de una vez, en circunstancias análogas, habían regresado a tomar las armas para defender su

bandera—la liberal—al sólo aviso de que había que luchar por ella nuevamente, como lo hacían con entusiasmo y denuedo. Hay que verlos, machete en mano **Collín**, como lo nombran, pronunciando mal el nombre de la marca de los que les gusta, que lo prefieren a la bayoneta, pelear cuerpo a cuerpo! Estas explicaciones, quizá demuestren que no son descariadas mis opiniones al respecto. Hubo pues, muchas bajas.

En tales circunstancias, se presentaron al campamento: El resto de mi batallón que había quedado en Guapi al mando del segundo Jefe, Sargento Mayor Jorge E. Gálvez; el General José Antonio Ramírez Uribe y el Coronel Temístocles Díaz, en el «Gaitancito». Partimos en seguida para la costa marítima porque se supo que habían llegado unos comisionados del Comandante en Jefe del Ejército Liberal de Panamá, doctor Belisario Porras, y allá encontramos a los Generales Simón Chaux, José Cicerón Castillo, Coronel Ricardo Gómez, doctor Temístocles Rengifo V. y señores Rafael Urriola y Paulo Emilio Morales, que eran los emisarios aludidos, los cuales habían arribado, uno en pos de otro, en una lanchita y una Cisterna, respectivamente, de la Compañía Universal del Canal Interoceánico, que así se llamaba la que inició la excavación del Canal de Panamá.

Por las comunicaciones de que eran portadores Urriola y Morales, y por lo que, de viva voz, nos contaron éstos al General Ramírez Uribe, al Coronel Díaz y a mí, pues ya ellos habían conferenciado con los Generales Chaux y Castillo, con el Coronel Gómez y el doctor Rengifo V., supimos que dicho Ejército había triunfado en todos los encuentros con el enemigo, pero que después del último combate en Bejuco, el más importante de todos, no había podido perseguir a los contrarios en su derrota, porque se le habían agotado las granadas, y, por lo menos, la mitad del parque, contingencias sin las cuales habría seguido en marcha victoriosa hasta la ciudad de Panamá, que habría caído en sus manos, sin mayor resistencia, porque las fuerzas con que contaba el Gobierno para defenderla, eran las mismas acabadas de batir; que su misión tenía por objeto recibir del General José Cicerón Castillo, un armamento, repetidamente ofrecido por él, pero que no aparecía por ninguna parte, ni veían señales de su existencia; y excitar al General Simón Chaux en el sentido de que prestara a la campaña del Istmo, la ayuda que urgentemente necesitaba para alcanzar un triunfo que tendría incalculables beneficios para la causa, por la cual se luchaba en ambos campamentos,

Tras corta deliberación, que más bien se redujo a acordar las medidas para satisfacer prontamente, la angustiosa solicitud del doctor Porras, la cual, sin una opinión en contrario, había sido acogida, en principio por el General Simón Chaux, dispuso éste que él, los Generales José Antonio Ramírez Uribe, José Cicerón Castillo, Coronel Ricardo Gómez, doctor Temístocles Rengifo V. y el batallón «Mosquera» a mi mando, siguiéramos a bordo

del «Ricardo Gaitán Obeso», la Cisterna y «La Rosa del Charco», remolcada por aquél, al puerto de Chame, población donde se encontraba el Cuartel General del Ejército Liberal del Istmo; y que el General Julio Plaza, tomara el mando de todas nuestras tropas que quedaban en el litoral sur del Cauca.

Se impartieron las órdenes correspondientes, y, tal como estaba ordenado, nos dimos a la mar, entusiastas, optimistas todos, y, singularmente complacidos Temístocles Díaz y yo, por razones fáciles de comprender. Navegábamos sin contratiempos, mas cuando estábamos a la altura de la ensenada de «Nuquí», el Ingeniero del «Gaitancito», alarmado, dió aviso de que el combustible — carbón mineral — para las calderas estaba casi agotado, y que para seguir la marcha, se podía sustituír con leña. Incontinenti, se ordenó poner proa a la costa, y a duras penas, alcanzamos a anclar en dicha ensenada, pues hubo necesidad de alimentar las calderas con el maderámen de que se pudo disponer a bordo y parte de los asientos — escaños. — En ese puerto existía, por aquella época, un pequeño caserío a cuyo frente se encuentra, cercanamente, una isleta que tiene esta particularidad: Una roca de la cual brota agua cristalina, potable y de muy buen sabor.

La demora que ese inesperado percance nos imponía, era urgente abreviarla, pues no llevábamos suficiente munición de boca para una larga correría, y además, podía ser de fatales consecuencias para los amigos a quienes íbamos a auxiliar, si por alguna circunstancia los adversarios, repuestos de su fracaso, llegaran a percatarse de la crítica situación en que aquellos se encontraban y los atacaran de nuevo. Por pronta providencia, se designó a Rafael Urriola para que, forzando la marcha de la lanchita de que era Jefe, llevara al campamento amigo, la buena nueva de nuestro próximo arribo.

Afortunadamente, rectos, altos, gruesos cual si fueran pinos, crecen en la orilla del mar, en «Nuquí», multitud de árboles de **mangle colorado**, cuya leña al decir de los expertos en la materia, le sigue en calorías a la hulla; y como teníamos personal de sobra, para derribar cuantos fueran necesarios, en poco tiempo se proveyó al «Gaitancito» de abundante combustible. Intertanto, pendiente como se estaba de la penuria de pertrechos que agobiaba a las tropas liberales del Istmo, se había resuelto y así se hizo, que en dicho vapor, a toda máquina, siguieran los Generales Simón Chaux, José Cicerón Castillo, Coronel Ricardo Gómez, doctor Temístocles Rengifo V. y Paulo Emilio Morales, con los elementos bélicos de nuestra ayuda; que el General José Antonio Ramírez Uribe y yo, con la Cisterna y «La Rosa del Charco», a nuestra disposición, quedáramos en el puerto, haciendo nuevo acopio de leña a fin de que al regresar el «Gaitancito», a bordo de las tres naves en conjunto, avanzáramos a Chame con el batallón «Mosquera», a mi mando.

Regresó el «Ricardo Gaitán Obeso» y su Comandante Coronel Temístocles Díaz, puso en manos del General José Antonio Ramírez Uribe una comunicación del doctor Belisario Porras, en la cual éste ponía en su conocimiento, que se había acordado que el batallón «Mosquera» siguiera, no a Chame, como se había pensado, sino hasta la ciudad de Panamá, por la vía de Chepo, de acuerdo con los planes que se iban a desarrollar para atacar a esa ciudad; que en consecuencia, entrara con ese batallón por el río Bayano y devolviera al puerto de Chame el «Gaitán», junto con la Cisterna y «La Rosa del Charco».

Se procedió a embarcar la leña que se había cortado, y sin más espera, a bordo de esas tres naves, seguimos con la tropa al punto indicado. Durante la travesía dispuso el General José Antonio Ramírez Uribe, que yo tomara el mando del «Gaitán Obeso» y Temístocles Díaz el mando de mi batallón, atendiendo a la circunstancia de que el Coronel Díaz conocía el camino que conduce, por tierra, de Chepo a las sabanas que lindan con la ciudad de Panamá. Desembarcadas las tropas y las piezas de artillería de su dotación, enrumbé hacia el norte, llevando a remolque a «La Rosa del Charco» y seguido de «La Cisterna». Pasamos de madrugada, con luces apagadas, por la bahía de Panamá y como a las diez u once de la mañana del once de julio de 1900, anclamos frente a la «Punta de Chame».



## XIV

**Chame.**— Cordial recibimiento. — Doctores Belisario Porras y Carlos A. Mendoza.— Guillermo Andreve. — Emocionado encuentro con mi hermano Moisés de la Rosa. — General Emiliano J. Herrera. — Renuncia del Comando del «Ricardo Gaitán Obeso». — Nombramiento de Paulo Emilio Morales para ese puesto.—Bejuco. — Gerardino de León, Lubín Manrique, David H. Juliao.—Tirantes relaciones que debían ser cordiales.— Doctor Eusebio A. Morales. — General Salvador Toledo. — Pío Bolaños. — General Victoriano Lorenzo. — La Chorrera. — Comandante del batallón «Justo Arosemena». — Plan de ataque a la ciudad de Panamá.—Instrucciones. — Imprudencia de los Jefes de los batallones «Luis A. Robles» y «César Conto». Teófilo Pérez, espía del Gobierno.—Combate de Corozal.—Heridos. Muertos. — Prisioneros. — Coronel Heliodoro Peláez. — Sargento Mayor Manuel Montoya, Teniente Juan N. Muñoz, Sub-tenientes Luis E. Molina y Alberto Roncallo. — Avance hacia «Perry's Hill». — Orden de permanecer en Corozal el batallón «Justo Arosemena», para cubrir la retaguardia del Ejército. — Amenazas de las fuerzas de Colón.—General Carlos M. Sarria, Coronel Pedro Sotomayor. — Voluntarios procedentes de Panamá. — Remigio Coll, Antonio Benítez (Toñito). — Visita al campamento de Corozal de los Generales Emiliano J. Herrera y José Antonio Ramírez Uribe. Orden de levantar el campamento. Importante aviso de un sacerdote amigo.—Antonio B. Abello.—Ultimo abrazo con Temístocles Díaz.

El puerto de Chame, como el de casi todas las poblaciones del Istmo en las orillas del Pacífico, dista algunos kilómetros del poblado. Esa distancia se recorría fácilmente durante el verano, porque el terreno es plano, carreteable, y en su mayor parte, descampado; pero en el invierno, se formaban baches que, regularmente, no se les podía orillar por el caminante de a pie, como me aconteció cuando me dirigía a esa población en la cual funcionaba el Cuartel General de las Fuerzas Liberales de Panamá.

Me recibieron cordialmente, abriéndome sus brazos, mis distinguidos y viejos amigos doctores Belisario Porras y Carlos A. Mendoza. A poco, se nos unió mi hermano menor, Moisés de la Rosa que, colegial, se fué, sin yo saberlo, al campamento tan luego como salí para la campaña del Cauca, de donde regresaba. Dados estos antecedentes, la emoción que embargó nuestros ánimos en esos momentos, nos hizo enmudecer, y lo que no pudieron los labios balbucir siquiera, lo dijeron nuestros corazones en el más efusivo abrazo. Tenía el grado de Teniente-Ayudante del Cuartel General, que lo había obtenido por ascenso, en vista de su conducta valerosa en la batalla de

«Bejuco» (La Negra Vieja), como así lo decía la Orden General de ese Ejército, recientemente expedida, en la cual se decretaron otros merecidos ascensos. Modesto como lo es él, habría deseado, estoy seguro de ello, que hubiera guardado silencio al respecto; pero la justicia tiene sus fueros y no por los caros, sagrados lazos que nos unen, debo desconocerlos.

Horas más tarde, llegó a Bejuco, donde tenía su despacho, el General Emiliano J. Herrera, Comandante en Jefe del Ejército, y, por el doctor Porras o el doctor Mendoza, fui presentado a él. Era atrayente, de porte militar, blanco, casi rubio, joven y de trato amistoso. Aproveché esos momentos para solicitar que se me relevara del Comando del «Ricardo Gaitán Obeso» y se me destinara a prestar servicios en las fuerzas de tierra, porque deseaba luchar, ya que no a la cabeza del batallón que había compartido conmigo las penalidades de la campaña del Cauca, y cuyo comando, por circunstancias especiales, de que se da cuenta atrás, resignadamente, entregué al Coronel Temístocles Díaz, al menos, al lado de esos leales camaradas, que venían a combatir por la causa, hombro a hombro, con las huestes panameñas, entre las cuales deseaba contarme. Hice con tal seriedad mi respetuosa petición, que tuve la suerte de que fuera acogida favorablemente. Se nombró para reemplazarme en ese puesto, a Paulo Emilio Morales, que tenía los cargos de Comisario y Proveedor General del Ejército y quien, desde que se posesionó del mando del «Gaitán», de hecho, quedó nombrado Comandante de la Flotilla, con gran contento de su parte. Me incitó a dar ese paso, por otro lado, la presunción que abrigaba y que los hechos confirmaron a la postre, de que a la flotilla no le tocaría desempeñar otro papel que el de servir para transportar de Chame a La Chorrera, y de allí a «La Boca», las tropas escogidas para ir a atacar a Panamá por ese punto, porque la cañonera «Boyacá», del Gobierno, estaba a la sazón, en las aguas del Cauca y no había otro buque enemigo en la bahía de esa ciudad, para enfrentársele.

Ese mismo día, tuve el placer de saludar a muchos viejos amigos y relacionarme con varios copartidarios que prestaban sus servicios como Jefes y Oficiales. Entre los primeros, y lamento no poder citarlos a todos, recuerdo a Genaro y Juan Antonio Mendoza, Carlos Clément, Juan B. Sosa, Damián Escala, Alfredo y Manuel Patiño, Ignacio Quinzada, Samuel Rostrup, Edmundo y Dámaso Botello, Abelardo Tapia, Pedro Antonio Maitin, Agosto Aizpuro, Juan Lombardo, Luis Olibardia, Tomás AVECILLA, Fabio Tejada, J. A. Cajar, doctor Julio Icaza, Luis García Fábrega, César Fernández, Rafael Neira. Entre los segundos, a Lubín Manrique, que, todavía no estaba repuesto de las heridas que recibió en la batalla de la «La Negra Vieja», Roberto Cano, Miguel Hoyos, Víctor Bellido, Juan Goitia, Guillermo Ruiz, Nicolás Alvarado, José Hilario Hoyos (Chiriguaco) y Manuel Quintero V. Al día siguiente, fui a visitar el campamento de «Bejuco» y allí también encontré viejos amigos y a otros servidores de la causa con los cuales trabé amistad. Los unos fueron, hasta donde alcanza mi memoria Luis Muñoz, Alejandro

Ardila y doctor Ezequiel Abadía. Los otros David H. Juliao, que aún cojeaba de una herida sufrida en la misma batalla, Luis Urueta, Luis Salamanca, también herido en el citado hecho de armas, Francisco Valle, Ricardo Nicholson, Ezequiel Vásquez, y el **Negro Montes**, a quien deleitaba oír cantar, porque tenía voz de tenor, muy bien timbrada.

Antes de abandonar las costas del Cauca, se supo allá que existían ciertas desaveniencias entre el Jefe Supremo del Ejército Liberal del Istmo, doctor Belisario Porras y el Comandante en Jefe de las tropas del mismo, General Emiliano J. Herrera, pero no llegué a suponer que fuera tan hondo y acentuado su mal entendimiento, como de ello me convencí al llegar a Chame y lo podía advertir el ánimo más desprevenido al respecto. Deliberadamente, me abstuve de averiguar las causas que motivaban esa deplorable situación, cuyos perniciosos efectos, consecencialmente, acabaron con la unidad de mando que, indispensablemente debía reinar en ese, como en todo ejército, para no arriesgar el triunfo de la campaña; mas por los comentarios que oía entre los adictos al uno y al otro Jefe, pues la escisión en las filas era manifiesta, pude barruntar que había rivalidad por parte del segundo contra el primero. En todo caso, era lamentable que sus relaciones fueran tirantes, cuando, en cambio, debían ser cordiales, como lo exigían los sagrados intereses de la causa que defendíamos. Empero, con la llegada de las armas y municiones de que fuimos portadores, que inmediatamente se distribuyeron, mejoró un tanto la tirante situación, pues debidamente pertrechado, comenzó a avanzar el Ejército que, por falta de esos importantes elementos, había estado paralizado largo tiempo, circunstancia que tal vez contribuía a mantener aquellos actos de indisciplina, porque, como es un hecho averiguado en milicia, la inacción es capaz también para engendrarlas.

Andando así las cosas, regresó del exterior, donde había ido en su carácter de Secretario de Hacienda de la Jefatura Civil y Militar, a desempeñar una importante comisión, el doctor Eusebio A. Morales, a quien me unían lazos de íntima amistad, nacida al calor de las aulas del colegio y cultivada después con cariño, hasta cuando, traidoramente, arrebató la muerte su valiosa vida. Nuestro encuentro fué fraternal, pues los vínculos de esa naturaleza, arraigan hondamente en el alma. Trajo consigo, unos trescientos rifles, con suficiente parque. Lo acompañaban, entre otros, el General Salvador Toledo, Pío Bolaños y Guillermo Andreve, de gratos recuerdos.

Ese armamento no se pudo acarrear tan pronto como fué desembarcado, porque quedó muy distante de la población, en el puerto de San Carlos, y escaseaba el personal para hacerlo, debido a la movilización de las tropas, motivo por el cual el doctor Porras, solicitó de Victoriano Lorenzo, Gobernador de los indios de «La Trinidad» y sus contornos, por medio de comisionados, su concurso para el transporte del mismo, al campamento. Victoriano correspondió a esa solicitud y a la cabeza de un grupo de indígenas de su tribu, fué por dichas armas y con ellas a cuestas, siguieron en pos del Ejército, dejando

algunas en La Chorrera. Con las restantes, alcanzaron a acercarse hasta la línea férrea, pero por causas que sería largo especificar, se volvieron a sus montañas. Así fué como empezó la actuación militar de ese, más tarde, importante factor de «la guerra de los mil días», en las campañas del Istmo, y cuya trágica muerte enlutó la bandera liberal.....

En La Chorrera, se me nombró Jefe del batallón «Justo Arosemena», con el grado de Coronel. Venía comandando ese cuerpo el Coronel Carlos Jaramillo, que desde ese momento, pasó a formar parte de los Jefes y Oficiales que componían el Estado Mayor del Comandante en Jefe del Ejército.

En esa misma población, se elaboró el plan de asalto a la ciudad de Panamá. De acuerdo con sus estipulaciones, el General Emiliano J. Herrera, por tierra, al mando de los batallones «Luis A. Robles», «César Conto», «Rafael Uribe Uribe», «Libres de Chiriquí», «Azuelo», «Justo Arosemena» y los escuadrones «Libres de Colombia» y «Patria», debían avanzar por la vía del «Arraiján», «Cocolí», Miraflores y Corozal, hasta «Perry's Hill», donde se les juntaría el General José Antonio Ramírez Uribe, que había entrado por Chepo, con el batallón «Mosquera», caucano, o sea el mismo que, a última hora, se le dió el nombre de «Cazadores del Pindo», tal vez en recuerdo de la isla de ese nombre, desde la cual se libraron los combates de que atrás se hace mención; y el doctor Belisario Porras, en la flotilla, con los Generales Simón Chaux, José Cicerón Castillo y los batallones «Mateo Iturralde», «Gil Colunje» y «Panamá», seguiría por «Farfán» y de allí, previo aviso convenido, saltaría de noche, a las playas de «La Boca», «San Lázaro», «Puntamala» y «Gavilán», con el fin de subir al cerro «Ancón» y asaltar a la ciudad, a la mañana siguiente.

Si no ando mal de recuerdos, los batallones que debían seguir por tierra, desfilaron así: el 18 de julio de 1900, el «Luis A. Robles», el «César Conto» y el «Rafael Uribe Uribe», comandados en su orden por el Coronel Luis Salamanca, Teniente-Coronel Roberto Cano y Coronel Roberto Nicholson. El siguiente día, los escuadrones «Patria» y «Libres de Colombia», mandados, el primero, no recuerdo por quién, y el segundo, por el Sargento Mayor David H. Juliao, y los batallones «Azuelo», «Libres de Chiriquí» y «Justo Arosemena», al que le tocó la retaguardia, al mando respectivamente, de los Coroneles Genaro Mendoza, Manuel Quintero V. y yo. Cerró la marcha en ese mismo día, acompañado de su Estado Mayor, el General Emiliano J. Herrera, quien antes de ausentarnos de La Chorrera, nos instruyó a los Jefes de esos batallones, en el sentido de que hiciéramos alto en Miraflores, a medida que fuéramos llegando, para continuar la marcha en columna. Los batallones que debían seguir por agua, en la flotilla, o sean el «Gil Colunje», el «Panamá» y el «Mateo Iturralde», cuyos Jefes, si no recuerdo mal, eran los Coroneles Nicolás Tejada, Ezequiel Vásquez y Manuel Vásquez F. en su orden, quedaron en La Chorrera, junto con el doctor Porras y los Generales Simón Chaux y José Cicerón Castillo, y el Coronel Rogelio Agüero.

En el trayecto de La Chorrera al Arraiján, nos alcanzaron y se nos adelantaron, el General Herrera y sus Ayudantes. El camino estaba casi intransitable, a causa del fuerte invierno que reinaba. Las acémilas en su mayor parte, estaban escuálidas, de consiguiente andaban a pasos contados y de trecho en trecho, muchas bestias se atascaban o caían en los barrizales, sin poder levantarse, agobiadas por el peso de la carga. Llegó un momento en que, para dar un ejemplo que fué imitado por los Oficiales de mi mando, tuve que ceder mi caballo, para poner en sus lomos cajas de parque, que ayudé a cargar. En suma, fué tan pesada la jornada que, apenas al anochecer, llegamos jadeantes, mojados por la lluvia y deseosos de tomar algún alimento, al Arraiján, donde encontramos instalados a los citados General y Ayudantes. No encontramos buen albergue, pero calmamos el apetito con carne salada asada, bollos de maíz y café tinto, que nos supieron a gloria.

A eso de las nueve de la mañana del día siguiente, o sea el veinte, reanudamos la marcha, dejando en el poblado al General Emiliano J. Herrera y los suyos que, como la vez anterior, se nos adelantaron antes o después, no lo puedo precisar, de arribar a «Cocolí». Dormimos en la noche de ese día, a campo raso, habiendo tomado por todo alimento, el mismo **menú** anterior, pero sin el café. Mañanearnos, y a las primeras horas del día, llegamos a Miraflores, donde con gran sorpresa no encontramos a los batallones que nos habían precedido en la marcha, con los cuales, de acuerdo con la orden que teníamos, debíamos reunirnos para seguir, en columna por Corozal a «Perry's Hill».

De paso anotaré, por su rareza, este incidente, que más tarde se repitió: En los momentos que acabábamos de cruzar un arroyuelo inmediato a esa población, ví a uno de los Oficiales de mi batallón, acurrucado y con contorsiones, indicativas de que padecía aguda dolencia. Preguntéle qué le pasaba, y me respondió que, repentinamente, le había atacado un fuerte cólico. Como debíamos precipitar la marcha, porque se oía el eco de lejanas descargas de fusilería, le dije: «Tan pronto como se sienta mejor y pueda caminar, síganos e incorpórese al batallón», como lo hizo. No recuerdo su nombre. Lo había conocido trabajando, como herrero, en los talleres del Ferrocarril de Panamá. Era de mediana edad, robusto y valeroso, como lo demostró después.

La ausencia de nuestras tropas compañeras, fué originada por una imprudencia cometida por los Jefes de los batallones «Luis A. Robles» y «César Conto», que fueron los primeros que llegaron a Miraflores. Sucedió que, contrariando la consigna recibida, — falta explicable en Jefes Militares vencedores y novicios, como lo éramos la mayor parte de los que por allí andábamos— resolvieron, por sí y ante sí, ir a acampar a Corozal. Pero héte aquí, que venía figurando como Capitán supernumerario del batallón «Conto», un tal Teófilo Pérez, entiendo que jugador de profesión. Dicho sujeto tenía estos antecedentes: Se había presentado al campamento, después del combate de

«Bejuco», dándose las de liberal, pero tras él llegaron comunicaciones de los amigos de la ciudad de Panamá, denunciándolo como espía del Gobierno. Con tal motivo, se dispuso tomar las medidas que esos casos requieren; mas intervino en su favor el Comandante Roberto Cano, Jefe del citado batallón, alegando que él lo conocía desde Centro América, donde habían hecho amistad y vivido juntos largo tiempo, por lo cual sabía que era liberal; y que, como prueba de la confianza que le tenía, solicitaba que se le destinara al cuerpo de su mando, en calidad de Capitán ayudante, es decir, sin mando directo en la tropa, petición a la cual se accedió, por venir de un Jefe que, por su entusiasmo liberal, eficaz y valerosa actuación en los combates, merecía ser atendido. Recuerdo perfectamente, que el día que desembarqué del «Gaitán» y me dirigía a Chame, por primera vez, juntos los encontré en el camino y como no nos conocíamos, Cano se me dió a conocer y me presentó al tal Pérez, porque, casi siempre andaban unidos. Tan pronto como el espía Pérez, tuvo conocimiento de la inconsulta determinación de los citados Jefes, tomó uno de los trenes que pasaban para ir a la ciudad de Panamá, a darle cuenta de lo que estaba sucediendo al General Carlos Albán, Comandante en Jefe del Ejército contrario. Impuesto éste de que nuestras tropas estaban desunidas, sin pérdida de tiempo, movió tres de sus batallones hacia Corozal, los cuales dirigidos personalmente por él, atacaron por retaguardia, a los nuestros, en las primeras horas del día veintiuno de julio de mil novecientos. Sobre este particular, salvo la omisión del nombre del delator, coincide lo que digo con lo que se lee en el «Parte detallado de los Combates Librados en Panamá, del 21 al 26 de julio de 1900», rendido al General Carlos Albán por el General Víctor Manuel Salazar:

«A las 11 de la noche del 20, informado vos de que una parte de las fuerzas revolucionarias había acampado en Corozal, estación de la línea del Ferrocarril, poco distante de nuestro campamento, ordenásteis marchar sobre ella para sorprenderla por asalto al amanecer. El movimiento se ejecutó sin demora y a las cuatro y media de la mañana del 21 se dejó oír el primer disparo de una avanzada enemiga sobre uno de nuestros guías. Inmediatamente resolvísteis.....»

Como queda dicho, el «Robles» y el «Conto», no aguardaron en Miraflores a los demás batallones que los seguían. Los demás que, incluso nuestros escuadrones y el General Herrera, llegaron con posterioridad a esa población, creo — pues no sé con certeza lo que ocurriere — pernoctaron allí, y sea así o porque determinaron unirse a aquellos al apuntar el día, o porque oyeran lejanas detonaciones, llegaron a Corozal en los precisos momentos en que los nuestros necesitaban ser protegidos, pues estaban casi arrollados por los contrarios. En efecto, atacaron a éstos por retaguardia, con tal brío y eficacia, que pocas horas después de su oportuna intervención en ese combate, el

enemigo, tomado a dos fuegos, fué vencido. A todas estas, forzando la marcha, llegué con el «Justo Arosemena», al teatro de los acontecimientos, cuando finalizaba la lucha. Tomamos muchos prisioneros, entre Jefes, Oficiales y tropa. De los primeros recuerdo al entonces Coronel Heliodoro Peláez, al Sargento Mayor Manuel Montoya; de los segundos, al Teniente Juan N. Muñoz, y a dos Sub-tenientes, mozalbetes aún, ambos imberbes, de compleción, en apariencia débil y como de veinte años de edad cuando más, a los cuales les inquirí sus nombres, porque me llamaron mucho la atención por esa circunstancia. El primero me contestó: «Me llamo Luis E. Molina, soy antioqueño y muy de malas, porque no es la primera vez que caigo prisionero»; el otro, me dijo: «Mi nombre es Alberto Roncallo». Al oír su apellido que es el de una familia amiga mía, coterránea, lo interrumpí: «¿De dónde es usted? ¿Quién es su padre?» Me respondió: «Soy de Barranquilla, y mi padre es don Pablo Roncallo». Lo atraje hacia mí cariñosamente y tanto a él como a su compañero, les prodigué las atenciones que pude. Hubo muchos muertos y heridos de ambas partes. En cuanto a los nuestros, tuvimos que lamentar la muerte del inteligente y campechano camarada Eugenio Porras, entre otros, cuyos nombres desearía tener presentes; y la herida que recibió el distinguido jurisconsulto y noble amigo, doctor Temístocles Rengifo V., en el antebrazo derecho, herida que se creyó de poca importancia, porque le permitía mover sin mayor molestia el brazo, pero que, dió por resultado que, a medida que iban pasando los días, se le encogieran los dedos de la mano correspondiente, que al fin le quedó inútil de por vida, porque nunca jamás recobró la soltura natural.

Muy pocos fueron los enemigos que lograron escapar con el General Carlos Albán, y la entrada de ellos a la ciudad de Panamá, fué desairada; causó pánico sin precedentes en el campo gobiernista, como se verá adelante, y despertó gran entusiasmo en el liberalismo, pues tirios y troyanos aguardaban, de un momento a otro, nuestra entrada triunfal a la capital del Istmo. ¿Por qué no se persiguió a los fugitivos?..... Ese máximo error, pronto lo pagamos bien caro!.....

En la tarde de ese mismo día, avanzaron hacia «Perry's Hill», todas nuestras fuerzas, con excepción del batallón a mi mando, pues el General Emiliano J. Herrera, me confió la retaguardia del Ejército, que estaba amenazado por las fuerzas gobiernistas de Colón, comandadas por el General Carlos M. Sarria y el Coronel Pedro Sotomayor. Penetrado de la gran responsabilidad que entrañaba la confianza depositada en mí, sin un momento de reposo me dí a la tarea de tomar medidas para resguardar mi campamento de un asalto por sorpresa: Situé estratégicas avanzadas y establecí un servicio de información encadenado, que hora por hora, debía comunicarme los datos que se obtuvieran acerca de los movimientos del enemigo, que forzosamente tenía

que tomar el tren y desembarcar en una de las estaciones próximas para acercarse a nosotros, a pié, por la línea férrea. Así supe que había llegado a Emperador, en el último tren del día 22.

Como era de suponer que tratara de atacarnos en las horas de la noche, di orden de que se ocuparan las posiciones que se habían escogido para repeler el posible asalto. Desde el atardecer comenzó a lloviznar, sin cesar en toda la noche, la que se presentó muy oscura, pero no fué óbice para que todos estuviéramos en nuestros puestos, muy alertas. Transcurrieron sin ninguna novedad, las primeras horas. Esa circunstancia, lejos de tranquilizarnos, obligó a redoblar la vigilancia, pues era de conjeturar que se romperían los fuegos a la salida de la luna. Apareció ésta horas después, y no se tuvo señal de su presencia. Entónces pensamos que se efectuaría el ataque al amanecer, lo que tampoco ocurrió.

Mis informantes me comunicaron que las tropas gobiernistas habían avanzado hasta Culebra, pero que luego regresaron a Emperador, motivo por el cual determiné dar un descanso a mis soldados que tan mala noche habían pasado, sin retirar, por supuesto, las avanzadas que sólo fueron relevadas.

A todo esto, por pelotones, acudían al campamento, copartidarios venidos de la ciudad de Panamá, para ingresar a nuestras filas. Entre ellos, apenas recuerdo por sus nombres, a Remigio Coll, quien, movido únicamente por la sincera, firme amistad que nos prodigaba a Temístocles Díaz y a mí, pues jamás terciaba en la política, me dijo al darme un abrazo: «Donde quiera que estén tú y Temístocles, estaré yo al lado de ustedes para acompañarlos en cualquier peligro»; y un jovencito, — era un niño de pocos años — Antonio Benítez «Toñito», el popular «Toñito», — simpático y servicial cachifo, cuya vivacidad y alegría de carácter le atraían el cariño de todos. — Contra su voluntad, pues puso empeño en que lo enrolaran en la tropa, no lo complací, porque me pareció inhumano hacerlo; sin embargo, en la noche del 22 al 23, se escabulló y la pasó en una de las avanzadas. Cuando lo reprendí por su escapada, cuadrándose, risueño, me dijo: «Yo soy liberal y he venido a pelear por mi partido». Adelante se verá, cómo su muerte, si heroica en un hombre, tratándose de un niño como lo era él, fué muy triste.

Formé una compañía con los amigos acabados de llegar y para armarlos me sirvieron los rifles tomados a los vencidos. No recuerdo a quién di el mando de esa compañía, pero sí que a Remigio Coll, lo nombré Teniente de la misma.

Como a las cuatro de la tarde del día 23, fui sorprendido con la presencia de los Generales Emiliano J. Herrera y José Antonio Ramírez Uribe.

Este me abrazó cordialmente, a tiempo que me informaba que tras un viaje muy cansado, por las dificultades del camino a causa del invierno, acababa de llegar con Temístocles, a «Perry's Hill», y que había aprovechado la visita que venía a hacerme a mi campamento el General Herrera, para saludarme. Le dí a éste el parte de ordenanza; y en seguida me ordenó él que tan pronto como pasara el último tren que viniera de Colón, levantara el campamento y fuera a incorporarme al grueso del Ejército, añadiendo que ya estaba acordado el plan de ataque a la ciudad de Panamá y que en él se me había señalado un punto importante. «¿Cuál?», le pregunté. «Pasar por debajo del puente de Calidonia», respondió. «¿Y los otros cuerpos, por dónde atacarán?», me aventuré a inquirirle. Satisfizo mi pregunta, y me atreví a decirle: «General: Por esos puntos no se puede pasar, aludiendo a los adyacentes al puente citado, porque son pantanosos y están cubiertos de manglares muy intrincados. Se puede flanquear al enemigo por los terrenos de Bella Vista, que dan acceso a la playa». «Cuando usted llegue a «Perry's Hill», hágase anunciar para que hablemos», me dijo y en seguida se ausentó con el General Ramírez Uribe.

Cumpliendo las órdenes recibidas, inmediatamente que el tren que venía de Colón abandonó la estación, ordené a mi corneta de órdenes, que diera el primer toque de marcha. Parado, en la plataforma del último carro de pasajeros, venía un sacerdote amigo, que ocupaba alta posición en el Obispado de la Diócesis de Panamá, el cual al cruzar el tren por frente al lugar—un poco retirado de la estación— en que me encontraba, mostrándome primero, dejó caer un papel que recogí en seguida. Por medio de esa comunicación me informaba que las fuerzas que comandaban el General Sarría y el Coronel Sotomayor, estaban, si mal no recuerdo, en la estación de Matachín. No podía ser más satisfactoria esa importante noticia, cuya veracidad era ajena a toda sospecha, dado su respetable origen, pues ella evidenciaba que el enemigo había recogido sus pasos, lo que nos era favorable. A poco, seguido de un soldado que portaba unos atados, se me acercó un Oficial y me manifestó que uno de los empleados del tren que acababa de pasar, le había entregado, de parte de don Antonio B. Abello, de Colón, para que los pusiera en mis manos, los bultos que traía el soldado. Abiertos éstos, se encontró que contenían: Un jamón, muchas cajas de sardinas y dos latas de galletas de soda, ayuda culinaria que nos venía muy bien pues en ese día se nos habían agotado los víveres, a tal punto, que por todo alimento, habíamos tomado una especie de sancocho, es decir, una lechona cocida sin sal y sin más vitualla que unas mazorcas de maíz tierno. Sin embargo, no pudimos hacer uso inmediato de esas provisiones, porque se estaban adelantando, con premura, los preparativos para avanzar al campamento general, a donde llegamos a las ocho de la noche, más o menos, fatigados a causa de los lodazales del camino y humedecidos por la llovizna que nos cayó en el trayecto. Hice

acampar el batallón, como lo estaban los demás, a la falda del cerro denominado «Perry's Hill», cuyo nombre se escribe y se pronuncia en inglés, porque le es propio. Sin más demora, solicité que se le avisara al General Emiliano J. Herrera, de mi parte, que estaba a sus órdenes. «Está durmiendo y ha dado la orden de que no se interrumpa su sueño», se me contestó. Ante esa respuesta, encaminéme a saludar a Temístocles Díaz. Nos abrazamos estrechamente; me contó las peripecias de su viaje desde el río Bayano hasta el lugar donde nos encontramos, y, de repente, me preguntó: «¿Tú has comido?» «No», le contesté. «Yo tampoco», repuso, y juntos, es decir, tomando él un sorbo y yo otro, bebimos un poco de café tinto, que estaba contenido en una taza de loza ordinaria, de las llamadas comunmente, **calderas**. Ese fué nuestro último abrazo!.....



XV

Combate del puente de Calidonia.— Breves consideraciones.— Situación que se atravesaba después de los combates de «La Negra Vieja» y «Corozal». — Generales José María Campo Serrano, Belisario Losada y José Miguel Guerrero G. — Intimación de rendición. — Contestación del General Carlos Albán. — Levantada actitud del General Víctor M. Salazar.—Solicitudes del General Emiliano J. Herrera.— Doctor Temístocles Rengifo V., General Simón Chaux, Coronel Ricardo Gómez.—Negativa del doctor Belisario Porras.—Imprudencias del Coronel Paulo Emilio Morales.—Inexplicables y desastrosas maniobras ordenadas por el General José Cicerón Castillo. — Envío de los batallones «Mateo Iturralde» y «Gil Colunje». — Conferencia con el General Emiliano J. Herrera.—Bellavista.—Instrucciones. — Desayuno del batallón «Justo Arosemena». — Avance hacia «Peña Prieta». — Repetición del incidente cercano a Miraflores.—Inesperado encuentro con una avanzada del enemigo. — Captura de un corneta enemigo con divisa roja. — Petición de Diego Miranda, corneta de órdenes del batallón «Justo Arosemena». — Se rompen los fuegos. Primer muerto. — Nerviosidad de un Sargento. — Herida del autor de estos apuntes. — Coronel Ricardo Nicholson. — Remigio Coll. — Capitán Mariano Lemos. — Muerte de Diego Miranda. — Muerte de Antonio Gallardo, abanderado del «Justo Arosemena». — Heridas y muerte de Antonio Benítez (Toñito). — Capitanes Samuel Solís e Israel Vásquez Yepes. — Teniente Carlos J. Martínez, Benjamín Quintero A.—Mi relevo del campo de batalla. — Dolorosa noticia de la muerte del Coronel Temístocles Díaz. — General José Antonio Ramírez Uribe.—Capitán .....Romero. — «Cangrejo». — Detalles del combate. — Muertos.—Heridos. Don Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Ricardo Gómez, Fabio Tejada, Rogelio Agüero, Samuel Rostrup, Samuel Ruiz, Simón Chaux, José Antonio Ramírez Uribe, Ezequiel Vásquez, Manuel Patiño, Luis García Fábrega, Agosto Aizparú. — General Salvador Toledo.—Ambulancia. — Sargento Mayor Plinio Oliveros.—«Bermejál». — Vapor «Ricardo Gaitán Obeso». — Fugitivos a Tumaco. — Noticias de la capitulación y de las principales condiciones de la misma. — Un ejército sitiador que capitula.—Solicitud de pasaporte.—Excitaciones del General Carlos Albán.—Embarque para Guayaquil.

Para que se puedan apreciar, con algún fundamento, los acontecimientos en que paso a ocuparme, baste relatar, a la ligera, la situación que se atravesaba después de la derrota sufrida por las fuerzas contrarias en el

combate de «La Negra Vieja», ocurrido el 8 de junio de 1900, y del desconcierto que se apoderó de los Jefes Militares y Civiles gobiernistas, a raíz del encuentro armado de Corozal, el 21 de julio siguiente, en el cual también salieron vencedoras nuestras huestes.

El General José María Campo Serrano, Gobernador del Departamento de Panamá, investido a la vez, con el carácter de Jefe Civil y Militar, pensando, probablemente, que sería arriesgadísimo confiar a los batallones mermados por el combate del 8 de junio en cita, la defensa de una ciudad de la importancia de la capital del Istmo de Panamá, la cual, según autorizado concepto de un eminente pensador colombiano, era, estratégicamente considerada, la llave de la República, encargó de su puesto a su Secretario, General Carlos Albán; y, angustiosamente, salió en busca de más tropas para reforzarla. Motivos insuperables, de que se da cuenta atrás, impidieron a los vencedores aprovechar la ventajosa situación que les creó ese combate. Remediados esos acontecimientos, con la ayuda que trajimos del Cauca, sobrevino la lucha armada del 21 de julio que despejó, por así decirlo, la entrada a la ciudad, desde luego que, la mayoría de la plana mayor del conservatismo, y, lo que es más, la de los Jefes Superiores encargados de la defensa de la plaza, se apresuraron a abandonar sus puestos y se refugiaron en las naves mercantes surtas en las aguas de la isla del «Flamenco». Confirman estas graves informaciones, las siguientes palabras consignadas por el General Víctor M. Salazar, en el «Parte Detallado», citado atrás, que le rindió al General Carlos Albán:

«Amanecimos el 22. El sol de ese día nos encontró a todos listos en «nuestra línea de batalla, pero nos permitió apreciar acá dentro de la ciudad «una situación bien poco tranquilizadora para nosotros. Por un acontecimiento «inesperado, que deploro profundamente, en aquella mañana sólo quedábamos «en la plaza como Jefes, con el grado de Generales, vos y yo. En el centro «había alarma, pánico..... Pocos instantes después me hiciste saber, por conducto de vuestro secretario, el señor Adolfo Alemán, que me investíais de las «facultades necesarias para mandar todas las fuerzas que había en la ciudad y «para preparar y dirigir las operaciones militares de la línea».

Aunque era del dominio público, que los Jefes de cuya ausencia se quejaba el General Salazar, fueron los Generales Belisario Losada y José Miguel Guerrero G., prefirió, como se ve, callar sus nombres, para que no resaltara ante la censurable conducta de aquéllos, la levantada actitud asumida por él ese mismo día, la cual revelaré en estas líneas, como un deber de justicia.

Entiendo que el General Víctor Manuel Salazar, no ocupaba ningún puesto en el Ejército contrario; antes de que se desarrollaran esos acontecimientos; y que, su presencia en la ciudad, obedecía al desempeño de actividades oficiales de otra naturaleza, a juzgar por las versiones que circulaban en esos días, con motivo de su enérgica intervención para levantar, como levantó, el ánimo de sus correligionarios, que tan decaído lo tenían, versiones

a las cuales parece que le da fuerza el primer párrafo del «Parte Detallado», referido, que dice:

«Dadas las atribuciones de que fuí investido por vos durante los sucesos militares que se han cumplido en esta ciudad y sus alrededores, del 21 al 26 del presente mes, me considero obligado hoy a rendiros el parte detallado de estos acontecimientos de armas.....»

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el día 22, es decir, cuando acababan de abandonar sus puestos los Jefes Militares de la plaza, y el General Carlos Albán, en medio del caos que lo rodeaba, decía en respuesta a la intimación de rendición incondicional de la ciudad: «No es imposible un arreglo en condiciones honrosas», espontáneamente, según el decir popular aludido, se presentó él, el General Salazar, al palacio de Gobierno, y lleno de indignación calificó en los más duros términos, la conducta de los fugitivos, y propuso al General Carlos Albán, la defensa a **outrance** de la plaza, que en seguida él mismo organizó. El incidente, con reserva de los detalles que corrían de boca en boca, en la ciudad de Panamá, pero que su caballerosidad le vedaba consignarlos en un documento dirigido a su superior jerárquico, lo refiere él así:

«A las 12 de ese día—el 22—fuí invitado por voz a una reunión al «al Palacio de Gobierno; e impuesto de las condiciones del enemigo, e instado por vos para que expusiera mi concepto, os dije: «Señor General: «Considero que la entrega de la plaza sería la protocolización de nuestra «honra (sic). Nuestra fuerza, aunque muy inferior en número al enemigo, es «valerosa y probada. La línea de batalla que hemos escogido, es magnífica. «Hagamos un esfuerzo, luchemos y perezcamos llegado el caso, pero salvemos «ante todo el honor del Ejército Nacional.....»

Por otra parte, el General Emiliano J. Herrera, cometió, uno tras otro, dos grandes, inexplicables y fatales desaciertos. Primero: No haber perseguido a los fugitivos del combate del 21, o sea el de Corozal, entre los cuales iba el General Carlos Albán, cuya entrada a la ciudad fué la causa del **alarma** y del **pánico** de que da cuenta el General Salazar en su párrafo citado, y, de que, virtualmente, las puertas de la ciudad quedaran abiertas. Imperdonable error, que la sagacidad y la actividad del General Salazar supieron aprovechar para conjurar el peligro que entrañaba la toma de la plaza, porque es indudable que, triunfantes nuestras armas en el combate que se avecinaba, la faz de la guerra habría cambiado radicalmente, a nuestro favor, lo que habría implicado positiva amenaza para la vida misma del Gobierno, si es acertado el juicio del notable pensador referido que, ampliado, se transcribe, pero que fué expresado por él en esta lacónica frase: «Panamá es la llave».

Segundo: Haber desperdiciado los dos días siguientes, en el ir y venir, de la exigencia y respuesta referentes a la entrega incondicional de la ciudad, que habría podido tomarla el día anterior, con sólo haberlo intentado, es decir, siguiendo de cerca los pasos del Jefe contrario, que a su vista se

escapaba para buscar cercano abrigo, o sea a dos millas de distancia, inconducente medida aquella, que provocó, como consecuencia natural, la negativa del General Albán, débil si se quiere, pues al final de ella, escrita de su puño y letra, constaban las susodichas palabras: «No es imposible un arreglo en condiciones honrosas», prueba inequívoca, de que apesar de la tregua que le causó esa tardía petición, su posición era casi insostenible. Lástima grande, que tampoco se hubiera tendido el puente que esas palabras insinuaban!

Había sido acordado, de antemano, que los batallones «Gil Colunje», «Mateo Iturralde» y «Panamá», al mando directo del General José Cicerón Castillo y bajo la dirección del doctor Belisario Porras, asaltarían la plaza de Panamá desde las faldas del cerro «Ancón», que la dominan, para efectuar lo cual debían tomar la flotilla en el puerto de «La Chorrera» y desembarcar, sigilosamente, por «La Boca», lugar que estaba desguarnecido; movilización que debería ejecutarse tan pronto como el General Emiliano J. Herrera avisara que había ocupado con los batallones «Luis A. Robles», «César Conto», «Rafael Uribe Uribe», «Azüero», «Libres de Chiriquí», «Justo Arosemena» y los escuadrones «Patria» y «Libres de Colombia», más el caucano «Cazadores del Pindo», a «Perry's Hill», punto desde el cual le tocaría a él atacar. Esa combinación no se llevó a cabo, porque el General Herrera, en tanto que parlamentaba con el General Albán, inesperadamente, le solicitó al doctor Porras que le enviara, sin dilación, los batallones que debían maniobrar por el cerro «Ancón». La petición correspondiente, fué reforzada con una carta del doctor Temístocles Rengifo V., que éste suscribió a instancias del propio General Herrera, como luego se aclaró; documento de que fué portador el Coronel Carlos Jaramillo.

Rotundamente denegó el doctor Porras el envío de las tropas que se le pedían, y una vez que entregó al Coronel Jaramillo la nota contentiva de su negativa, siguió haciendo los preparativos para cumplir su cometido en la forma acordada; mas acontecieron dos incidentes que desbarataron ese propósito: El Coronel Paulo Emilio Morales, a bordo del «Ricardo Gaitán Obeso», cometió la imprudencia de abandonar, intempestivamente, su fondeadero, para ir a capturar una pequeña embarcación que cruzaba por esas aguas, operación que ejecutó con tal imprevisión, que la maniobra fué divisada desde el cuartel enemigo situado en las murallas de las Bóvedas de Panamá, dando por resultado que, cuando remolcaba su presa y regresaba a su punto de partida, los cañones del Gobierno dispararon contra el «Gaitán», pero sin causarle daño alguno.

Por su lado, el General José Cicerón Castillo, inconscientemente, pues no tiene explicación aceptable acto tan inusitado y fatal, ordenó en ese mismo día, sacar a maniobras los batallones que tenía a su mando, a la playa de «Farfán», o lo que es lo mismo, a la vista del enemigo, y no como quiera, sino gastando, sin tón ni són, las municiones en descargas al aire.

Esos desaciertos, alertaron al Gobierno. Consecuencialmente, desde ese día, «La Boca» que estaba indefensa, como se ha dicho, quedó debidamente guarnecida por tropas contrarias. Entretanto, el General Simón Chaux — que desde su llegada a Chame hizo buenas migas con el General Emiliano J. Herrera—y los Coroneles Ricardo Gómez y Paulo Emilio Morales, presionaban el ánimo del doctor Porras en el sentido de que accediera a enviarle al General Herrera los batallones que éste le había solicitado con urgencia. Acorralado por estas causas, cedió el doctor Belisario Porras a las exigencias del General Emiliano J. Herrera, pues al mando del General Simón Chaux, embarcaron en la flotilla, en la noche del 23 al 24 de julio de 1900, y desembarcaron por «La Boca de la Caja», con rumbo al campamento de «Perry's Hill» los batallones «Mateo Iturralde» y «Gil Colunje». El «Panamá», que contaba pocas unidades, y era por lo mismo impotente para realizar por sí solo, el primitivo plan de asalto, tercamente despedazado, quedó en «Farfán» con el doctor Belisario Porras y sus secretarios doctores Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales.

Así las cosas, a las seis de la mañana del día 24 de julio de 1900, me hice presente ante el General Emiliano J. Herrera, para atender a la cita que me hizo en Corozal, ya que en la noche anterior no pude entrevistarme con él por los motivos que quedan explicados. Le informé, detalladamente, de los obstáculos que, en mi concepto, hacían impracticable el asalto al enemigo por los lados inmediatamente adyacentes al puente de «Calidonia», pero que, en cambio, sería fácil flanquearlo por nuestra ala izquierda, atravesando el potrero de «Bellavista», lindante con la playa de «Peña Prieta», desde donde se podía avanzar sin más tropiezo que el de la pleamar, inconveniente fácil de prevenir, porque ese fenómeno se repite, diariamente, regulado por leyes naturales. Me escuchó con atención, y seguramente, porque la iniciación del combate que momentos después se iba a librar, no admitía espera alguna, se limitó a decirme, más o menos: «Puesto que usted conoce esa vía y asegura que ella ofrece facilidad para atacar al enemigo por ese lado, su batallón y el «Uribe Uribe», llevando el suyo la vanguardia, acometerán el asalto del caso». «¿Qué instrucciones llevo?», me permití preguntarle. «No romper los fuegos, sino después que oiga usted un cañonazo de nuestra artillería. Si antes se encontrare con el enemigo, nada tengo que decirle», me contestó.

Acto seguido, me reuní con mi tropa, a la que encontré desayunando con las sardinas, el jamón y las galletas de soda, que había recibido en Corozal la tarde anterior, enviados desde Colón por nuestro copartidario Antonio B. Abello. Ordené doblar la provisión de cápsulas, y, en formación, listos para la marcha, se nos unió el «Uribe Uribe» con el Coronel Ricardo Nicholson a la cabeza. Dí las órdenes de mando de rigor, y avanzamos cruzando por «Bellavista», hasta «Peña Prieta».

En ese lugar, existe un pequeño estero vadeable. Cuando me disponía a atravesarlo, con gran sorpresa, hallé en una de sus orillas, al mismo oficial que, cuatro días antes, había sido atacado cerca de Miraflores, por aguda dolencia. Tenía los mismos síntomas: Contorsiones y daba quejidos. La circunstancia de que en ambas ocasiones le ocurriera ese malestar, cuando íbamos a entrar a combatir, me impresionó mal, y, mentalmente, lo acusé de cobardía, injusta suposición que, aún hoy, me mortifica recordarla, porque él, pocas horas después, incorporado a su compañía, murió valerosamente, de dos balazos, cerca a las trincheras enemigas.

Marchábamos por un sendero inclinado, oculto por las malezas que limitaban la playa, para evitar ser descubiertos por los contrarios. Habíamos andado pocas cuadras, cuando los soldados delanteros se encontraron de manos a boca con una avanzada o exploradores enemigos, los cuales al instante voltearon grupas y galoparon seguidos de una descarga que se les hizo, que alcanzó a herir en una mano al Teniente-Coronel Víctor Manuel Hernández, que iba entre ellos. Se logró tomar prisionero al corneta que los acompañaba, el cual llevaba un sombrero pajizo, ordinario, de grandes alas, con la particularidad de que tenía una ancha divisa roja, debajo de la cual se encontró la correspondiente al batallón «Henao», gobiernista. Por él supimos que el General Víctor Manuel Salazar, era el Jefe que los guiaba. La corneta que portaba, era nueva y estaba adornada con cordones de lana roja y amarilla, con sus respectivas vistosas borlas. Diego Miranda, mi corneta de órdenes, me pidió que le cediera esa corneta. Lo complací, pero fueron cortas las horas que disfruté de ese codiciado instrumento, pues a poco, perdió la vida de un balazo en el estómago, que lo hizo sufrir mucho durante el tiempo que duró su breve agonía.

Ni que decir hay, que desde ese momento comenzó el combate, el que fué sostenido por un rato por mi batallón y el «Uribe Uribe», pues aún no se habían roto los fuegos por el lado de «Calidonia». Eran las ocho de la mañana, más o menos. Todavía no habíamos salido a la playa, para desplegar la tropa cuando ocurrió la muerte de uno de mis soldados, de la cual me dá cuenta por este incidente: Otro soldado cuyo rifle se le **encascaró** y que carecía de baqueta para remover ese obstáculo, se acercó para darme cuenta de la novedad, mas como íbamos andando, tropezamos con el que había caído para siempre y al momento, le ordené que tomara el arma que estaba al lado del cadáver del infeliz camarada. Más adelante, un sargento, perteneciente a la compañía que organicé en Corozal con los voluntarios que llegaron de la ciudad de Panamá, después del combate librado en aquél lugar, que estaba peleando muy bien, vino hacia mí y repentinamente, me dijo: «Ya ve que no tengo miedo?». Y sin esperar respuesta, volvió a su puesto a disparar, pero acto continuo regresó y repitió la misma frase. Alcancé a decirle: «¿Por qué

me hace esa advertencia? Acaso le he censurado? Siga disparando». Así lo hizo, sin volver a las andadas, lo que demuestra que sólo se trataba de una conmoción nerviosa.

Pasado este raro incidente, recibí un balazo en el brazo derecho, cerca de su juntura con el hombro, que me perforó el hueso húmero. Con el golpe del proyectil, resbalé y caí, visto lo cual por el Coronel Ricardo Nicholson que a corta distancia me seguía, dijo, dirigiéndose a los soldados que se nos interponían: «Cuidado; no pisen al Coronel de la Rosa». Enterado de sus palabras, incorporándome, repliqué: «Gracias, Nicholson; estoy vivo». Me levanté y cuando esto hacía, un Capitán del «Uribe Uribe», si no recuerdo mal, Mariano Lemos, me pidió que le cediera mi espada. «No,—le contesté— la puedo manejar con la mano izquierda». El coronel Nicholson, diligente, me anudó un pañuelo al cuello, que me sirvió para apoyar el brazo herido, que sangraba bastante. En estas, salíamos a la playa. Remigio Coll, que pasaba con su compañía, se dió cuenta de mi estado, y, mirándome de soslayo, sin detener su marcha, conmovido, exclamó: **Ya te fregaron**. Horas después, una bala le atravesaba a él una nalga.

Como mi herida no me impedía caminar, seguí al frente de mis soldados que, bajo el nutrido fuego de los contrarios, caían heridos o para no levantarse más, en su mayor parte. Entre los últimos,—ojalá pudiera recordarlos a todos para que la gratitud liberal los inscribiera en sus anales—se contaron Diego Miranda y Antonio Gallardo, corneta y abanderado, respectivamente, de mi batallón; el Teniente, protagonista de los incidentes de Miraflores y «Peña-Prieta» y Antonio Benítez (Toñito), todos y cada uno de los cuales, a pecho descubierto, valerosamente, viviendo al partido liberal, murieron cerca de las trincheras enemigas, que ansiaban asaltar. «Toñito», herido gravemente fué recogido por los adversarios y bañado por las lágrimas de su desolada madre, expiró en sus brazos. Se distinguieron por su valor en esa cruentísima lucha, de ese sector de nuestro Ejército, el intrépido Capitán Samuel Solís que, más tarde, con el grado de Sargento Mayor, terminó gloriosamente su vida en la isla de «La Viciosa»; y los no menos esforzados Capitán Israel Vásquez Yepes y Teniente Carlos Julio Martínez, pertenecientes todos al batallón «Justo Arosemena» a mi mando. Una vez más, recurro a los conceptos del General Víctor Manuel Salazar, referentes a ese combate. Copio:

«A la madrugada del 24 divisé desde la playa de «El Trujillo» la «flotilla enemiga al ancla en Punta Paitilla, y penetré desde luego el alcance «de las operaciones ejecutadas por las fuerzas revolucionarias durante la noche. «Era que los dos batallones que no habían podido desembarcar por el puerto «de «La Boca» en el combate del día anterior (?), habían resuelto trasladarse «por agua a las posiciones de «Perry's Hill» para reforzar allí al General «Herrera y hacernos un ataque más intenso y poderoso por el frente de nuestras «fortificaciones. Sinembargo, en el campamento enemigo no se advertía movi-

«miento ninguno y la creencia de que hubiera sido abandonado por nuestros adversarios en aquella noche, empezaba a ser la expresión de no pocos. En esa virtud y a fin de que desapareciése todo motivo de perplejidad, resolví a las 7 de la mañana hacer personalmente una exploración en el campo revolucionario, la cual practiqué en compañía del Teniente-Coronel Víctor Manuel Hernández y de 30 tiradores del batallón «Colombia» y del cuerpo de «Policía, a órdenes del sereno y entusiasta Capitán Pedro A. Barreto. El resultado de esta exploración superó, si se quiere, a nuestros deseos y a nuestro pensamiento. En «Peña-Prieta» encontramos al enemigo que avanzaba sigilosamente sobre nosotros al abrigo del manglar, y al momento regresamos a nuestro campamento para esperarlo. Un cuarto de hora después (como a las ocho y media a. m.) dos batallones adversarios se presentaron en la playa en línea de tiradores, y al punto ordené romper los fuegos sobre ellos. Vos que estabáis allí en aquella mañana, pudisteis apreciar la manera como se inició esa escena sangrienta; el arrojó de nuestros contendores mereció realmente nuestra admiración, pero así como avanzaban sobre nosotros, iban quedando tendidos en la playa y a la sombra del mangle, muertos unos, heridos los demás.....»

Como a las doce m. de ese día, se presentó al lugar del combate el Coronel Benjamín Quintero A., Ayudante de la Comandancia en Jefe y me comunicó, de orden del General Emiliano J. Herrera, que a causa de la herida que había sufrido, se había dispuesto mi relevo y que me acercara a «Perry's Hill» donde éste se encontraba. Así lo hice, caminando lentamente, porque la sangre derramada me había debilitado un poco. Al llegar al lugar indicado, el General Herrera, después de prodigarme algunas frases amables, me indicó que fuera a reunirme con el General José Antonio Ramírez Uribe que, herido también, había sido retirado de la lucha. Estaba presente en esos momentos, mi hermano Moisés de la Rosa que, como se sabe, era igualmente Ayudante de la misma Comandancia. Nos abrazamos fraternalmente, y, en seguida, le pregunté: «¿Qué sabes de Temístocles Díaz?» «Hace pocas horas hablé con él, me dijo. Enterado de que estabas herido, me inquirió si la cosa era de cuidado, y como le contestara que no, le alegró mucho la respuesta; mas, con dolor te comunico, que poco tiempo después murió, como lo era él, como un valiente». Sentí como si una mano invisible me apretara el corazón, pues acababa de perder para siempre al compañero inseparable, al confidente leal y sincero, al amigo de todas las horas, cuya muerte, además, significaba para nuestro partido, la pérdida de lo que valen reunidos en uno de sus miembros, juventud, valor, talento, honor, clara comprensión de los ideales que lo entrañan y devoción para servirlo.

El lugar donde se hallaba el General Ramírez Uribe, era un cobertizo techado y forrado a medias, con hojas de lata, del cual se servían lavanderas para librarse de los rayos solares, durante sus faenas. «¡Hola, viejo!», exclamé

al verlo. Risueño, replicó: «Me acaban de poner la otra charretera que me hacía falta», señalándome la herida que tenía en un hombro y aludiendo a la que había recibido, de tiempo atrás, en el hombro opuesto. Hasta donde nos encontrábamos llegaban de vez en cuando balas motivo por el cual, me permití advertirle que sería tonto de nuestra parte, continuar allí exponiendo la vida sin necesidad, puesto que se nos había retirado del campo de batalla, en tanto que podíamos trasladarnos a la ambulancia, o sea al lugar denominado «Cangrejo», que estaba cercano. Encontró juicioso mi parecer. Partimos por entre un potrero, para acortar la distancia que teníamos que recorrer. En el camino nos cayó un fuerte aguacero. Nos cubrimos las heridas; él, con una ruana que tenía, y yo, con un poncho que había traído desde el Cauca, abrigos que, para aprovecharlos bien, nos los colocamos al sesgo.

A ochenta o cien pasos del «Cangrejo», corrió a nuestro encuentro el Capitán..... Romero, aquél que, dándose las de liberal, después que lo hicimos prisionero, como miembro del batallón «40.» o «24 de Cali», a bordo de la goleta «Rosa del Charco», de marrañ, se pasó a nuestras filas. Mostrósenos muy atento; regresó en seguida, anunciando que iba a buscarnos unas tazas de caldo, y, efectivamente, cuando entramos a la casa de la ambulancia, personalmente nos las entregó. Para no ocuparme más de él, anotaré: Que se anticipó a manifestarnos, que no había asistido al combate que se estaba librando, porque había estado con fiebre o cosa parecida; y, finalmente, que consumada la hecatombe de esos tres días de batalla en que me ocupo, volvióse **a su antiguo campamento gobiernista.**

Ningún Jefe que comanda a uno de los batallones que toman parte en un combate, puede, en mi concepto, darse cabal cuenta de los acontecimientos que ocurran en todo el campo del mismo, durante la refriega. A lo sumo, el Estado Mayor, dados el punto de observación que la táctica le ordena ocupar, y los elementos que tiene a su mando—sus ayudantes—para ordenar y vigilar los movimientos que las circunstancias demanden, está capacitado para narrar, con mayor exactitud que otros, las peripecias de la batalla, porque siempre se le escapan ciertos detalles; y todo ello es así, porque la obicuidad no es cualidad inherente al sér humano.

El total de nuestras tropas, inclusive los dos escuadrones y el personal de la artillería, que tomaron parte en esa cruentísima jornada, montaba, más o menos, a 1.200 hombres. El General Emiliano J. Herrera, de acuerdo con las modificaciones que introdujo a última hora, al plan de ataque, como consecuencia de la entrevista que celebramos al amanecer de ese día, en Perry's Hill» ordenó que el asalto se llevara a cabo así: Por el ala izquierda, o sea por «Peña-Prieta», obrarían dos batallones; por el centro, o sea avanzando directamente sobre el puente de «Calidonia», cuatro, más los dos escuadrones; por el ala derecha, hacia la ermita de San Miguel, dos; y la artillería, desde «Perry's Hill», respaldaría el avance de esos cuerpos. La distancia que nos separaba desde el punto de partida, hasta las trincheras de los lugares indica-

dos, pues en cada uno de ellos las había, medía aproximadamente, dos kilómetros, los cuales, salvo el trayecto de «Perry's Hill» a «Peña-Prieta», que estaba oculto por el manglar hasta la salida a la playa, había que recorrerlo en línea recta, al descubierto.

Ya se sabe que, como Jefe del batallón «Justo Arosemena», al que le tocó la descubierta en el avance que junto con el «Rafael Uribe Uribe», al mando del Coronel Ricardo Nicholson, hicimos por la playa, tenía órdenes de no romper los fuegos sino cuando se oyera un cañonazo de nuestra artillería, a menos que, antes tropezáramos con los contrarios, como aconteció, circunstancia que impidió que se estableciera la lucha, conjuntamente, por los otros lados, y que nos convirtió por un rato, en blanco de sus disparos. De la manera cómo cumplimos nuestro deber, mejor de como yo lo pudiera expresar, lo dicen las palabras del General Víctor Manuel Salazar, al respecto, copiado atrás.

Por los comentarios que hacían en la ambulancia los demás heridos, que eran muchísimos, de los cuales apenas recuerdo en estos momentos a Luis García Fábrega y a Agosto Aizpuru, cuyos pechos los tenían atravesados por sendas balas de «remington reformado», afortunadamente, pude darme cuenta de muchos de los sucesos que ocurrieron durante la violenta y valerosa acometida de los nuestros por el centro y por el ala derecha. Referían: Que uno en pos de otro, seguidos de la caballería, enfilaron los batallones que atacaron por el centro, por la única y estrecha calle que, partiendo del puente de «Calidonia», divide el barrio de ese nombre; que al lado del Coronel Temístocles Díaz, Comandante de uno de los cuerpos que avanzaban de los primeros, caminaba su tío don Joaquín Arosemena, hermano del doctor Pablo Arosemena, viejo y distinguido liberal que, al pasar frente a su hacienda, situada en las «Sabanas de Panamá», el batallón «Cazadores del Pindo», caucano, se incorporó a sus filas con entusiasmo juvenil, y portando cual si fuera una espada, una flexible vara, murió, valerosamente, en defensa del partido; que llenando los claros que hacían en las filas las descargas gobiernistas, lograron llegar, sin embargo, hasta los estribos del funesto puente, Jefes, Oficiales y cientos de soldados que, impertérritos, a pecho descubierto allí cayeron, en su mayor parte, muertos o heridos. Fueron tantos, los unos y los otros, que es imposible, después de tantos años retener sus gloriosos nombres. Entre los primeros figuran don Joaquín Arosemena, Temístocles Díaz, Juan Antonio Mendoza, Ricardo Gómez, Fabio Tejada y uno de sus hijos, Rogelio Agüero, Samuel Rostrup, Samuel Ruíz, Teodoro Aparicio, Francisco Merel, Guillermo Echeverría, y, entre los segundos, Simón Chaux, José Antonio Ramírez Uribe, Ezequiel Vásquez, Manuel Patiño, Luis García Fábrega, Agosto Aizpuru, José S. Mendoza y Carlos Cartas. Que los que actuaron por el ala derecha, desalojaron, asaltando sus atrincheramientos, al adversario que ocupaba la ermita de «San Miguel», la cual quedó hasta el final de la lucha, en poder de los nuestros, porque aquéllos, tan escarmentados quedaron, que

no intentaron siquiera recuperar esa posición. Comprueba que no fueron abultados esos comentarios, las siguientes apreciaciones del General Víctor Manuel Salazar, referentes a los mismos sucesos:

«Como a las cuatro de la tarde, una terrible tempestad que se presentó en el campo en donde se libraba la batalla, nos hizo creer que sería al menos motivo de una ligera tregua entre las dos fuerzas combatientes; pero no sucedió así: los fuegos se avivaron más y más, y en el fragor de la tempestad y de la lucha, hubo ciertamente algunos momentos en que el estampido de los cañones se confundía con los truenos de las descargas eléctricas. El espectáculo era solemne. Los fuegos continuaron sin interrupción. De las diez a las once p. m., pudimos observar, aunque confusamente, que el enemigo, aprovechando las tinieblas de aquella noche intensamente oscura, avanzaba en silencio sobre nuestras fortificaciones; y al toque de carga que ordené inmediatamente y que repitió la corneta con entusiasmo en toda la línea, nuestros tiradores contestaron con el fuego más activo que se haya presenciado. Al amanecer del 26 la luz del día nos permitió ver, cerca de nuestra línea de defensa y principalmente en el camellón de Calidonia, regado el campo de cadáveres del enemigo. Los más arrojados habían pagado esa noche con su vida su intrepidez. La lucha continuó durante el día 25, y como a las cuatro de la tarde recibí un pliego vuestro, según el cual, conveníais en una ligera suspensión de hostilidades a efecto de que las ambulanCIAS inglesa y chilena penetraran al campo enemigo a recoger siquiera los heridos, cuyos ayes y quejas oíamos a poca distancia. Así se hizo, en efecto, pudiendo entónces apreciar el destrozo que nuestras armas habían causado a las filas revolucionarias: 600 hombres, entre muertos y heridos, yacían tendidos en aquel campo».

Como contraste, agrego yo, el Ejército del Gobierno, según confesión del propio General Salazar, tuvo pocas bajas en esa batalla y en la de cuatro días antes.

«Esta — la revolución — tuvo 600 bajas entre muertos y heridos, y nosotros, contando las de Corozal, 32 muertos y 66 heridos».

¿No es ésta una revelación que dice mucho en favor del coraje de los nuestros?

En la mañana del 26 de julio de 1900, se presentó a la ambulancia el General Salvador Toledo, Jefe de nuestra artillería, y, muy azorado, sin duda alguna, a causa de circunstancias especiales que lo rodeaban — no era colombiano — manifestó: «Mi vida está en peligro, pues el Ejército se va a rendir, porque acaban de llegar a Colón más de mil hombres al mando del

General José María Campo Serrano, y dentro de una hora, nos atacarán por retaguardia». «Cálmate, Salvador — le dije, — secundado por el General José Antonio Ramírez Uribe, la cosa no es para tanto; ya lo verás». Casi no se demoró y salió en busca del «Ricardo Gaitán Obeso» donde encontró seguro refugio.

Confirmada esa grave noticia por otros conductos, temerosos de caer prisioneros, pues no teníamos más detalles sobre el particular, abandonamos el General Ramírez y yo, la ambulancia, con el propósito él, de tomar el «Gaitán», que se supo había levado anclas para ir a un lugar más abajo de la costa, a esperar los fugitivos que desearan seguir a Tumaco, y yo, para esconderme en alguna hacienda de persona amiga. Emprendimos la marcha a pié, pero en el camino, como una hora después, conseguimos dos pencos que nos llevaron hasta la hacienda denominada «Bermejál», si no estoy equivocado, de propiedad del distinguido liberal y mi respetado amigo, don Constantino Arosemena, hermano de don Joaquín, que acababa de morir en el combate. Allí nos separamos, pues él embarcó en el «Gaitán Obeso», en unión de otros de nuestros compañeros, entre los cuales, que yo recuerde, iban los Generales Emiliano J. Herrera y Salvador Toledo; el doctor Temístocles Rengifo V., Pío Bolaños y Lubín Manrique.

Antes de llegar a «Bermejál», encontramos al Sargento Mayor Plinio Oliveros, con algunos soldados del batallón «Cazadores del Pindo», llamado antes «Mosquera», que no alcanzaron a tomar parte en el combate, por motivos que él explicó y de los cuales no hago memoria.

Al otro día de mi estada en «Bermejál», recibió don Constantino noticias exactas de los últimos acontecimientos en cuestión, según los cuales, el Ejército no se había **rendido**, sino que había **capitulado**; y que, según el acta respectiva, el Gobierno se comprometía de la manera más solemne, a respetar la vida de los Jefes, Oficiales, soldados y personas civiles pertenecientes a la revolución de Panamá, así como también, a permitir a los primeros el uso de sus armas y salir libremente del país, a los que así lo desearan. Aclarada la situación, salí al día siguiente para la ciudad de Panamá en la cual permanecí hasta que sané de mi herida.

Los que no estén al corriente de los pormenores que anteceden, con razón, encontrarán inexplicable la dicha capitulación, pues, indudablemente, es un fenómeno militar inusitado, el de que un ejército sitiador capitule, mas como se ve, los sitiados lo fuimos nosotros a última hora; y en qué momentos, es decir, después de tres días de uno de los combates más sangrientos.

Restablecido de mi herida, solicité del General Carlos Albán pasaporte para ausentarme del país. Antes de expedírmelo, me exhortó en el sentido de que permaneciera en la ciudad, al amparo de las garantías que él me ofrecía, para que viviera tranquilamente, pues sería temerario que persistiera en volver a tomar las armas, porque la revolución estaba moribunda, a causa de los últimos fracasos que había sufrido. Le contesté, que le agradecía sinceramente su bondadosa sugestión, tanto más, cuanto que no dudaba que mientras él estuviera al frente de su puesto, disfrutaría de las garantías que me ofrecía; pero, que si por desgracia llegara él a faltar, era lo más probable que perdiera esos favores; que tenía compromisos adquiridos, que me obligaban a volver a los campamentos para luchar al lado de mis copartidarios, tan luego como la guerra reviviera; y que, en todo caso, necesitaba ganarme la vida honradamente, como en el exterior tenía probabilidades de hacerlo con provecho. Finalmente, en síntesis, me dijo: «Pues ya verá usted cómo no tendrá ocasión de regresar a los campamentos; y como usted insiste en salir del país, con mucho gusto le extenderé el pasaporte que desea». Provisto de ese documento, en el primer vapor que salió para el sur, marché a Guayaquil.



## XVI

Objeto de mi viaje a Guayaquil. — Primeras impresiones. — Doctor Temístocles Rengifo V., General Salvador Toledo, Pío Bolaños. — Situación en Tumaco.—General Alfredo Vásquez Cobo, Lubín Manrique, César Córdoba, doctor Manuel Padrón. — Liceo «Rocafuerte».—Don Manuel María Valverde.—Visitas a los estudiantes Trujillos. — Doctor León Becerra. — De cómo aprendí a cartear el tresillo. — Doctor Pedro de Obarrio, doctor José Antonio Manrique. — «Botica Rocafuerte». — Doctor José Antonio Chiriboga. — Luis Báscones Bueno. — Incidente con César Córdoba. — General Sergio Pérez, General Rafael Díaz Morkum, General Julio Plaza, General José Antonio Ramírez Uribe, Doctor Germán Uribe Hoyos, Roberto Payán.—Delegación Liberal. — General González Garro. — Instrucciones acerca de unos documentos importantes. — Federico V. Reinel. «El Grito del Pueblo». — Carta al General Rafael Uribe Uribe a New York. — General Avelino Rosas. — Anécdota. — Llegada de los delegados liberales. — General Benjamín Herrera. — Doctor Lucas Caballero.—«Hotel Victoria». — Entrevista con el General Benjamín Herrera. — Viaje a Quito del doctor Lucas Caballero. — Respuesta del General Uribe Uribe. — Carta al Director de «El Grito del Pueblo».—Consulta al General Benjamín Herrera. — «El Telégrafo». Viaje del General Benjamín Herrera a Quito.—Colonia colombiana. Doctor Bernardo Vallarino.—Llamada de Nicaragua. — Salida para Corinto. — Vapor «Anubis».

Los que habían cuidado, hasta verla florecer, la semilla de la revolución, sembrada en la conciencia de las masas del partido, por el verbo autorizado e inconforme de eminentes liberales, no podían flaquear una vez emprendida la lucha. Tal era mi situación pues, aunque modestamente, me encontraba entre los primeros. Entendiendo y cumpliendo así mis deberes políticos, determiné, tan luego como sané de la herida recibida en el último combate, acercarme al campamento de Tumaco, por la vía de Guayaquil, que era la más expedita para los que estábamos en esas andanzas.

Las primeras impresiones que recibí al llegar a esa ciudad, no fueron satisfactorias con respecto al campamento en cuya busca iba, a juzgar por las noticias que me dieron los compañeros de la víspera, doctor Temístocles Rengifo V., General Simón Chauv, General Salvador Toledo, Pío Bolaños y

Lubín Manrique que, como queda dicho, habían salido inmediatamente después del fracaso que sufrimos en el puente de Calidonia, para Tumaco, donde apenas demoraron y siguieron para Guayaquil.

Las versiones de esos amigos, sobre la situación militar de Tumaco, carecían de ciertos detalles que necesitaba conocer para formar mi juicio al respecto; y por tanto, resolví ir a cerciorarme personalmente del estado de la misma, a fin de decidir el camino que debía tomar: Reincorporarme a ese, mi antiguo campamento como fué mi propósito al abandonar a Panamá, o esperar el desarrollo de nuevos acontecimientos. Consecuente con esas ideas, embarqué para Esmeraldas, que era el puerto desde donde podía ir a Tumaco, sin tropiezos y fuente de información, la mejor, además para aclarar mis dudas, sin tener que adentrarme hasta allá, para saber si las actividades que se estaban desarrollando, correspondían al incremento de la campaña en esa importante sección del país, y para no pasar por la pena, en el caso contrario, de tener que regresarme, con riesgo de disgustar a los camaradas de allá, amigos de todo mi afecto.

Llegado a Esmeraldas, varios copartidarios dignos de crédito, por su seriedad, sano criterio, amor por la causa, radicados en el lugar, lo que les permitía estar al corriente, casi a diario, de cómo andaban los asuntos militares en el lugar en cuestión, me dijeron, sin discrepar en nada, que las fuerzas liberales que habían quedado en el litoral sur del Cauca, al desmembrarse el primitivo Ejército, a causa de la expedición procedente del mismo, que había seguido a Panamá, permaneció estacionario en sus antiguas posiciones, tal vez por falta de elementos; que fuera por esa inacción o por otros motivos, no existía, y, era lo peor, la cohesión que debía reinar en sus filas, todo lo cual hacía suponer, que se les alejaría la ayuda que necesitaran, porque esas malas noticias, como todas las de su clase, presurosamente, de seguro habían herido oídos a los cuales nunca debían llegar; pero que, mientras tanto, habían tenido un encuentro afortunado con fuerzas del Gobierno, en el cual cayó prisionero uno de los jefes contrarios, el más esforzado de ellos, General Alfredo Vásquez Cobo, pues en tanto que los otros se retiraron del lugar de la lucha, cuando ésta finalizaba, él se quedó peleando con el agua al pecho en «La Viciosa». Tales noticias, desagradables en sumo grado, determinaron mi regreso, no sin gran contrariedad, desde luego que el campo que tenía a la vista, no era propicio para mis ideales. Casi desesperanzado, porque de allí en adelante era incierto mi camino, tomé el primer vapor que pasaba para Guayaquil. Don Plascencio Trujillo, de cuyas exquisitas atenciones disfruté en ésa, como en otras ocasiones, me entregó unas cartas para sus hijos José Vicente y José Domingo, que estaban internados en el Liceo «Rocafuerte», con el amable encargo de que los visitara en su nombre.

De nuevo en la ciudad del Guayas, hallé más numeroso el grupo de los expatriados, a causa de la guerra.

Lubín Manrique había encontrado en la ciudad a su antiguo e íntimo amigo César Córdoba, a quien los liberales de Cali tenían investido con el carácter de Agente Financiero de la Revolución. Era él, Córdoba, distinguido caballero, culto, comunicativo, de carácter alegre sin dejar de ser prudente y honrado a carta cabal, cualidades todas que le merecieron la alta prueba de confianza de que hago mención. Lubín tuvo la bondad de presentármelo, y, desde ese día, hasta que la muerte, después de haberle arrebatado a la dulce y virtuosa compañera de su vida y de haber él reconstruido su hogar, embellecido con los frutos de su amor, se lo llevó para siempre, cultivamos íntima, leal amistad, salvo un incidente de que luego me ocuparé, y que, paradójicamente, contribuyó a afianzarla.

El doctor Manuel Padrón, Cónsul de Colombia en la ciudad, me refirió este incidente, con respecto a este inolvidable amigo: «Era el 20 de Julio. Con tal motivo, algunos compatriotas, celebrábamos en el Consulado la gloriosa fecha de nuestra independencia. Alguien le dió cuenta a Córdoba de nuestra patriótica reunión. Al punto se presentó a ella y exclamó: «Aunque no tengo el honor de ser amigo personal del señor Cónsul — no nos conocíamos sino de vista—basta que él lo sea de Colombia, nuestra patria, para que yo me crea autorizado a concurrir a esta reunión de carácter patriótico. Nuestras diferencias políticas las ventilamos en el territorio nacional. En el suelo extraño, no somos más que colombianos y, por consiguiente, hermanos». Su porte distinguido, el fervor de sus palabras, conmovieron a todos los que allí estábamos, entre los cuales había amigos de él, quienes se apresuraron a presentármelo. Le respondí: No necesita presentación en esta casa, quien de manera tan gentil como patriótica, cruza sus umbrales». Lo abracé con emoción y pasamos las horas más agradables. Desde ese instante, sin querellar jamás, no obstante, nuestras actividades tan distintas y encontradas, fuimos buenos amigos. Era un patriota!»

Al día siguiente de mi regreso a la ciudad, me dirigí al Liceo «Rocafuerte», con el objeto de hacerles llegar a los jóvenes Trujillos, que en él estaban internados, la correspondencia que se me había confiado para ellos, y solicitar permiso para saludarlos, personalmente, a nombre de su padre. Me recibió cortesmente, el Rector y fundador de ese importante y muy bien reputado centro docente, don Manuel María Valverde, quien me invitó a que pasara a su despacho. Una vez allí, lo impuse de la amable comisión que llevaba, y le supliqué que se dignara señalarme la hora, oportuna, para entrevistarme con dichos colegiales. Complaciente, me manifestó que tendría mucho gusto en satisfacer mi solicitud, tan luego como ellos terminaran las tareas a que en esos momentos se dedicaban, las cuales, en breve, finalizarían. En la conversación que entablamos, para dar tiempo a la pequeña espera, galantemente propuesta por él, hube de informarle de mi nacionalidad, lo que dió motivo para que él expusiera gran simpatía por Colombia, a la cual en cierto modo, dijo, le ligaban lazos de familia, pues un colombiano, don Julio

González Tello, era el esposo de una de sus cuñadas. «Me dá usted muy grata noticia», le contesté, porque tengo el honor de ser amigo de don Julio, y le referí el incidente del «Hotel Blum» de Bogotá, del cual me he ocupado al principio de estas reminiscencias. «De seguro que él no sabe que usted ha llegado a esta ciudad; y si usted me lo permite, se lo haré saber en seguida». Tomó el teléfono, pero no se pudo comunicar con él porque esa mañana se había ausentado para su hacienda «La Maravilla». A poco, se presentaron los jóvenes Trujillos. Mutuo regocijo nos causó el encuentro. Carta viva como lo era, con placer, que revelaban sus semblantes, recibían las respuestas a las numerosas preguntas que me hacían. A ojos vistas, su salud era inmejorable, y supe de sus satisfactorios progresos en el estudio, todo lo cual me serviría para enviarle excelentes noticias a su padre.

Antes de despedirme del señor Valverde, amablemente me prometió una visita y, esa misma noche, tuve el gusto de recibirlo en mi hotel. Se había comunicado nuevamente con la familia de don Julio González Tello y me informó que la esposa de éste, su cuñada, enterada por él, del incidente del «Hotel Blum», le complació saber que yo era amigo de su esposo; que le había expresado ella que, aunque él estaba ausente, le sería grato recibirme; motivo por el cual se me ofrecía para acompañarme a visitarla, cuando a bien lo tuviera. Imposible rehusar tan cortés insinuación; por tanto, acordamos que, después que tuviera el placer de corresponder a su amable visita, con el mayor agrado, honrado con su compañía, iría a presentarle mis respetos a la digna esposa de don Julio. En ambos hogares, fui objeto de las más finas atenciones. Merced a nuestra amistad, tan simpáticamente iniciada, don Manuel María, me relacionó con muchos de sus amigos. Entre ellos figuraba el doctor León Becerra, eminente facultativo, distinguido caballero, que me dispensó especiales atenciones y cuya memoria la conservo con veneración y respeto.

Dentro de las muchas y amenas horas que endulzaron mi vida de proscrito, destaco aquellas que dieron origen a este incidente: Después de una comida, de carácter familiar, a la cual tuve el honor de ser invitado por don Manuel María Valverde, nos retiramos a la pieza de confianza de la casa, a tomar el café. Don Manuel María, con su genial cortesanía, propuso que jugáramos una partida de tresillo, en unión de sus encantadoras cuñadas Ester Julia y Ana Josefa, las cuales, gentilmente, dieron su asentimiento. Pero he aquí, que no podía corresponder a esa atrayente invitación, porque, como tuve que confesarlo con pena, no conocía ese juego sino de nombre. «Cómo!», exclamaron en coro esas bellísimas damas, lo mismo que la dulce Dilia, hermana de éstas, doña Rosa, su digna compañera y él, «un colombiano que no sepa jugar tresillo?». «Así lo es sin embargo, respondí, pues aun cuando ese juego está muy generalizado en mi país, es lo cierto, que en los departamentos costeros de allá—de uno de los cuales soy oriundo—no se practica». «Tanto mejor, repuso el señor Valverde. Ello proporcionará a Ester Julia y a Ana Josefa, el placer de aleccionarlo». Me ligan pues, a ese

juego, que por las ingeniosas combinaciones a que da lugar su desarrollo, y el señorío que presupone la fiel observancia de sus reglas, ha merecido que se le designe: «Rey de los juegos y juego de los Reyes», muy gratos recuerdos.

El doctor Pedro de Obarrio, panameño, mi amigo desde la juventud, que residía en la ciudad, hubo de hacerme una incisión en el dedo mayor del pié izquierdo, a causa de un panadizo que se me presentó. Cuando aún no estaba del todo bien, se me acercó para noticiarme que tenía que ausentarse urgentemente para California y que siguiera la medicación que me había prescrito, en la seguridad de que dentro de pocos días podría calzarme de nuevo. Así lo hice, y, realmente, continuó la mejoría, mas abusando de ese estado, me calcé antes de tiempo, lo que ocasionó que el dedo se volviera a inflamarse. Esa emergencia obligóme a solicitar los servicios de uno de los médicos que recetaban en la farmacia «Rocafuerte», cercana a la pieza donde, a la sazón, me había cambiado. Correspondió a mi llamada el doctor José Antonio Manrique, caballero cultísimo que, solícitamente, hasta su curación completa, atendió mi mal; y como resultó que era hermano de la esposa del doctor Luis F. Pólit, distinguido amigo, de quien me he ocupado antes, de la manera justiciera como él lo merece, estrechamos nuestras relaciones, a tal punto, que menudeaba sus visitas, más bien como amigo. Un día, amablemente me dijo: «Para que usted no se aburra tanto debido a la inacción en que se encuentra, cálcese con una chinela bien holgada, y, como nuestra farmacia está muy cerca, lléguese a ella por las noches. Allí suelen tertuliar distinguidos caballeros, amigos nuestros, con lo cuales lo relacionaré. Tan bondadosa excitación me proporcionó el honor y el placer de conocer y de tratar, entre otros, cuyos nombres se me escapan de la memoria, a los importantes doctores Luis F. Borja, José María Carbo Aguirre, Arcesio Manrique, juriconsultos; José Antonio Chiriboga, renombrado médico, Luis Chiriboga, Luis Báscones Bueno y Augusto Aguirre Aparicio, personas todas de la mejor sociedad, cuyos gratos recuerdos no los borrarán ni el tiempo ni la distancia. En esa época, terminaba sus estudios de jurisprudencia Augusto Aguirre Aparicio, que luego se dedicó a la carrera diplomática. Sus brillantes actuaciones han honrado a su país en donde quiera que lo ha representado. Así lo testifican, para no citar sino el caso nuestro, las expresivas manifestaciones que la sociedad bogotana, el Gobierno y el Congreso, le prodigaron, con motivo de su traslado a Lima, con el mismo elevado cargo, pues las Cámaras Legislativas—caso único, tal vez—por medio de sendas proposiciones concebidas en encomiásticos y merecidos términos, reconocieron su meritoria labor como representante de la nación hermana y expusieron a la vez, que sería perdurable el recuerdo que nos dejaba. Muy placentero me fué revivir con él, tanto a su entrada, como a su salida del país, los gratos recuerdos de mi permanencia en Guayaquil, así como también rememorar a nuestro común y querido amigo, doctor José Antonio Chiriboga.

En cuanto a César Córdoba, el caso fué como sigue: Bajó él una

mañana, a tomar el desayuno, al comedor del hotel donde ambos vivíamos, en momentos en que lo había precedido, con igual objeto. A regañadientes, con semblante casi adusto, pues no denotaba el suyo el de una persona que, dentro de las reglas de la urbanidad, saluda a otra que no le es desconocida, secamente, dirigiéndose a mí, dijo: «Buenos días». En el mismo tono, o mejor dicho, con frialdad y extrañeza, porque no acertaba a explicarme la mudanza que denunciada su inesperada actitud, le respondí con iguales palabras. «No la debas, no la temas», me dije para mis adentros y venciendo el escozor que me produjo su inmotivado proceder, no intenté siquiera averiguar qué lo originaba.

El tiempo transcurría sin que el estado de nuestras relaciones se modificara. Así las cosas, fui invitado a una reunión política, que debía verificarse en la casa de habitación de un copartidario radicado en la ciudad. Enterado de qué se trataba, nada menos que de desconocer el carácter con que estaba investido César Córdoba por el liberalismo de Cali, como lo supe al concurrir a la cita, manifesté que asunto de tanta gravedad, requería, como cuestión previa para considerarlo concienzudamente, una información que demostrara, sin lugar a dudas, que Córdoba se había hecho indigno del honoroso puesto que se le había confiado, tanto más, cuanto que, hasta esos momentos, lo consideraba persona de bien, honrado como él que más. Acogidos esos conceptos por la mayoría de los circunstantes, la reunión se disolvió sin adelantar ningún paso al respecto, pues no se llegó a formular ninguna acusación contra él.

Al día siguiente, Córdoba se me acercó, y, emocionado, me dijo más o menos: «Lubín Manrique me ha impuesto de que en una reunión política verificada anoche, a la que él asistió, y en la cual, encubiertamente, se pensó mancillar mi reputación, asumió usted una actitud cuballerosa para conmigo, que hizo fracasar ese artero proceder. Muy agradecido le estoy, tanto más, cuanto que, nuestras relaciones de amistad se habían enfriado». «Señor, le contesté: obré anoche de la manera como siempre lo hago, cuando, en mi concepto—era el caso de usted—se pretende cometer injusto agravio. En lo que respecta a la frialdad de nuestra amistad, sea ésta la ocasión para significarle mi extrañeza por su alejamiento para conmigo». Aclaró él el punto manifestando que N. N.—un copartidario a quien no le había podido abonar, por ser contrario a la verdad de los hechos, algunas actuaciones en la campaña, como me lo había solicitado por escrito—le había contado que yo me había expresado mal de él. «Hágame el favor, le dije, de acompañarme para que oiga usted, como respuesta a lo que acaba usted de enterarme, lo que voy a decirle a ese falsario informante». «Nó, respondió en seguida. Quien como usted es un caballero, como lo demuestra su actitud de anoche, no necesita reivindicarse». He ahí, por qué calificué de paradójica, si así se puede decir, la reanudación de nuestra fiel amistad, que nunca más sufrió quebranto.

Entre las personas importantes que engrosaron el grupo revolucionario, después de mi retorno a Guayaquil, recuerdo a los Generales Sergio Pérez, Rafael Díaz Morkum, Julio Plaza y José Antonio Ramírez Uribe, a Roberto Payán y a don Maximiliano Llorente. Plaza, Ramírez Uribe y Payán, recientemente derrotados en Tumaco por el General Carlos Albán, contaban que al tercer día o sea el postrero de su desgraciado combate, se presentó al lugar de los acontecimientos, el General Paulo Emilio Bustamante, con un lucido cuadro de Oficiales y alguna tropa, procedentes del Tolima, tras una marcha gloriosa, todos los cuales lucharon al lado de ellos, pero que, consumado el desastre, se internaron en el Ecuador, y que, a la sazón, se hallaban en Otavalo, población importante de ese país, como era de pública notoriedad.

Aumentaron también, nuestro núcleo revolucionario, a raíz de estos últimos sucesos, Germán Uribe Hoyos, competentísimo Ingeniero y los hermanos Nichols, que lo acompañaban, quienes como él, tras muchas peripecias, llegaron a la ciudad, con ardiente anhelo de luchar por la causa, lo que al fin consiguieron, pero con el doloroso aditamento, de que uno de los citados hermanos, perdió la vida, a consecuencia de la campaña.

Desorientados como lo estábamos acerca de la suerte de nuestras armas, pues eran contradictorios los datos que nos llegaban, nuestra situación espiritual era de lo más angustiosa. A pesar de esos contratiempos, lucubrando nuevos planes, nuestro ánimo no decaía.

Se rumoraba, con insistencia, que estaban en camino, con dirección a la ciudad que nos asilaba, investidos con el carácter de delegados del partido, destacados copartidarios — cuyos nombres se ignoraban — los cuales venían a activar los asuntos que allí nos detenían. Con tal motivo recibí, enviada por el General colombiano González Garro, antiguo residente en Quito, una importante comunicación, con instrucciones de que la pusiera, personalmente, en manos del Jefe de esa delegación y de que, si entre sus miembros figuraba el General Benjamín Ruíz, se le impidiera desembarcar a éste, pues, oficialmente, se habían impartido órdenes según las cuales, sería aprehendido tan pronto como pusiera pié en tierra.

Era propietario y director al propio tiempo, del diario de gran circulación, «El Grito del Pueblo», editado en Guayaquil, Federico V. Reinel, natural de Barbacoas, liberal civilista, como se denominaba entonces a los copartidarios adversos a la revolución, el cual, consecuente con sus puntos de vista, desde las columnas de su periódico, sin descanso, hostilizaba nuestras actividades, en el sentido de esparcir infundadas noticias, como por ejemplo, la de que el General Rafael Uribe Uribe se había separado, definitivamente, de la lucha armada, según cablegramas que atribuía a su corresponsal de New York, donde aquél se encontraba. Su pertinaz labor, comenzó a producir los efectos que él perseguía: enfriar el entusiasmo de los amigos que nos habían prestado eficaz ayuda y de quienes esperábamos nuevos favores. Impotentes, como lo estábamos, para desvirtuar su pernicioso campaña, que él,

antojadizamente respaldaba con una fuente de información—el cable—de que carecíamos, dirigí una carta al General Rafael Uribe Uribe, dándole cuenta de lo que estaba sucediendo.

Entre tanto, llegó a la ciudad el General Avelino Rosas, fugitivo de su campaña en el Cauca, con el propósito de seguir a Quito, cuanto antes, como en efecto lo realizó. El día antes de su partida nos invitó a almorzar en el «Hotel Victoria» donde él se había hospedado junto con su Secretario que, si no recuerdo mal, se llamaba Julio Ospina, a los Generales Julio Plaza y José Antonio Ramírez Uribe, a Roberto Payán y a mí. Al terminar el almuerzo, en son de broma, le pregunté: «¿Por qué ahorcó usted a Célimo Rayo?». «Para evitar el derramamiento de sangre», respondió, y, sin interrumpirse añadió: «Que no lo hiciera usted, ni Placita, ni Ramírez, ni Payán, se explicaría, pero que lo haga yo, no tiene nada de extraño, pues todos ustedes saben, que cualquier «godo» que me coja, me fusila». Este incidente, obedece a los siguientes antecedentes: Fuerzas contrarias habían acorralado al General Avelino Rosas y contando Célimo Rayo, conque aquél no se le escaparía, dirigió al Gobierno, este imprudente telegrama: «Respondo de la cabeza de Avelino Rosas». Pocos meses después, en el combate de Puerres, los hechos se encargaron de demostrar cómo eran de acertadas las suposiciones del General Avelino Rosas: herido en una pierna, se cebaron en él hasta despedazar su cadáver, los contrarios!

Tardaba, o más claro, no se tenía remota idea, de cuándo llegaría la delegación del partido; y tampoco, como ya se dijo, quienes la integraban, pues la prevención que me hizo el General González Garro, en su carta remisoría de la correspondencia que debía entregar, personalmente, al Jefe de la misma, en el sentido de que si, entre los comisionados viniera el General Benjamín Ruíz, no se le permitiera a éste desembarcar, demostraba, claramente, que tanto él, como los altos personajes con quienes era de suponer estaría en íntimo contacto, ignoraban, igualmente, los nombres de aquellos.

Esa desorientación y la falta absoluta de noticias posteriores, no daban asidero para fundar halagadoras conjeturas sobre su arribo. Todo lo contrario, contribuían a considerarlo dudoso y echaban por tierra la esperanza de cosechar los lisonjeros resultados que se fincaban en la provechosa labor que llevaran a cabo esos voceros importantes de la causa. Sin embargo, un día, en momentos en que me hallaba acostado, padeciendo de una de las álgidas fiebres palúdicas adquiridas en la campaña, alguien me llevó la noticia de que un buque que iba de tránsito, había dejado a su paso por «Puná» — la Estación de Cuarentena situada en la desembocadura del río Guayas — a los señores General Benjamín Herrera y doctor Lucas Caballero, es decir, los miembros de la delegación ansiadamente esperada. Seguidamente llamé, si no hago mala memoria, al General Julio plaza y al entonces Sargento Mayor Roberto Payán, los cuales enterados por mí de tan importante nueva, salieron a encontrarlos. Horas más tarde, como a las cuatro p. m., regresaron acompa-

ñados del General Benjamín Herrera quien, después que tuve el honor de serle presentado y de ponerme a sus órdenes, con frases muy amables, me significó su pena por el mal estado de mi salud. «Afortunadamente General, le contesté agradecido, son fiebres tercianas, que si a la larga pueden dar malos resultados, todavía no me postran». Le pregunté por el doctor Lucas Caballero, su compañero de delegación, y me informó que había tenido que quedarse en el «Hotel Victoria», donde juntos se hospedaron, a causa de que había llegado con fiebre, pero que no era cosa de cuidado. La conversación se extendió sobre asuntos relativos a la guerra. Comentando las actuaciones de jefes destacados, traje a colación el nombre del General Rafael Uribe Uribe. Acremente censuró la conducta de éste en los campamentos, llegando a calificarlo en términos que, en mi concepto, no merecía, pues entre otras duras apreciaciones, daba a entender que carecía de valor personal. «Y el Puente de Peralonso?», exclamé. «Es lo único bueno que ha hecho ese hombre», repuso, poniéndose de pies. «Creo General, añadí respetuosamente, que más perjudicial que la pérdida de la batalla de «Palonegro» y el combate naval de «Los Obispos», lo han sido para nuestra causa, las desaveniencias de nuestros más encumbrados Jefes. Por lo demás, se refiere usted a sucesos que debo suponer, ha presenciado usted, y por tanto, no me atrevo a contradecirlo; mas como soy amigo personal del General Rafael Uribe Uribe, me mortifican los cargos que usted le hace». Sin volver a tomar asiento, expresó: «Está bien; deseo que usted se mejore. Hasta luego». «Permítame General, argüí, tengo el encargo de poner en manos de usted una importante correspondencia». «Mañana me la entregará», contestó y se despidió de nuevo.

Al día siguiente, como me acontecía después de esos accesos febriles, me sentí bien, y, presurosamente, fui a entregarle la correspondencia dicha. Me sorprendió la manera afable como me recibió, porque imaginaba que podía estar disgustado conmigo por el incidente de la tarde anterior, que jamás hubiera deseado ocurriera y que tanto me apenaba. Tan sincera era su actitud que, abriendo la carta que puse en sus manos, dijo: «Leámosla», como se llevó a cabo. Desde entónces me honró con su amistad, de la que sólo gratos recuerdos conservo. Los latidos de su noble corazón, expulsaban de su seno la amargura producida por cualquier resentimiento.

Frescos aún estos acontecimientos, dispuso el General Benjamín Herrera, que mientras él encauzaba en la ciudad delicados asuntos que requerían su inmediata dirección, según mi parecer, siguiera a Quito el doctor Lucas Caballero, para que adelantara allá las gestiones relacionadas con la importante comisión que los traía.

Así las cosas, recibí la respuesta del General Rafael Uribe Uribe a mi carta referida. Como lo esperaba, su misiva anulaba por completo la tendenciosa propaganda de Federico V. Reinol, en «El Grito del Pueblo». Apartándose de la consulta que le hice, en párrafo final, me decía el General Uribe Uribe más o menos: «Ya se habrá impuesto usted de la hiriente

campana que contra mí se ha emprendido desde el campo liberal. A nadie más que a mí corresponde velar por mi reputación. Llegará el momento de la vindicación, por mí mismo. Ruego a los amigos que no se ocupen de ese asunto. Todos nuestros desvelos, por ahora, deben circunscribirse al triunfo de la causa, como lo hago, el primero».

Respaldado por esa carta alentadora, sin pérdida de tiempo, escribí una dirigida al Director de «El Grito del Pueblo», con este epígrafe. «Res non Verba», en que le transcribía las palabras del General Uribe Uribe que destrúan la labor entorpecedora de nuestros planes, ejecutada por ese periódico; y, simplemente, con ánimo de que se acataran los juiciosos consejos de ese eminente jefe, en pró de nuestros ideales, o sea que, por encima de toda otra consideración, tuvieran como guía nuestros actos, la victoria de la campana, transcribí el párrafo final en cuestión.

Antes de mandar esa carta a su destino, creí mi deber consultar la opinión del General Benjamín Herrera, acerca de su contenido. Al efecto, me encaminé a la pieza que él había tomado en arrendamiento, a eso de las seis de la tarde. Estaba con él, en esos momentos, el doctor Temístocles Rengifo V., a quien había tomado como su secretario. Impuesto de mis deseos, me dijo: «Véngase a comer con nosotros y allí me leerá su carta». No recuerdo el nombre del restaurante donde él tomaba sus alimentos. Servida la sopa, me indicó que comenzara a darle lectura. A cada párrafo que iba leyendo, le impartía su aprobación; mas al oír el último, tomando en sus manos dicha carta, exclamó, marcando con la uña el lugar correspondiente: «Quítele esto». «Con mucho gusto General, dije a mi vez. Bien sabe usted cómo lo respeto. Precisamente me he permitido consultar su autorizada opinión, porque deseo acogerme a ella». Terminada la comida, juntos los tres, regresamos a la habitación del General Herrera y le pedí al doctor Temístocles Rengifo V., mi buen amigo, que me hiciera el favor de dictarme la carta, sin el párrafo final, para sacar de ella dos copias: Una para Reinel, a quien estaba dirigida, pero que presentía que la publicaría trunca, en su periódico, dado que desvanecía su labor en nuestra contra; y la otra, para el muy leído diario «El Telégrafo», que sí la insertaría completa. Tal como lo supuse resultó, como lo comprueban las ediciones de esos diarios, que se pueden consultar, correspondientes a los meses de mayo o junio de 1901.

Pasado algún tiempo, siguió para Quito el General Benjamín Herrera.

Existía en Guayaquil una colonia colombiana muy lucida, que hacía honor a nuestra patria. La mayor parte de sus miembros estaba vinculada al alto comercio de la ciudad; y por la sólida posición pecuniaria de los mismos, labrada con ejemplar honradez y la rectitud de todos sus actos, eran muy considerados y respetados en todas las capas sociales y comerciales. Entre ellos, figuraban en primera línea: E. Rohde & Cía., López y Guzmán, Orrantia & Cía., Norberto Ossa & Cía., Calvo y Carrera, Leopoldo Mercado, Ra-

fael Valdés, Julio González Tello, Eduardo Arosemena, Pedro Miller, Samuel Mora, Germán F. Lince, José María Díaz Granados, Ramón Vallarino y Ramón y Antonio Vallarino Z.

Cuando menos lo esperaba, llegó a la ciudad el doctor Bernardo Vallarino, reputado facultativo, viejo amigo de toda mi consideración. «Acabo de llegar, me dijo y sigo para el sur en el mismo barco que me trajo. A mi paso por Corinto (Nicaragua) me ví con nuestro común amigo Domingo Díaz y me recomendó decirte que partas cuanto antes para aquel lugar donde te espera para que ingreses a la expedición que se está organizando, de que él es Jefe, y que pronto saldrá para el Istmo.

Dos días más tarde, o sea el 5 de julio de 1901, embarqué en el vapor alemán «Anubis» de la línea Cosmos, que salía con rumbo directo a Corinto, pues solamente haría escala en Bahía de Carques, puerto de la costa ecuatoriana. Esta circunstancia me sirvió para despistar al Cónsul de Colombia, mi amigo don Manuel Padrón, acerca de la verdadera ruta que llevaba, si era el caso de que se hubiera enterado de mi partida, de la cual sólo dí aviso a algunos copartidarios y a mis excelentes amigos doctor José Antonio Chiriboga y Augusto Aguirre Aparicio, quienes me dieron una comida de despedida en el «Club Unión» y me acompañaron a bordo, hasta última hora.

Mi pasaje lo compré, en consecuencia, hasta Bahía de Carques. Cuando el vapor fondeó en ese puerto, manifesté al Capitán: «Tomé pasaje hasta este lugar, en el cual no voy a desembarcar, porque pienso seguir hasta Corinto. Soy revolucionario colombiano; me va de esta treta, para despistar al Cónsul de mi país que no debe enterarse de mis pasos; y, como deseo economizar dinero—no contaba sino con unos pocos pesos más, después de pagar mi nuevo pasaje—tomaré un boleto de segunda clase, para el resto del viaje». «Está bien», contestó. Pagué al Contador la suma correspondiente. Llegó la hora de la comida, y, como era natural, no concurrí al comedor principal, para tomar mis alimentos y me dirigí al lugar que me correspondía de acuerdo con mi nuevo pasaje. Apenas me había sentado a la mesa de segunda categoría, se presentó un sirviente que me invitó, a nombre del Capitán, para que pasara a su despacho. «Me inspira, me dijo más o menos, simpatía su situación y sé que las personas que como usted, defienden una causa política, merecen consideración. He dado instrucciones al Contador para que usted siga ocupando el mismo lugar que traía». Le dí las más rendidas gracias; y, tomándome del brazo, me condujo a la mesa que él presidía. Era alto, de fuerte complexión, como de 45 o 50 años de edad, comunicativo y muy afable. Cuánto lamento no recordar su nombre. Cinco días después, o sea el 10 del mismo mes, anclamos en Corinto.

XVII

Corinto. — Don Domingo Díaz, Generales Jesús María Lugo y Saúl Cortissoz. — «Hotel Corinto». — General Benjamín Ruíz. = León. — «Hotel Italia». — Estación «Momotombo». — Lago de Managua. — Volcanes «Momotombo» y «Momotombito». — Managua. — «Hotel del Comercio». — Coroneles José Dolores Zarante, Ricardo Nicholson, Miguel Hoyos, Manuel Vásquez F., Sargento Mayor Ismael Porto, Capitán Aizpuru Aizpuru, Pío Bolaños, doctor José León Castillo. — Carácter conque obraba don Domingo Díaz. — Conmemoración de la gloriosa muerte del Coronel Temístocles Díaz. — Desesperante situación. — Llegada de los Coroneles Milcíades e Isaías Rodríguez, Sargentos Mayores Guillermo Andreve y Moisés de la Rosa. — Arribo del General Paulo Emilio Obregón y del Coronel Juan Antonio Jiménez, Jorge Campbell y Julio Noguera. — Recibo y envío de correspondencia. — Régimen imperante. — Desagradable incidente. — Coronel Román, General Abraham Acevedo. — Poblada contra un misionero Protestante. — Relaciones sociales. — Doctor Daniel Navas, don José María Falla, E. Palazzio & Cía. — Típicas costumbres del país. — «Mengalas», «Tiste», «Pinol». — Encargos del General Victoriano Lorenzo. — Organización de la Expedición. — Quiénes la componían. — Armamento. — Salida de la Expedición. — Arribo a San Carlos. — Precauciones para el desembarque.

A mi llegada a Corinto, don Domingo Díaz, noticiado cablegráficamente de mi salida de Guayaquil, me aguardaba en el puerto, junto con los Generales Jesús María Lugo y Saúl Cortissoz. Después de las presentaciones correspondientes, pues no tenía el honor de conocer a éstos, nos trasladamos al «Hotel Corinto», de propiedad de un italiano de apellido Papi, donde estaban hospedados. Allí, el primero de ellos, me informó que el General Benjamín Ruíz, nuestro copartidario, se encontraba detenido por orden del Gobierno de Nicaragua, en el cuartel del batallón que guarnecía la ciudad, pero que merced a gestiones adelantadas al respecto, se había obtenido la promesa de su libertad, con la condición **sine qua non**, de que tendría que abandonar al país, lo más pronto posible, para lo cual debería ser conducido a bordo del buque en que debía embarcar, por una escolta de dicho batallón, circunstancia que impediría saludarlo antes de su forzoza partida, que tendría lugar en ese mismo día, como efectivamente sucedió, con rumbo al norte.

A la mañana siguiente tomamos el tren y bajamos en la importante ciudad de León, donde demoramos dos días, en el «Hotel Italia», de un señor Molieri, también italiano, al cabo de los cuales, proseguimos hasta «Momotombo», estación terminal del Ferrocarril, en esa época, situada a orillas del lago de «Managua» y punto de arranque del vaporcito que hacía viajes desde ese lugar hasta la capital del país. Existen en ese lago, cercanos entre sí, los apagados volcanes «Momotombo» y «Momotombito», cuyos cráteres sobresalen del agua, a no muy elevadas alturas. En esa travesía, que era lenta y peligrosa, cuando la brisa soplaba fuerte, se pasaba a corta distancia de ellos.

Ya en Managua, la citada capital, nos dirigimos don Domingo Díaz, Cortissoz y yo, al «Hotel del Comercio», perteneciente al señor José Casado, español. El General Jesús María Lugo, tomó camino hacia la casa donde vivía con el Coronel José Dolores Zarante y el Sargento Mayor Ismael Porto.

Además de los copartidarios citados, se encontraban en la ciudad, entre otros defensores del partido listos a tomar las armas, el inteligente Aizpuru Aizpuru, de grata recordación. También tuve el placer de saludar a mi estimado amigo Pío Bolaños, citado atrás, y de conocer y tratar al doctor José León Castillo, personaje político guatemalteco, candidato a la presidencia de su país, desterrado, culto, de amena conversación, sano criterio, atrayente en fin, con quien frecuentemente nos reuníamos.

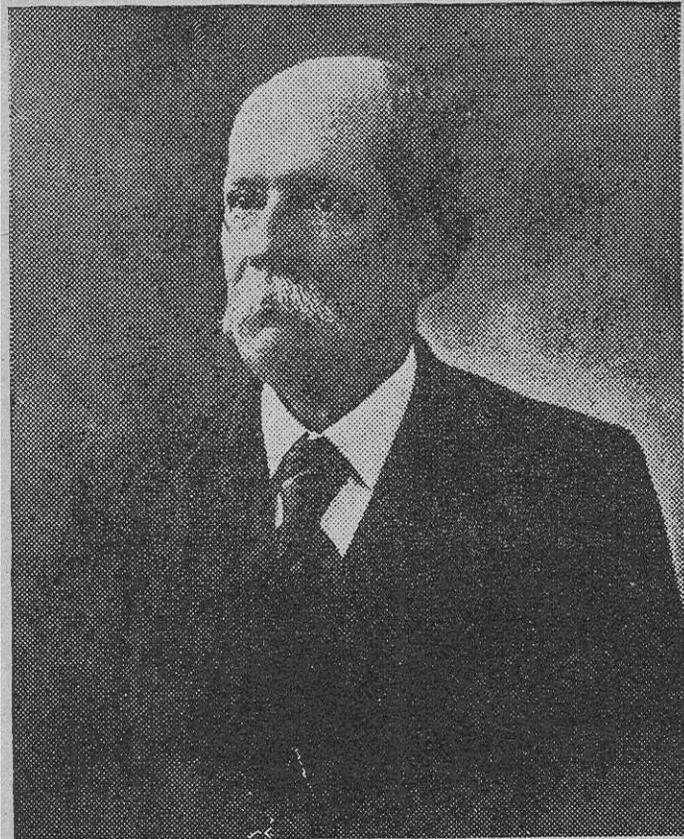
Antes de continuar, debo sentar el carácter con que obraba don Domingo Díaz y algunos de los rasgos que retrataban su entereza: El liberalismo panameño, del cual era nuestro intermediario el entusiasta e incansable luchador, civil, de la causa, Rodolfo Chiari, cual «Ave Fénix», se levantó de nuevo, a raíz del gran desastre que sufrimos en el combate del puente de «Calidonia», y, honrándose a sí mismo, invistió con su personería a quien por sus virtudes, firmeza de ideas, probidad acrisolada, desinterés político, porque el suyo únicamente lo cifraba en el triunfo de nuestra doctrina, tanto lo merecía, o sea al gran ciudadano a quien me refiero: Domingo Díaz.

En las postrimerías de nuestra guerra civil de 1895, se encontraban de parranda, en una cantina situada en «Barrio Caliente», lugar adyacente a la plaza de «Santa Ana» en la ciudad de Panamá, varias personas entre las cuales estaban el popular e inolvidable Juan Antonio Mendoza y un Sargento Mayor, segundo jefe de uno de los batallones que había movilizó el Gobierno, con motivo de la reciente invasión a Bocas del Toro. Entrambos se suscitó una discusión política, de resultas de la cual, el primero le dió al segundo una bofetada, que lo arrojó al suelo. El escándalo que produjo el incidente aglomeró gran cantidad de espectadores, casi en su totalidad liberales, como lo son los moradores de esa sección de la ciudad, quienes comenzaron a dar vivas al partido liberal. Puesto de pies dicho militar, no intentó siquiera

agredir a su contendor, pues sin dilación salió para su cuartel, con ánimo de traer tropas para atacar al populacho, según lo manifestó, y a poco, quedó comprobado con la verdad de los hechos.

A tiempo que se desarrollaban esos acontecimientos, nos encontramos don Domingo Díaz y yo, paseando por el barrio de «La Calzada», a donde era costumbre muy generalizada entónces, ir a distraerse en las noches de los sábados, como era la de que se trata, oyendo la armoniosa y alegre tonada del típico «Tamborito», que el pueblo panameño canta y baila donosamente. Ajenos de toda preocupación, repentinamente llegaron, jadeantes, unos sujetos que en altas voces, exclamaron: «Corra don Domingo, que van a asesinar al pueblo». «Vámos», me dijo, y a continuación, tomamos un coche que nos condujo a la citada plaza, en la cual hallamos un tumulto inmenso que, alocadamente, se dirigía al centro de la ciudad lanzando resonantes vivas a nuestra causa. Impuesta la muchedumbre de la presencia de aquel caballero sin tacha, a quien todos respetábamos y queríamos, cuya popularidad era ajena a los premeditados halagos con que cortejan las masas los políticos adocenados, puesto que la que lo rodeaba era hija de la sinceridad y rectitud de todos sus actos, despertó tal entusiasmo que, en coro, lo victorizó, le abrió calle, a fin de que alcanzara a Juan Antonio Mendoza y a Antonio Linares, que de bracero, la encabezaban y a quienes, más o menos, arengó él así: «Detenéos. El valor para que dé buenos frutos, debe ser reflexivo. A ningún fin provechoso conducen los pasos que estáis dando. Devolvéos, que yo iré a conferenciar con el jefe de la plaza, para evitar la vergüenza de que el Ejército acuchille al pueblo inerme que os sigue». Fué atendido a tiempo. Una cuadra adelante, o sea frente a la capilla exterior de la Iglesia de «La Merced», venían, rifle en balance, dos compañías del batallón precitado, — caleño por más señas — repartidas en ambas aceras de la calle por el centro de la cual avanzábamos, pues yo no me había separado de su lado. Los capitanes que las comandaban, nos rodearon, y, en seguida él, con su entereza ingénita, les dijo, en síntesis: «Sois vosotros los que venís a cumplir la deshonrosa misión de manchar vuestras espadas con la sangre de un pueblo desarmado? No son esos los laureles a que debe aspirar el Ejército colombiano, sino los que se cosechan en los campos de batalla.....»

Aún no había terminado su valerosa y serena increpación, cuando el eco de un lejano toque militar, equivalente a la orden de «Alto y Frente!» hendió el aire y llegó a los oídos de todos los que allí estábamos agrupados. Envainaron sus espadas los susodichos oficiales y no recuerdo las explicaciones que formularon, pero, en todo caso, fueron corteses. Barahona, si mal no recuerdo, se apellidaba el uno. El otro, fué Milcíades Lozano. Atraídos por la gallarda actitud de ese patricio, ambos fueron después amigos nuéstrs.



GENERAL DOMINGO DIAZ

Entre tanto, se nos reunió el General Ramón Ulloa, Jefe de la Plaza, caballeroso amigo nuestro, quien después de reprochar enérgicamente la salida de esa tropa, ordenó que se acuartelara nuevamente.

Ocupábamos la misma pieza, en el «Hotel del Comercio» en Managua don Domingo Díaz y yo. Advino la mañana del 24 de julio de 1901, fecha en que se cumplía el primer aniversario de la gloriosa muerte de su querido hijo, mi leal amigo, el Coronel Temístocles Díaz, en el combate del puente de «Calidonia». Incorporándose en su cama, que quedaba frente a la mía me dijo, estoicamente: «Hoy hace un año que murió Temístocles». «Ya lo tenía presente», le contesté. «Quiero, continuó, que convoques, en mi nombre, a los copartidarios que se encuentren en la ciudad, para que nos acompañen a almorzar, en el «Hotel Lupone», que era el más lujoso de la localidad. Sin acertar a comprender el alcance de esa rara determinación, «está bien», le dije.

Reunidos enderredor de la mesa, todos los invitados, a la hora oportuna, levantó él su copa, y, espartanamente, casi textualmente, dijo: «Copartidarios: Hoy hace un año que murió al pié de las trincheras enemigas, en defensa de nuestra causa, mi querido hijo el Coronel Temístocles Díaz; y como el mejor galardón a su memoria, me permito pedirlos que me acompañéis a jurar que continuaremos luchando por el triunfo del partido liberal hasta perder nuestras vidas». El tono de su voz, que denotaba gran conmoción espiritual, su continente grave y, sobre todo, el noble ideal que encerraban sus palabras, enmudecieron a todos los presentes que, arrobados, lo estrechamos en nuestros brazos, como respuesta afirmativa, a su ejemplar solicitud. Qué mucho, pues, que se aclamara como caudillo a quien con actos tan significativos, enaltecía su vida!

Desesperante era la situación que atravesábamos. Precaria de por sí, se necesitaba gran esfuerzo moral para sobrellevar los subterfugios que, a diario, se hacían de parte del General José Santos Zelaya quien por circunstancias especiales, ya muy divulgadas y que sería largo enumerar, estaba en la obligación ineludible de proceder en sentido contrario. Ello, no obstante, se escatimaban auxilios debidamente respaldados con dineros suficientes, suministrados de antemano.....

El 26 de agosto, del año en cita, llegaron a la ciudad, desde los campamentos de Santa Fé, Provincia de Coclé, Departamento de Panamá, tras largo y penoso viaje a través de montañas, cruzando ríos y el territorio de Costa Rica, los Coroneles Milcíades e Isaías Rodríguez y los Sargentos Mayores Guillermo Andreve y Moisés de la Rosa, mi hermano. En esos mismos días, con distinta procedencia, arribaron también el General Paulo Emilio Obregón, el Coronel Juan Antonio Jiménez y los señores Jorge Capbell y Julio Noguera. Los dos últimos, por motivos que no recuerdo, se ausentaron antes de la salida de la expedición que se estaba organizando.

Para recibir de Panamá, y enviar allá la correspondencia, la cual se confiaba, a ciertos amigos, empleados de los vapores que tocaban en Corinto, don Domingo Díaz y yo, conjunta o separadamente, desempeñábamos esas diligencias, con la venia del Capitán del puerto, sin la cual hubiera sido en vano todo intento para realizarlas, dado el régimen imperante, azaroso en sumo grado, pues no tenía nada de republicano ni de liberal, por ende. Reinaba burdo espionaje y la correspondencia era, invariablemente, violada.

Un día al salir del parque frente al cual está el palacio de gobierno, que era la residencia del Presidente General Jose Santos Zelaya, nos detuvimos don Domingo Díaz y yo a contemplar la fachada de ese hermoso edificio, y, al instante, se nos acercó un agente de policía que, en tono áspero, nos ordenó que nos retiráramos de ese lugar. Le preguntamos por qué no podíamos permanecer allí y nos contestó: «Porque pueden ustedes estar levantando un plano del palacio». Le argüimos que éramos extranjeros, amigos del Gobierno y por consiguiente, no podíamos ser sospechosos. No le satisfizo nuestra explicación y tuvimos que obedecerle. Eran tan autoritarias las prácticas gubernamentales, en boga, que hasta los reglamentos internos del hotel en que vivíamos, estaban firmados por el propio General Zelaya.

En otra ocasión me ocurrió el siguiente desagradable incidente: Después de haber regresado de Corinto, con la correspondencia aludida, ceremoniosamente puso en mis manos el Coronel Carlos Zubiría, colombiano, amigo nuestro, de larga residencia en el país, al servicio del Gobierno, una tarjeta postal que, según me lo manifestó, había sido enviada al General Zelaya por el Capitán del puerto en cuestión, en la supuesta creencia de que se trataba de una comunicación subversiva en clave, escrita por mí, contra el orden público reinante. Dicha tarjeta estaba dirigida a un Oficial alemán, que prestaba sus servicios en la guarnición de esa localidad, firmada por «R. Ros» o «del Ros» y concebida en términos bíblicos, pues decía, más o menos: Querido hermano en Jesucristo: La Biblia, Versículo tal y otras palabras por el estilo.....» Contrariado, manifesté al Coronel Zubiría: «Reputo como un agravio, que rechazo, cualquiera duda que haya originado esta comunicación, acerca de mi conducta. No conozco al destinatario, ni esa es mi letra, ni ese es mi nombre, ni soy malandrín». «Así lo comprendo», me dijo, «pero no podía dejar de cumplir esta comisión». Se despidió y creí terminado el incidente.

Nuevamente, correspondíome ir al puerto dicho, en busca de correspondencia. Al llegar al «Hotel Corinto», donde siempre me hospedaba, encontré de manos a boca, como se dice, al Capitán del puerto referido, quien dándose las de amigo, me saludó como tal, afectando mucha complacencia. «Haciendo de tripas corazón», apenas correspondí a su engañoso saludo; y, pretext-

tando que tenía urgencia de celebrar una larga entrevista con el portador de la correspondencia que debía recibir a bordo, rehusé la invitación que me hizo para ir a la cantina. Le solicité permiso que sólo él podía dármelo para entrar al vapor que debía visitar, en el cual demoré lo más que pude, para evitar el disgusto que me causaba su presencia. Volví tarde al hotel, y, en las primeras horas del próximo día, seguí para León, donde pasé la noche.

Pocos momentos antes de que partiera el tren en que me disponía a continuar mi viaje de retorno, subió al carro de pasajeros donde me encontraba, el Jefe del Cuerpo de Policía de la ciudad, un Coronel de apellido Román, que muchas veces había sido mi compañero de mesa en el «Hotel Italia» de la localidad, y cual si nunca me hubiera visto, me preguntó: «Es usted el Coronel de la Rosa?». «Sí, señor, acaso no me conoce usted?» le contesté. «Tengo la orden de comunicarle que debe presentarse ante el Jefe Político, de la ciudad», repuso. «Señor, le dije, estoy de carrera. El tren partirá de un momento a otro y no me queda tiempo, por consiguiente, para atender, en seguida, esa citación que, supongo no entrañará premura, porque no tengo asuntos de que responder a la autoridad. Sírvase informar al señor Jefe Político, que en la semana entrante, estaré otra vez aquí y que tendré entonces mucho gusto en concurrir a su despacho». «Es que debe presentarse, inmediatamente, a su presencia», arguyó. Desagradado, expresé: «En ese caso y en atención a lo que usted acaba de expresar, solamente compelido por usted, iré». «Sígame, pues», ordenó.

El Jefe de la oficina a donde fui conducido, era un caballero de aspecto venerable. Le dí mi nombre y después de enterarlo de lo sucedido, me puse a sus órdenes. «Se trata, me informó, de rendir una declaración, con el objeto de esclarecer un asunto que se me ha pasado en comisión»; y previas las formalidades legales, se me sometió a un interrogatorio que versó sobre la tarjeta en cita, al cual correspondí, en forma un poco más extensa de como lo hice al Coronel Carlos Zubiría. Al terminar la diligencia, me dí cuenta, por la firma puesta al pié de ella, que tenía por delante, nada menos, al General Abraham Acevedo, veterano militar colombiano, que, en su exilio, a causa de la caída del partido liberal, consumía sus últimos años, con tristeza, porque carecía de fuerzas para empuñar de nuevo las armas en defensa de nuestra causa. Pasados algunos días, acaeció en la población de Chinandega o Quesalguaque, una asonada contra un misionero protestante, que resultó ser el autor de la tarjeta, cuyas culpas se me echaban, con lo cual quedó, definitivamente, aclarado ese infeliz incidente.

Como todo no debía ser sinsabores, tuve la satisfacción de cultivar honrosas relaciones sociales tanto en Managua, como en León y en Corinto. Entre ellas recuerdo, agradecido, las gentiles atenciones que recibí en el hogar

de don José María Falla; las cultas discusiones políticas — paliques de sobremesa, más bien — con el distinguido juriscónsulto conservador nicaragüense, doctor Daniel Navas; y los servicios que me prestaron los señores E. Palazzio & Cía., importantes comisionistas de Corinto que, como último favor, guardaron mi equipaje y me lo remitieron después a Panamá, al terminar la guerra.

Las mujeres de la clase media de Nicaragua, a causa del vestido que llevaban, en la época a que me refiero, eran llamadas, genéricamente, «Mengalas». Usaban corpiño, conque les quedaban al aire la garganta y los brazos, los cuales, mañosamente, recatan con una especie de mantilla denominada «Rebozo», que manejaban con soltura y mucho garbo.

En todas las poblaciones situadas a lo largo de la línea férrea, acudían a la llegada del tren vendedores de baratijas, los más de los cuales, ofrecían a los pasajeros, refrescos preparados con «Tiste» o con «Pinol», sabrosas bebidas resultantes, la primera, de un compuesto de maíz seco, tostado al fuego, triturado y azúcar; y la segunda, con los mismos ingredientes, con añadidura de cacao. Por ser ésta, típica bebida del país, a ello tal vez, se deba que a los nicaragüenses se les apode «Pinoleros», en las repúblicas vecinas.

Rara, pues es casi seguro, que en ninguna otra parte se estila, era la costumbre que existía en las barberías de Managua, en la época referida: servirse de hamacas como asientos, para afeitar en ellas a las personas que así lo prefieran, como es de suponer, puesto que al lado de las mismas, hallábanse las especiales, conocidas sillas, destinadas para esos menesteres.

El General Victoriano Lorenzo que, como se dijo atrás, inició sus actividades bélicas, con las armas que para su transporte, se le confiara en La Chorrera y que por las circunstancias ya anotadas, tuvo que regresarse con ellas a sus dominios indígenas, organizó tropas guerrilleras, con las cuales mantuvo a raya a las fuerzas gubernamentales que, una y más veces, intentaron batirlo, pues siempre las rechazó con grandes pérdidas de los atacantes. Contábamos, pues, con ese punto de apoyo, para nuestras futuras operaciones en el Istmo, y, como era natural, nos comunicábamos con él con frecuencia. En una de sus cartas nos hizo el encargo de que le lleváramos un uniforme, correspondiente a su grado. Con mucha satisfacción fueron cumplidos sus deseos.

Trabajosamente continuaban nuestras labores y al fin, adquirimos 300 rifles «Remington», muy usados, sin baquetas muchos de ellos, con su respectiva dotación de municiones. Se terminó el arreglo de la expedición, que quedó integrada, según mis recuerdos, por: Don Domingo Díaz, Generales Jesús María Lugo, Saúl Cortissoz, Paulo Emilio Obregón; Coroneles Milcíades e Isafas Rodríguez, José Dolores Zarante, Ricardo Nicholson, Miguel Hoyos,

Manuel Vásquez F., Juan Antonio Jiménez y Domingo S. de la Rosa; Sargentos Mayores Guillermo Andreve, Moisés de la Rosa, Marco A. Henao e Ismael Porto; Capitanes Aizpuru Aizpuru,.....Sáenz, Jorge Uribe P., Arselio Guerrero P. y Santiago Agnew, cuyos grados no recuerdo. A última hora, tropezamos con el inconveniente de que la cañonera «Momotombo», que se nos facilitó, carecía del carbón y del aceite necesarios para el viaje, grave emergencia que, increíblemente, tuvimos que vencer con nuestros escasos recursos, para no posponer, quizá indefinidamente, la partida, la cual se efectuó en la madrugada del 11 de septiembre de 1901.

Durante la travesía, le compré al Capitán de la cañonera que, según me parece era alemán, una espada de fabricación germana o sea de las que todavía no se usaban, como hoy, en el país. Avistamos la costa de San Carlos, el 16 del mismo mes, en las horas de la tarde, y aunque de acuerdo con las señales convenidas, encontramos izadas algunas banderolas rojas, se dispuso echar a tierra una lancha, al mando de un oficial, para averiguar si se trataba o nó de una celada. Dicho oficial cuyo nombre, lamento no recordarlo, cumplió a cabalidad, tan arriesgada misión y desembarcamos felizmente.



XVIII

San Carlos. — Comandante Francisco de Jesús Valles. — Llegada de los Generales Victoriano Lorenzo, Faustino S. Mina y Antonio Pap Aizpuru. — Comandante Clímaco Rodríguez y Capitán Rodolfo Díaz Reconocimiento de don Domingo Díaz, como Jefe Civil y Militar y de los Generales Jesús María Lugo y Saúl Cortissoz como Jefes de Operaciones y de Estado Mayor, respectivamente. — Nombramientos de Segundo Jefe de Operaciones, de Inspector General del Ejército de Secretario General de la Jefatura Civil y Militar, y de Oficial Mayor de la misma. — Avance a Bejuco. — Regalo de mi espada. — Defección del General Victoriano Lorenzo. — Coronel Juan E. Goitia. Doctor Belisario Porras. — Organización de la Segunda División del Ejército. — General Manuel Patiño, Coronel Manuel Vásquez F. — Deliberaciones acerca de la marcha a seguir. — Decisión adoptada. Imprudente escogimiento de un ordenanza. — Sus fatales consecuencias. — Arribo a La Chorrera. — Desavenencias. — Asalto a Taboga. Pedro Laffargue, Melchor Rivera, Sargento Mayor José Hurtado, Eduardo Navarro, Antonio Díaz G., Rodolfo Aguilera, Antonio A. Valdés, Augusto A. Cervera, Rafael Zúñiga G., Pedro A. Maitín, Arturo Müller, Alberto Harris, Carlos F. Robolt, Eduardo Mancilla, Martín Vergara, Harmodio Arosemena Méndez, Chicho Boyd, Baja del General Antonio Papi Aizpuru. — Voluntaria separación del Ejército del General Paulo Emilio Obregón. — Llegada al campamento del General Fabricio Becerra. Comunicación del Gral. Carlos Albán al respecto. — Contestación. — Anécdotas. — Captura del vaporcito enemigo «Darién». — Segundo asalto a Taboga, Sargento Mayor Marco A. Henao. — Capitán Pedro J. de Icaza M. — Capitán Ezequiel Ríos. — Nombramiento de Jefe de Estado Mayor de la Segunda y Tercera Divisiones del Ejército. — Captura del moto-velero «El Telégrafo». — Rosendo Herrera. — Angustias del Capitán enemigo Delfín del Busto. — Nemesio Pérez. — Internación de prisioneros al «Escobal». — Visita al campamento de mis Lee, repórter de un periódico de San Francisco de California. — Salvador Masagué, español, espía del Gobierno. — Proposición de canje de prisioneros. — Aceptación del canje. — Partida del General Manuel Patiño. — Suspensión de hostilidades. — Reanudación de hostilidades. — Expedición a Colón. — General Saúl Cortissoz. — Comunicación acerca de movimientos del enemigo. — Actividades del General Carlos Albán. «Perequeté». — Bejuco. — Preparativos de defensa. — «El Coco». «La Laguna». Rumores de la toma de Colón. Plan de ataque a esa ciudad Tardía noticia de la toma de esa plaza. — Sargento Mayor Federico Barrera. Mi ascenso a General. Gral. Porfirio Sotomayor. Colón.

En San Carlos, encontramos como Jefe de la Plaza, al Comandante Francisco de Jesús Valles, que nos hizo entusiasta recibimiento, y, sin demora, envió aviso de nuestro desembarque al General Victoriano Lorenzo, Comandante en Jefe de las únicas fuerzas armadas, liberales, que obraban en el Istmo en esos días, con cuyo concurso contábamos para abrir, inmediatamente, operaciones contra el enemigo.

Al día siguiente, se presentó dicho General al frente de sus tropas, acompañado de su segundo, el General Faustino S. Mina. Llegaron también el General Antonio Papi Aizpuru, el Comandante Clímaco Rodríguez y el Capitán Rodolfo Díaz, todos los cuales se congratularon con nuestra presencia y sin dilación, e impuestos del Manifiesto a los istmeños, expedido por don Domingo Díaz en su carácter de Jefe Civil y Militar, lo reconocieron como a tal, lo mismo que a los Generales Jesús María Lugo y Saúl Cortissoz, como Jefes de Operaciones y de Estado Mayor del Ejército, respectivamente. Dos días después avanzamos a Bejuco. En este lugar, por medio de los documentos de rigor, se nombraron: Segundo Jefe de Operaciones e Inspector General del Ejército, en su orden, a los Generales Paulo Emilio Obregón y Antonio Papi Aizpuru; Secretario General de la Jefatura Civil y Militar, al autor de estas líneas; y al Sargento Mayor Guillermo Andreve, Oficial Mayor de la misma.

Dado el espíritu, de franca camaradería que reinaba en el campamento, el General Victoriano Lorenzo, tal vez movido por su apego al uniforme militar, como es de colegir, por el reiterado encargo que nos hizo de uno correspondiente a su jerarquía, con el cual quedó muy satisfecho, me rogó, más de una vez, que le vendiera la espada que, como queda dicho, le compré al Capitán del «Momotombo». Fué tanto su empeño en ese sentido que, al fin se la cedí, graciosamente. A modo de disgresión anoto que esa espada es la misma que aparecía en la fotografía de él que, como la de otros militares, adornaba hace mucho tiempo las cajetillas de cigarrillos de la conocida marca «La Legitimidad».

El General Victoriano Lorenzo, era de pura raza indígena, baja estatura, fuerte complexión, mediana edad, valeroso, astuto, inteligente, pero carecía de ilustración; firmaba con buena letra y, entre los suyos, que lo querían y respetaban, gozaba de gran ascendiente.

Sin causa ostensible, que desvirtuara la explícita complacencia con que él había recibido la expedición presidida por don Domingo Díaz; el reconocimiento que hizo, sin titubear, de la autoridad de éste, así como también la de que estaban investidos Lugo y Cortissoz, de la noche a la mañana, abandonó el campamento, furtivamente, llevándose dos batallones. Después de su defecación, se supo, por varios conductos que había sido engatusado en el sentido de hacérselo creer que se le había hecho un desaire al nombrar al General Paulo Emilio Obregón y no a él, como Segundo Jefe de Operaciones, injusto agravio que él no debía soportar; y, que, a este embrollo no eran ajenos el Ins-

pector General del Ejército, recientemente nombrado, y el Coronel Juan E. Goitía, de su séquito. Partió, pues, a engrosar un campamento cercano al nuestro, que estaba en formación.

Era Jefe de ese otro núcleo revolucionario, el doctor Belisario Porras, distinguido copartidario cuyas importantes ejecutorias en favor de la causa, en todo campo y principalmente, en la campaña en que, por no haber sido atendidos sus acertados planes para el desarrollo final, como ya lo he manifestado, sucumbió en el combate del puente de «Calidonia», le habían conquistado, merecidamente, altos honores en el partido; pero como a consecuencia de ese lamentable fracaso tuvo que asilarse en la vecina república de Costa Rica, cuyo gobernante no simpatizaba con la revolución, motivo por el cual era terreno poco propicio para adelantar nuevas empresas bélicas, como sin duda alguna él lo hubiera deseado; y como por otra parte, sus relaciones personales con el mandatario de Nicaragua que, mal que bien, podría prestar alguna ayuda en ese sentido, no eran cordiales, esas ingratas circunstancias, forzosamente, lo incapacitaban para ponerse al frente de la lucha armada que había que recomenzar, a toda prisa. De ahí provino pues, que el liberalismo panameño, sin que ello significara, como no podía significar, olvido de sus grandes sacrificios, colocara en otras manos, tan seguras como las suyas, la dirección de la nueva campaña, que fué lo que, sin duda, se tuvo en cuenta al designar a don Domingo Díaz, para que lo sustituyera, con lo cual no se le hacía ningún agravio, porque ese integérrimo ciudadano también reunía excelsas virtudes.

El 24 del mes de octubre de 1901, se organizó la segunda división del Ejército, que quedó integrada con los batallones «Uribe Uribe», «Colunje» e «Iturralde», al mando del General Manuel Patiño y del Coronel Manuel Vásquez F.

En una reunión que tuvo lugar en la noche de ese mismo día, con el objeto de escoger la ruta que se debía seguir, se discutió si sería conveniente o no marchar a la Provincia de los Santos; mas como no se llegó a ninguna conclusión, se convino en seguir tratando del asunto en la mañana siguiente. En las nuevas deliberaciones, acordóse avanzar sobre la línea del Ferrocarril, por la vía de Bejuco y La Chorrera, para obligar al Gobierno a evacuar las Provincias de Coclé y Los Santos. En tal virtud, el Ejército emprendió la marcha hacia La Chorrera, seguido de la Jefatura Civil y Militar, que la efectuó el 29 siguiente.

En Bejuco, encontramos un individuo que las autoridades gobiernistas dejaron abandonado en un cepo, en su huida al acercarnos a la población. Obedecía su prisión a que, recientemente, al decir de los vecinos, había cometido un asesinato. Era negro, fornido, de facciones duras y mediana edad. Como era natural, no se le puso en libertad y se le custodiaba debidamente. Tratándose, como se trataba, de un hombre de tal calaña, había repugnancia de parte de la tropa para escoltarlo hasta el lugar inmediato donde nos diri-

gíamos; y del poblado, se pedía que no se le dejara allí. En esas se estaba, cuando el General Paulo Emilio Obregón, terció en el asunto, manifestando que él se haría cargo del sindicato, seguro de que no se le escaparía en el camino. Desoyó las reflexiones que se le hicieron, y, al fin, se salió con las suyas. Ya en La Chorrera, lo tomó de ordenanza, grave imprudencia que le costó la vida a manos de ese facineroso. Sucedió, meses más tarde, que ese malvado le dió de puñaladas, como represalia de un castigo que le impuso. El hecho ocurrió en uno de los pueblos de la Provincia de Los Santos, donde el General Obregón prestaba sus servicios como miembro del Ejército del General Benjamín Herrera.

Establecimos en La Chorrera el campamento. La cohesión y la cordialidad que son las bases sin las cuales no puede prosperar empresa alguna, y, sobre todo, las de carácter militar, sufrieron nuevo quebranto en nuestras filas. El General Saúl Cortissoz, no simpatizaba con el General Jesús María Lugo, y como no disimulaba su antipatía, ni el disgusto que le causaba estar bajo sus órdenes, las relaciones entre ambos, necesariamente, marchaban mal. Cortissoz era dominante, y, como tal, casi no lo consultaba. Obraba con cierta independencia, reñida con la disciplina a que debía subordinar sus actos, dando ocasión con ello para que Lugo, a pesar de que era de carácter suave e ingenuo, haciendo uso de su fuero, lo llamara al orden.

Esos desagradables incidentes, que contribuían a distanciarlos más entre sí y que crearon a la vez, un ambiente propicio al chisme — meloso filtro con que la perfidia envenena el alma del que tiene la desgracia de paladearlo — habrían herido, grandemente, la suerte de la campaña, si ésta hubiese permanecido estacionaria, pero los acontecimientos a que paso a referirme, conjuraron ese evento, que habría sido desastroso.

Estratégicamente, se dispuso asaltar la población de Taboga, situada en la isla del mismo nombre, la cual, como se sabe, se divisa desde la ciudad de Panamá. Para desempeñar tan arriesgada empresa, cuyo buen éxito dependía de la audacia que se desplegara en su ejecución, se escogió al esforzado Sargento Mayor Marco A. Henao, quien, sin pérdida de tiempo, al frente de doce hombres, la coronó victoriosamente. Venció la tropa—once soldados— que guarnecía al cuartel enemigo, de cuyas armas y municiones se apoderó; capturó al Alcalde del lugar, señor Pedro Laffargue y al señor Melchor Rivera, importante conservador de la localidad, a los cuales junto con el botín de guerra aludido, trajo a su regreso al campamento, dejando en libertad a los vencidos. El Sargento Mayor José Hurtado, viejo luchador del partido, lo mismo que varios jóvenes liberales taboganos, aprovechando la coyuntura que se les presentaba para ingresar a nuestras filas, también lo acompañaron en su regreso.

Burlando la vigilancia del Gobierno, constantemente acudían a La Chorrera procedentes, en su mayor parte, de la capital del Istmo, jóvenes copartidarios de todas las capas sociales. De ellos apenas puedo recordar por sus nombres, porque es natural que después de 38 años, me falle la memoria, a Eduardo Navarro, Antonio Díaz G., Rodolfo Aguilera, Antonio A. Valdés, Arturo Müller, Augusto A. Cervera, Rafael Zúñiga G., Pedro A. Maitún, Alberto Harris, Carlos F. Robolt, Eduardo Mancilla, Martín Vergara, Harmodio Arosemena Méndez, Chicho Boyd y Gabriel Caicedo, que con ejemplar entusiasmo, a sol y sombra, lucharon como buenos, sin descanso.

Sin que pueda precisar a través de tantos lustros, las causas que la motivaron, se dió de baja al General Inspector General del Ejército, que a poco siguió a unirse al General Victoriano Lorenzo. El General Paulo Emilio Obregón, de gratos recuerdos por su cultura intelectual, porte varonil y dón de gentes, alegando razones — meros pretextos, pues a la postre, resultaron especiosas — que reclamaban su presencia en Costa Rica, voluntariamente se separó de la campaña, llevándose a su futuro victimario.

En esos mismos días, se presentó a nuestro cuartel general, el General Fabricio Becerra. A renglón seguido, cual si dijéramos pisándole los talones, llegó al puerto de La Chorrera una lancha, con bandera blanca, al mando de un Oficial gobiernista, que era portador de una comunicación del General Carlos Albán, en la cual manifestaba éste a nuestro Jefe Civil y Militar don Domingo Díaz, que al General Fabricio Becerra, a quien le había concedido su libertad, mediante el pago de una contribución de guerra, sufragada por varios liberales, cuando fué a su despacho, en solicitud del salvo conducto a que tenía perfecto derecho, le hizo, sin ánimo de negarle ese documento, algunas reflexiones tendientes a convencerlo de que la revolución, debido a los reveses que había sufrido, tocaba a su fin, y, que por tanto, sería temerario persistir en ella; que, como demostración de asentimiento a sus razones, sin vacilar, suscribió el compromiso que, con carácter devolutivo, le enviaba, según el cual, espontáneamente, prometió no tomar las armas contra el Gobierno; y, por último, que, sin vacilar también, había quebrantado su fé de caballero empeñada en ese escrito, como lo comprobaba su presencia en nuestro campamento, lo cual en otras circunstancias, no sería censurable, pero que, con tales antecedentes, merecía fuertes calificativos, como efectivamente los dejó consignados, en los términos más duros. Terminada la lectura de ese oficio, su destinatario manifestó: «Es sensible, pero el General Albán tiene razón. Sin embargo, no podemos cerrarle nuestras puertas a un copartidario, por culpado que sea de un grave error que, como en el presente caso, es de ética». Me ordenó que redactara una nota dirigida al General Carlos Albán, en el sentido de manifestarle en síntesis, de la manera más atenta, que lamentaba lo sucedido, la cual comunicación autorizada con su firma, se despachó en

seguida, sin que el incidente tuviera trascendencia, de momento, por razones obvias. Poco después y con motivo de los últimos acontecimientos de la campaña en que me ocupo, ocurridos en Baila Monos, estación intermedia de la línea del Ferrocarril de Panamá, a consecuencia de la capitulación de Colón, lo revivió el mismo General Albán, al enterarse de la presencia allí del General Fabricio Becerra, como lo contaban en su día, numerosos testigos presenciales.

No fué esa la única vez que se entendieron por escrito don Domingo Díaz y el General Carlos Albán. Cuando quiera que ocurría alguna irregularidad que podía ser corregida por éste, era satisfactorio dirigirse a él, porque jamás dejaba de corresponder caballerosamente a los dictados de la justicia y del honor. Y, va de ejemplo: Se tuvo conocimiento de que un oficial liberal, que había caído en las garras de un Sargento Mayor gobiernista, en la Provincia de Coclé, había sido ultimado a bayonetazos, atado a un poste. Diósele el denunció correspondiente, significándoles además, que era grato suponer que él no se solidarizaría con ese acto de refinada crueldad y que la sanción necesaria, no se haría esperar, para evitar que, dentro del Derecho de Gentes, pero con mengua del buen nombre colombiano, llegara la contienda en que estábamos empeñados, a extremos deplorables. Su respuesta evidenció una vez más, que era hombre superior. De ahí que se podría citar como civilizada, si las hay, la guerra en que estábamos enfrentados.

Genial como lo era, son varias las anécdotas que de él se cuentan que, como las que voy a referir, le atraían gran simpatía: Del campamento de La Chorrera, se despacharon un día tres soldados, oriundos de la región, para que fueran a explorar las rutas por las cuales podría el enemigo avanzar para atacarnos por sorpresa. Tuvieron mala suerte, pues los hicieron prisioneros. Llevados a presencia del General Albán, éste los interrogó uno a uno. Dos de ellos, asustados, le manifestaron que eran campesinos, fugitivos del campamento nuestro, al cual contra su voluntad, los habían incorporado para obligarlos a pelear; que andaban buscando un lugar para esconderse, pues no eran liberales ni conservadores. El otro, hidalgamente, le dijo que tanto él como sus compañeros, eran soldados liberales y estaban en desempeño de una comisión que se les había encomendado, cuando fueron aprehendidos. Ante esa varonil respuesta que contrastaba con la miedosa de los otros y denotaba su entereza, el General Albán exclamó, dirigiéndose a sus subalternos allí presentes: «Tomad ejemplo, así es como deben proceder los hombres. Pongan a ese valeroso en libertad y conduzcan a la cárcel a esos menguados».

Sucedió, según corría de boca en boca, en la ciudad de Panamá, en la época en que me ocupo, que un distinguido conservador, dueño de una hacienda situada en las cercanías de San Carlos, donde a la sazón acampaban fuerzas liberales, comandadas por Jefes bien, que hubieron de tomarle algu-

nas reses para el indispensable sustento de las tropas, se acercó a su despacho una y más veces, para pedirle, con creciente afán, que despachara todas las fuerzas necesarias, para batir a los insurgentes que, deliberadamente, lo estaban arruinando. Al principio el General Albán, calmaba las premiosas solicitudes de su, aunque importante, nervioso y por esto mismo, impertinente copartidario, con halagadoras promesas para salir del paso, pues, comprensivo como lo era, se daba cabal cuenta de que era exagerada la situación que se le pintaba; pero al final, para librarse definitivamente, de ese engorro, dízque le manifestó a su asiduo peticionario: «Doctor — era un distinguido jurisconsulto — como supongo que usted tendrá, además del justo deseo de velar por sus intereses particulares, el de ayudar al Gobierno en la defensa de nuestras caras instituciones, me voy a permitir nombrarlo, seguro de que usted aceptará la designación, Jefe de la expedición que se despache para dar al traste con los revolucionarios en cuestión; mas debo advertirle, previamente, que usted, y sin duda lo conseguirá con su prestigio, debe reunir el número de soldados que hacen falta para llevar a término feliz esa empresa redentora, pues en lo que respecta a armamento, lo tengo de sobra». Ni que decir hay, que el moscón de marras no volvió a importunar al General Albán.

Enconado el enemigo, por el reciente asalto a Taboga, probablemente en desquite, porque tuvo visos de burlesco, envió al puerto de La Chorrera, al vaporcito «Darién» para que tiroteara al destacamento que allí se mantenía de guarnición. Imprudentemente se entró bastante en la ensenada, de donde comenzó a disparar. Estaban en lo mejor de esa tarea, cuando su Capitán, tardíamente, se dió cuenta de que la marea había comenzado a bajar. Trató, en seguida, de retirarse, pero no encontró fondo suficiente para maniobrar, y, consecencialmente encalló. Mientras, habíamos llegado al lugar de los acontecimientos: la tropa que salió de La Chorrera en auxilio de los nuestros; el Estado Mayor; nuestro Jefe Civil y Militar, don Domingo Díaz; y el que esto escribe. Comandaba la tropa en referencia, que inmediatamente abrió fuegos contra esa nave, el valiente Coronel Miguel Hoyos, lo que dió por resultado que sus ocupantes izaran bandera blanca y se rindieran a discreción: Su Capitán Luis Rosero, cinco soldados y diez tripulantes. Cayeron en nuestro poder, además, 16 rifles y 25.000 cartuchos, alpargatas, provisiones de boca, etc., etc.

Ya en nuestro poder ese barco, se resolvió bautizarlo con el nombre de «**Domingo Díaz**», en honor de nuestro Jefe Supremo, cuyo cumpleaños era ese día, 31 de octubre de 1901.

En la misma fecha, designóse el personal de Jefes y Oficiales con que debía tripulársele. La nómina correspondiente, quedó integrada así: Comandante, Primer Jefe, Sargento Mayor Marco A. Henao; Capitán, Segundo Jefe, Capitán Pedro J. de Icaza M.; Ingeniero, Capitán Ezequiel Ríos.

Los acontecimientos referidos tuvieron lugar en las horas de la tarde. De consiguiente, los contrarios los ignoraban por completo, circunstancia que, obrando con rapidez, como se hizo, rindió provechoso resultado. En efecto, en las primeras horas de la mañana siguiente, levó anclas nuestra unidad de guerra, rumbo a Taboga, donde el Comandante Henao debía repetir su hazaña anterior. Con la serenidad que el caso requería, impavidamente, fondeó en el puerto enemigo, sin que causara rareza la maniobra, a los que desde tierra la presenciaron, por tratarse de una embarcación conocida que el Gobierno acostumbraba a enviar allí, lo que le permitió a Henao desembarcar su gente, sin tropiezo. Atacó el cuartel que estaba defendido por 31 soldados al mando de un Sub-teniente de apellido Jaramillo, que se rindió con su tropa sin hacer un tiro. Capturó 58 rifles y 11.000 cápsulas, y, acto seguido, regresó a su punto de partida, de donde, tras corta tregua, se le ordenó seguir a Aguadulce a ejecutar otra arriesgada comisión, cuyos detalles no recuerdo y la cual no alcanzó a finalizar, por motivos que tampoco puedo precisar. Estando de vuelta, encontró al motovelero gobiernista «El Telégrafo», que venía de David, y tras un ligero tiroteo, lo apresó, cayendo en su poder, nueve oficiales, un Sargento Primero y once reclutas, todos los cuales, más 72 rifles, los hizo pasar al «Domingo Díaz», así como también al distinguido copartidario chiricano, Rosendo Herrera, que traían preso. Dispuso que su segundo, Capitán Pedro J. de Icaza M., con seis de sus soldados, se trasladara al «Telégrafo», que lo puso a remolque. A poco, perseguido por dos buques enemigos, a los que no podía hacer frente, porque estaban mejor armados, optó por la huida; pero el impedimento que representaba «El Telégrafo» le retardaba la marcha, y lo obligó a cortar la soga del remolque. Soltada así su presa, la tomaron los contrarios, dándole con ello tiempo para, a toda máquina, ganarles ventaja y salvar al «Domingo Díaz», aunque a costa del doloroso pero inevitable sacrificio del Capitán Icaza y los seis soldados que lo acompañaban.

A los nueve oficiales capturados, se les trajo a La Chorrera, para internarlos en el campo de concentración escogido para el caso, situado en el paraje denominado «El Escobal». Eran días lluviosos y a causa de un fuerte aguacero que les cayó en el camino, llegaron, lo mismo que la escolta que los condujo, con las ropas empapadas. Figuraba entre ellos, el Capitán Delfín del Busto, perteneciente al antiguo batallón «Colombia» acantonado de vieja data, en la ciudad de Panamá. De suyo anémico, estaba en esos momentos casi transparente. Tal era la palidez de su semblante. Contrastaba su actitud con la de sus compañeros, pues en tanto que la de éstos era serena, la de él, a ojos vistas, denotaba que era presa de aguda angustia. Comprendiendo que la causa de su gran desazón, no podía ser otra que el temor que tenía de que estuviéramos enterados de un acto inhumano ejecutado por él, hacía varios meses, contra don Nemesio Pérez, de cuyos resultados falleció éste, en medio

de dolores atroces, y de que, en represalia, pudiéramos atentar contra su persona, ofreciéndole una copa de licor para que se reanimara— éramos viejos conocidos—le dije: «Del Busto: No tenga ningún temor, pues aun cuando se nos ha informado que usted flageló, hasta hacerlo perder la vida, a nuestro copartidario don Nemesio Pérez, estando él tullido, con reumatismo, en Chepigana o en El Real de Santamaña, en el Darién, no lo vamos a torturar en venganza de su crueldad. La justicia ordinaria, a la cual lo entregaremos, si vencemos, se encargará de castigarlo». La copa le temblaba en las manos, y, en medio del silencio que produjo el incidente, sin desplegar los labios, bajó la cabeza.

Entre tanto, se nombró al General Fabricio Becerra, Jefe de Estado Mayor de la Segunda División del Ejército, y al Coronel Luis García Fábrega, para el mismo cargo, de la tercera.

Inesperadamente, presentóse al campamento la escritora norteamericana mis Lee, repórter de un periódico de San Francisco de California. Intrépida, inteligente y decidora, se captó la simpatía general, pues sin que lo manifestara con palabras, pudimos observar la favorable impresión que le causó dar con un personal que sabía y se esmeraba, en tratarla con la caballerosidad y cultura que le son debidas a una dama. Permaneció poco entre nosotros. Tomó varias fotografías y al despedirse, en frases muy amables, significó su gratitud, que luego testificó con hechos, como se verá más adelante, por las pocas atenciones que, en la anormal situación en que nos hallábamos, pudimos prodigarle.

También tuvimos otra visita, antítesis de la muy agradable anterior. Un español, Salvador Masagué, llegó a La Chorrera portando, muy ufano, un tricolor colombiano que aseguraba había sido expresamente confeccionado para el uso de nuestro Ejército, por una familia liberal de la ciudad de Panamá, que sabedora de que él era decidido amigo de la revolución y se preparaba para venir a ofrecerle sus servicios, se le había confiado con encargo de que lo pusiera en manos de don Domingo Díaz, nuestro Jefe Supremo. Esa era la única credencial que alegaba para justificar su presencia entre nosotros. Ninguno de los panameños—y eran los más—que había en el campamento, lo conocían ni siquiera de vista. Enterado de esa adversa circunstancia, no se desconcertó. Con gran desparpajo argüía que su caso no era de extrañar, porque estaba recién llegado al Istmo, pero que como era liberal de ideas, y éstas, como es sabido, no tienen fronteras, por eso venía a acompañarnos en la defensa de las mismas. No recordaba el nombre de la familia que le confió la bandera, porque dizque la conoció en la noche en que fué a recibirla con un amigo de la confianza de ella, añadiendo que sí recordaba que vivía en la Calle Real, como se llamaba entonces el trayecto comprendido

entre la plaza de Santa Ana y la antigua Botica del doctor Indio, de la hoy Avenida Central. No había calor en sus palabras, signo inequívoco, de que se trataba de una lección mal aprendida. Era blanco, delgado, de baja estatura, como de veinticinco años de edad, usaba bigote escaso, negro como su cabello. «Mientras se aclara su situación, se le dijo: usted permanecerá en lo guardia de prevención de uno de nuestros batallones, con facultad para tomar sus alimentos con los oficiales de ese cuerpo».

De las averiguaciones que se practicaron para descubrir de quién se trataba en verdad, resultó que era un espía enviado por el Gobierno, y, allí fué lo gordo: El Jefe del Estado Mayor, propuso que se le siguiera un consejo de guerra verbal, para que le impusiera la pena que de ordinario, se acostumbra en tales casos y se cumpliera sin demora; pero tanto el Jefe Civil y Militar, como el Comandante en Jefe del Ejército, se opusieron a que se adoptara ese procedimiento que, aunque no era inusitado, no cuadraba a sus sentimientos, y, en cambio, fueron de opinión de que se le internara en «El Escobal», donde se mantenían a los Oficiales enemigos que habían caído en nuestro poder. El incidente, de momento, no tuvo consecuencias, pero a la mañana siguiente, por sí y ante sí, dicho Jefe de Estado Mayor, hizo conducir escoltado por un pelotón, a la plaza del pueblo, al referido espía. Rápida y suspicazmente, corrió la especie que no tardó en llegar a los oídos del Jefe Civil y Militar de que se iba a fusilar a ese infeliz, motivo por el cual voló al lugar indicado, con el plausible fin de evitar ese desaguisado, que se resistía a creer. Realmente, allí estaba mi hombre, circundado de soldados, tendido al suelo, sangrantes las posaderas a causa de una flagelación que había sufrido, ordenada por el Jefe primeramente citado, que la presencié.

Frescos todavía estos acontecimientos, el 11 de noviembre de 1901, dirigió don Domingo Díaz en su carácter de Jefe Civil y Militar una nota, redactada por mí, como su Secretario General, al Gobernador del Departamento de Panamá, General Carlos Albán, por medio de la cual se le proponía un canje de prisioneros, de la cual fueron portadores el Coronel Milcíades Rodríguez y el Capitán Aizpuru Aizpuru, quienes a su regreso, informaron que habían sido muy bien recibidos por el Jefe contrario, cuya respuesta trajeron. En ella manifestaba el General Albán que aceptaba el canje; que éste podía celebrarse en La Chorrera, y, al efecto, envió una lista de prisioneros liberales que podía canjear. Así las cosas, el 16 siguiente, marchó el General Manuel Patiño con sus ayudantes, Capitán Jorge E. Díaz, Vicente Herrera, cuyo grado no recuerdo, el Teniente Rodríguez, el Coronel Triana y otros, para «El Arado», con el objeto de tomar la tropa que allí había, unirla a la que estaba en «Santa Clara» —en total ciento cincuenta hombres— y con ellos organizar una expedición para asaltar a la plaza de Colón, en donde, según datos suministrados por algunos amigos, había ciento treinta y cinco hombres de combate.

Ese mismo día volvióse a tratar con el General Albán. Los parlamentarios, que en esta vez, lo fueron el mismo Coronel Rodríguez y Arturo Müller, porque Aizpuru estaba enfermo, lo hallaron a bordo de un «Clapet», al que no se les permitió subir. Propuso entonces el General Albán el cese de operaciones, mientras se canjeaban los prisioneros y ofreció, al propio tiempo, mandar una lista general de los mismos. Se convino en la suspensión de hostilidades por él solicitadas y se señaló un radio de cuarenta kilómetros, que tendría como centro, la bahía o ensenada de La Chorrera. Tan pronto como remitió la lista aludida, se escogieron los prisioneros que debían canjearse, de todo lo cual se dió cuenta al negociador contrario, en una nota que le fué entregada a bordo de la cañonera «Boyacá», donde se encontraba.

Aceptados como lo habían sido por él los términos de la negociación entre manos, se le pidieron cinco días de espera para llevarla a cabo, a causa de que los prisioneros estaban en «El Escobal», lugar muy distante en la montaña, de donde no se podrían traer en menos de ese tiempo, a lo cual contestó manifestando que, entre tanto, reanudaría las hostilidades. El emisario nuestro, Julio Díaz, si mal no recuerdo, informó que tanto la «Boyacá», como el «Clapet» y una lancha que juntos andaban, estaban atestadas de tropa y que siguieron para Cermeño. A pesar de esa noticia, se escribió al jefe del retén de «El Escobal», ordenándosele que mandara los presos. No hago memoria del resultado de esa orden, pero es lo cierto que los acontecimientos que se sucedieron, hicieron fracasar el tantas veces mencionado canje. Cuando todo eso ocurría, partió para «El Arado», el General Saúl Cortissoz a unírsele al General Manuel Patiño; y para la ciudad de Panamá, con bandera de parlamento, la escritora Miss Lee.

El doctor Julio Icaza, médico del Ejército, solicitó y se le concedió, permiso para organizar una guardia o cuerpo de reserva, con los Jefes y Oficiales vacantes o los empleados civiles. Hecho lo cual, fueron dados de alta en dicho cuerpo, el Comandante Betancourt, Martín Vergara, Antonio Díaz G., Rosendo Herrera, Rodolfo Aguilera, el Coronel Milcíades Rodríguez, médico también, a quien por cierto, le tocó la primera guardia de prevención, y otros más, con los grados que se le asignaron, que desearía traer a la memoria.

A poco, comunicó por escrito, el General Cortissoz, que tenía informes de que el Gobierno había recibido refuerzos—doscientos cuarenta hombres—en el vapor «Pinzón»; que intentaba desembarcar seiscientos en Bejuco y que tenía doscientos en Miraflores, a los cuales él atacaría por retaguardia, si como lo esperaba, se internaran al Arraiján. Luego se supo que, realmente, saltaron fuerzas enemigas por Bejuco, y, sin pérdida de tiempo, como medidas defensivas, se envió al Mayor Buitrago con quince hombres de caballería, al puerto de «Perequeté» y en pos de ellos quince más, con el Coronel Hoyos, para que éste al mando de esos treinta hombres, en conjunto, impidiera al enemigo llevar a cabo un desembarque por ese puerto, como

habría sucedido sino se hubiera tomado esa providencia, pues el General Carlos Albán intentó realizarlo con todas sus tropas, que fueron rechazadas por el Coronel Hoyos, tras un tiroteo que duró hasta el anoecer. Entrada la noche, se envió al batallón «Victorioso» para que relevara al expresado Coronel, medida que ocasionó un altercado entre don Domingo Díaz y el General Jesús María Lugo, porque éste se quejaba de que no se le consultó esta orden. Aclarado el incidente, el batallón «Uribe Uribe» ocupó «El Coco», para que cuidara el camino de Capiro, y el «Vargas Santos», «La Laguna», para que vigilara el de Cermeño, pero el enemigo después de su rechazo en «Perequeté», no dió señales de vida.

El 21 de noviembre, corrió el rumor, comunicado desde la ciudad de Panamá, de la toma de Colón y de estar herido el General Manuel Patiño. En atención al plan acordado para atacar esa plaza, era inexplicable que fuera esa tan vaga como descarnada noticia, la primera que llegara al respecto; pero ello, no obstante, nos obligaba como se verá en seguida, a movilizar el Ejército. De consiguiente, se procedió a impartir las órdenes pertinentes, las que hubieron de suspenderse cuando comenzaban a cumplirse, a causa de que a las cuatro p. m. de ese mismo día, llegó el Capitán Salazar con una misiva, suscrita por el entonces Sargento Mayor Federico Barrera, en la cual, tardía y lacónicamente, daba cuenta de lo sucedido con estas palabras, más o menos: «Tomado Colón. Ahogados Patiño, Cortissoz y Triana». Esa desgracia, informó de viva voz el expresado Capitán, les sucedió al tratar de cruzar los tres dentro de una misma pequeña embarcación, a «Fox River», estrecho y profundo brazo de mar que separa o separaba a la isla de «Manzanillo» —Colón— de tierra firme.

Ahora bien, sin embargo, de que a petición de él se había convenido en suspender las hostilidades, mientras se llevaba a cabo el canje de prisioneros, el General Carlos Albán resolvió renunciar a ese pacto, como se dijo atrás, cuando se le pidió, justificadamente, una pequeña espera para realizarlo, siendo de anotar que comunicó su determinación cuando a bordo de sus naves de guerra, se disponía a atacarnos, por retaguardia, con el grueso de sus tropas. Fracasado su intento de desembarque por «Perequeté», enrumbó a Cermeño, donde logró hacerlo.

Para poder atacarnos en nuestro campamento, tenía que tropezar con graves inconvenientes, que sin lugar a dudas, retardarían su marcha por lo menos cinco días, sin descontar su reconocida actividad: Carencia absoluta de cabalgaduras para transportar el parque, lo que lo obligaría a traerlo a hombros, porque todas las acémilas de la región que tenía que cruzar, las habíamos tomado para nuestro servicio; caminos intransitables por motivo de las lluvias reinantes; y las naturales precauciones de que debía rodearse para evitar una posible emboscada.

El General Saúl Cortissoz, Comandante en Jefe de las fuerzas designadas para el asalto a Colón, favorecido evidentemente por los positivos obstáculos que rodeaban al General Albán, que no podía por tanto, salir de su atolladero prontamente, como hechos posteriores lo comprobaron, avanzaba su camino para tomar a Colón, sin la amenaza de la escasa guarnición de Panamá, que no podía prestarle ayuda a los suyos sin correr el riesgo de entregar esta ciudad, a su propia suerte. De acuerdo con las instrucciones que él llevaba, al coronar su empresa con suerte, debía enviar por el **tren** el aviso de la victoria, a fin de que todo el Ejército se pusiera en marcha, inmediatamente, para tomar a sangre y fuego a Panamá, si lo fuera preciso, porque no se rindiera la poca tropa que la defendía.

En milicia, más que en ningún otro campo de las actividades humanas, tiene consecuencias fatales, la moraleja de «La Perrilla», inmortal fábula de Marroquín. Cayó la plaza de Colón, sin que fuera óbice para el triunfo de nuestras armas, la irreparable pérdida, a un tiempo mismo, de los tres jefes que las comandaban, pues el arrojado Oficial subalterno al que, acorde con las ordenanzas sobre la materia, le correspondía dirigir el asalto final, Sargento Mayor Federico Barrera, lo finalizó con brillo. Penoso es apuntarlo por tratarse de un compañero, ya desaparecido, cuyo sereno valor en posteriores campos de batalla, le conquistaron las insignias de General; pero sea porque ignorara, como sí lo sabían Cortissoz, Patiño y Triana, que acababan de fallecer, cuál debía ser la vía por donde debíase enviar al Cuartel General el aviso del triunfo, o por simple imprevisión, cometió el grave desacierto de desechar la del **tren**, y escoger, en cambio, la extraviada del camino de la **montaña**, a todas luces contraindicada, que tan caro nos costó. Su imprevisión o lo que fuera, indudablemente, deslustró su triunfo. El aviso del Mayor Barrera llegó al Cuartel General el 21, como queda dicho, es decir, después de cuarenta y ocho horas de capturado Colón. Esa fatal demora, insignificante en apariencia, causó sin embargo, la pérdida de la campaña, como lo comprobaron los acontecimientos a que dió lugar y que a su debido tiempo, me limitaré simplemente, a apuntar.

En consideración de que la posesión de una ciudad de la importancia de Colón, requería gran cuidado, la Jefatura Civil y Militar resolvió, previo el ascenso que se me hizo al grado de General, que marchara en seguida a hacerme cargo de esa escabrosa situación. Incontinenti, llevando de compañero al General Porfirio Sotomayor, que pocos días antes, procedente de Sincelejo, Departamento de Bolívar, había llegado a La Chorrera, donde esperaba hallar, según lo manifestó, al General Rafael Uribe Uribe; y a mi fiel ordenanza Juan Esteban Castro, y precedido de un baqueano, tomé el camino de la montaña. Veinticuatro horas después, tras un penosísimo viaje, cruzamos el río Chagres, frente a Gatún, y entramos a Colón al anochecer.

XIX

Colón.—Caótica situación.—Nombramientos de Alcalde y Administrador del Mercado Público de la ciudad. — Doctor Romelio Campillo, Leopoldo B. García. — Prevención a los comerciantes de la localidad. — Cable. — Telégrafo. — Cablegrama al doctor Francisco de P. Manotas.—Envío de tropas al «Puente de Barbacoas». — General Porfirio Sotomayor, Chicho Boyd, Pedro A. Maitín, Alberto Harris.—Cadáveres de los Generales Saúl Cortissoz, Manuel Patiño y Coronel Triana. — Necesarias explicaciones. — Se agrava la situación.—Llegada del cañonero «Próspero Pinzón». — General Ignacio Foliaco.—Intimación de la entrega de la plaza. — Circular a los Cónsules extranjeros y al Superintendente del Ferrocarril de Panamá.—Respuesta a la nota de intimación de entrega de la ciudad.—Prisioneros. — Desagradable incidente con uno de éstos.—Visita de los Comandantes de los barcos de guerra «Machias» y «Marietta» de Estados Unidos de Norte América; «Tribune» de Inglaterra y «Le Suchet» de Francia.—Objeto de la visita. — Incidente con el Comandante de «Le Suchet». — M. Delevante. — Entrevista con el General Ignacio Foliaco a bordo del «Tribune». — Domingo de Battemberg, Arturo Rivera. — Inesperado abandono del puerto por el «Próspero Pinzón».—Gran alarma en la ciudad. — Importante telegrama del Comandante del Crucero «Iowa». — Regreso del «Pinzón».—Injustificable retirada del General Porfirio Sotomayor. Escasez de dinero para un gasto urgente. — Jacobo Salas. — Contribución de Guerra.—Don Juan Stevenson.—Entrevista con el Coronel J. R. Shaler, Superintendente del Ferrocarril de Panamá. — Llegada del Sargento Mayor Moisés de la Rosa. — Su regreso. — Desastre de nuestras tropas en Buenavista. — Rescate del Mayor Moisés de la Rosa.—Miss Lee. — Oportuna, generosa intervención del Comandante Thomas Perry, Jefe del «Iowa».—En el «Marietta». Capitulación.—Entrega de mi espada.—Honrosa manifestación de los Comandantes de los citados barcos extranjeros.

Consciente de la gran responsabilidad que se echaba sobre mí al designármese para que sorteara los peligros que entrañaba la posesión de Colón, habida consideración de los posibles, graves acontecimientos bélicos, que en ella

pudieran ocurrir, como natural contingencia de la campaña, asumí tal actitud, obedeciendo al viejo aforismo, según el cual, «el buen militar, ni se ofrece ni se excusa». Entré, pues, a esa plaza, imbuído por esas ideas, y, al momento, me dí cuenta de que era caótica la situación a que tenía que enfrentarme. El Sargento Mayor Federico Barrera, bajo cuyo mando finalizó el asalto que puso en nuestras manos la ciudad, estaba recluso a causa de una herida, leve por fortuna, que había recibido en una pierna durante la lucha, en la casa de habitación de don Porfirio Meléndez, su personal amigo, si no ando mal de recuerdos. De consiguiente, la tropa que la guarnecía, aunque por su conducta ejemplar, que honraba nuestras armas, merecía parabienes, pues no había cometido desmanes, como suele suceder en estos casos, carecía de la necesaria unidad de mando; no se había organizado la defensa que las circunstancias requerían; y la nómina del personal civil, estaba para llenarse.

Para corregir ese estado de cosas, nombré Alcalde de la ciudad al doctor Romelio Campillo, distinguido facultativo que, por sus relevantes cualidades, gozaba de respeto y generales simpatías; y, Administrador del Mercado Público a don Leopoldo B. García, honorable, acucioso y de reconocida honradez. Ambos entusiastas copartidarios. Luego, por medio de un Oficial de órdenes, previne a todos los comerciantes de la localidad, que debían abstenerse de suministrarles a los Jefes, Oficiales, Clase y tropas de mi mando, cualesquiera artículos que les pidieran, a crédito, sin orden escrita, autorizada por mí. En seguida, personalmente, notifiqué a los Jefes del Cable y del Telégrafo, empresas extranjeras pertenecientes la primera, a una Compañía anónima y la segunda, al Ferrocarril de Panamá que, so pena de ocuparles militarmente sus oficinas, no transmitieran ninguna comunicación referente a los asuntos que tenía entre manos; y aproveché la visita al Cable, para dirigirme al doctor Francisco de P. Manotas, que se me había dicho estaba en Curazao, en el sentido de informarlo de la situación e insinuarle al propio tiempo, que recabara del General Cipriano Castro el envío inmediato de los buques nuestros que él retenía, para que coadyuvaran a la defensa de Colón. De esa comunicación no recibí respuesta. Finalmente, dejando solamente quince hombres armados con su respectivo Oficial, para guardar el orden en la ciudad, y algunos otros Oficiales, entre los cuales recuerdo a Chicho Boyd, Pedro A. Maitín y Alberto Harris, a quien tomé como corneta de órdenes, envié el resto de las fuerzas al mando del General Porfirio Sotomayor, con destino al «Puente de Barbacoas», posición casi inexpugnable que él debía ocupar, para que rechazara al enemigo, si por acaso intentara atacar.

Despejada, en parte, la situación, inquirí detalles acerca del desgraciado acontecimiento en el cual perdieron tristemente la vida los Generales Saúl Cortissoz, Manuel Patiño y el Coronel Triana. Las noticias que obtuve, corroboraron las que habían llegado a La Chorrera, con el aditamento de que sus cadáveres habían sido recogidos y sepultados en el cementerio de la ciudad....

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, veamos lo que ocurría por los lados de La Chorrera. Como queda dicho atrás, el General Carlos Albán, fracasado en su intento de desembarcar sus tropas en «Perequeté», se internó con ellas por Bejuco, para atacarnos por retaguardia. También se ha dado cuenta de los obstáculos difíciles de vencer, que le dificultaban realizar su propósito o regresar a su base de operaciones, antes de cinco días por lo menos, tiempo suficiente para por nuestro lado, tomar a Colón, y, previo oportuno aviso de la victoria, movilizar todo el Ejército hacia Panamá, que estaba poco menos que desguarnecida, fácil por tanto, para ocuparla a viva fuerza, si antes no se rendía. Dió al traste con ese sencillo, acertado plan, y, correlativamente, con la suerte de la campaña, la malhadada demora de cuarenta y ocho horas conque llegó al Cuartel General la noticia aludida, como lo evidencia la simple narración de los infortunados sucesos que originó, de los cuales vine a tener conocimiento, primero, por sus inmediatas consecuencias, y después, por lo que me contaron veraces labios, ya consumado el desastre final.

Hagamos breve memoria: En la tarde del día 21 de noviembre de 1901, es decir, pasadas varias horas de mi partida para Colón, comenzó, siguiéndose el plan acordado, la marcha del Ejército en dirección a Panamá, por la vía de «El Arado» y «Emperador». Las últimas unidades, la Jefatura Civil y Militar, y la Comandancia en Jefe, abandonaron La Chorrera, a las doce de la noche. El 22 acamparon en «El Arado», donde el doctor Julio Icaza, Jefe de la «Guardia de Reserva», que había llegado con antelación, dió cuenta de que había despachado treinta hombres a «Emperador» al mando del Mayor Montero y del Capitán Carrasquilla. El 23 siguieron a esa población, comandados por el Jefe de la «2a. División» y el propio doctor Icaza, los batallones «Victorioso», «Uribe Uribe», «Juan Antonio Mendoza» y «Húsares de Panamá». El mismo día se remitieron 29.000 tiros, con el Mayor Granda, a San Pablo, vale decir, al «Puente de Barbacoas». El 24 marcharon a Emperador el Jefe Supremo, la Comandancia en Jefe y las tropas que habían quedado en «El Arado». Llegaron a las cinco de la tarde, cuando ya los batallones citados habían roto los fuegos en Culebra, con las fuerzas del General Carlos Albán que, prontamente informado de lo sucedido en Colón, sin detenerse en Panamá, había regresado, velozmente, desde los andurriales de Bejuco, donde aún se encontraba cuando nuestro Ejército desocupó La Chorrera. El combate fué desigual, pues el batallón «Vargas Santos» que conducía el parque, no alcanzó a llegar al lugar de la lucha. Agotadas, pues, las cápsulas que llevaban en las cartucheras, los nuestros tuvieron que ceder el campo a los contrarios y se replegaron los más para el monte, y los restantes, para San Pablo. Murieron en el combate los valientes Coronel Miguel Hoyos, el Sargento Mayor Rafael Zúñiga G. y otros que lamento no recordar. Lo apuntado basta para establecer las siguientes conclusiones:

El craso error de haber enviado el aviso de la toma de Colón, por el extraviado camino de **la montaña**, que implicaba segura tardanza para llegar a nuestro Cuartel General a donde iba dirigido, en vez de haberse comunicado, como indicaba una mediana previsión, por el **tren**, que significaba eficiencia, dió como resultado infeliz, la pérdida de un tiempo precioso que habría permitido atacar a Panamá, con las mejores probabilidades de buen éxito, dada su escasa guarnición; y, por contra, que ese mismo craso error le permitió al activo Jefe enemigo, volver sobre sus pasos y subsanar, como lo hizo, el que él había cometido—que era la base de nuestro triunfo—o sea, haber abandonado, imprudentemente, su Cuartel General, todo lo cual culminó en la fácil victoria que cosechó en el desventajoso combate que obligó a aceptársele entre Culebra y Emperador, cuyas funestas consecuencias no se pudieron reparar.

El advenimiento de esos acontecimientos agravó, como era natural, la situación en que se hallaba la ciudad de Colón que, para colmo, la hizo más difícil el aparecimiento del cañonero «Própero Pinzón», en las aguas del puerto, cargado de tropas enemigas, comandadas por el General Ignacio Foliaco que, al instante, me intimó por medio de un oficio la entrega de la plaza, con amenaza de bombardearla, si en el perentorio plazo de dos horas, no satisfacía sus exigencias. El dilema que encerraba esa bravata, sólo tenía dos soluciones: Aceptar el reto o rendir la plaza. Si lo primero, carecía según se sabe, de los elementos necesarios para respaldar tal actitud, la cual desde otro punto de vista, imponía reflexión para adoptarla. Se trataba de una ciudad en la cual sería peligroso combatir, porque las contingencias de la lucha podían ser muy graves, como de ello había ejemplos en su historia..... Si lo segundo, tenía que idear los medios para evitarlo, y, para ello, dirigí a los Cónsules extranjeros de la localidad y al Superintendente del Ferrocarril de Panamá, una Circular por medio de la cual les informaba de la amenaza a que estaba abocada la ciudad, según el contenido de la comunicación del Jefe enemigo, a fin de que aquellos insinuaran u ordenaran a sus connacionales que se trasladaran, para su seguridad, a los buques surtos en el puerto; y, a éste, para que hiciera desocupar los muelles de su empresa que, le dije, los necesitaba para ocuparlos en defensa de la plaza, advirtiéndoles, una vez por todas, que declinaba la responsabilidad de lo que pudiera acontecer en el combate a que se me había provocado, pues me limitaría a observar actitud defensiva. Acto seguido, dí respuesta al oficio del Gral. Foliaco, manifestándole que rechazaba su intimación; que si él estaba resuelto a llevar a cabo su amenaza de bombardeo, podía hacerlo, recalcándole que de mi campamento no saldría un tiro, mientras él no atacara la ciudad, dispuesto como lo estaba a no asumir las contingencias del choque que, íntegramente se las dejaba a él, como así lo había hecho saber a los Cónsules de las naciones amigas, residentes en la plaza. Analizada, a la ligera, esa actitud mía, podía habersele considerado estólida; pero sí tenía su razón de ser, como hechos posteriores lo confirmaron.

A todas estas, los prisioneros que se hicieron a raíz de la ocupación de la ciudad, que estaban en la parte alta del Cuartel, se impusieron de la llegada del «Próspero Pinzón». Con tal motivo, Julio E. Diez, amigo personal de toda mi estimación, que entre ellos figuraba, me pidió que les cambiara el local de su prisión, porque en el que se encontraban, lejos de ofrecer seguridad para sus vidas, los exponía a perderlas, en el caso de un combate. Le dije que realmente, el combate era inminente, pero que cuál otro edificio de la ciudad los protegería contra las balas, cuando todos los de ella eran de madera, como él lo sabía; que se me ocurría que, suscrita por todos ellos, dirigieran una comunicación al Jefe de las fuerzas del citado barco, en la cual le solicitaran ordenara no disparar sobre mi cuartel, porque una de sus piezas les servía de prisión, en la seguridad de que de allí no saldría un tiro si respetaba esa zona, porque yo así se los había prometido y sabían que se lo cumpliría. La fé que él tenía en mis palabras, puesto que me conocía a fondo, obró en su espíritu y me recomendó que volviera por el escrito. Así lo hice y cuál no sería mi sorpresa al leer su contenido que era una diatriba contra mí. «¿Cómo, exclamé, dirigiéndome a Julio, correspondeste de esta manera, a un acto generoso de mi amistad?. Quién redactó esta infamia, que me resisto a creer que sea tuya?». Mirando él a uno de sus compañeros, me indicó que era éste. «Debía ser usted, el eterno panfletario», expresé indignado, a tal sujeto. «Ha procedido usted como lo hacen fámulas de baja estofa, las cuales cuando un hombre de su calaña, las molesta o ultraja en alguna forma, se guardan de corresponder de igual modo, porque saben lo que se les espera; pero, en cambio, si un caballero inadvertidamente, choca contra ellas, ay! de él, porque al punto se transforman en un basilisco; usted sabe que soy incapaz de proceder como un villano, y, de ahí, que abuse usted de mi caballerosidad». Rasgué el escrito y se lo arrojé a los pies. No lo cito por su nombre, porque se me tildaría de iconoclasta.

Transcurridas algunas horas, después de los sucesos que quedan relatados, recibí la visita previamente anunciada que, en conjunto, se dignaron hacerme en mi carácter de General en Jefe de la plaza, los Comandantes de los buques de guerra extranjeros anclados en el puerto: Henry Mc Crea, del «Machias», Francis Delano, del «Marietta», norteamericanos; A. Galloway, del «Tribune», inglés; y P. Lebrisse, de «Le Suchet», francés. La entrevista se celebró en inglés, idioma que yo podía usar en una conversación llana y corriente, pero, como probablemente, se iba a tratar de asuntos que requieran dominio perfecto de esa lengua, me asesoré de persona neutral, de toda mi confianza, mi buen amigo Mr. M. Delevante, Auditor del Ferrocarril de Panamá. Expuso, si mal no recuerdo, el Jefe del «Machias», hablando en nombre de todos ellos, el objeto de la visita, así más o menos: «El Comandante de las tropas armadas que están a bordo del cañonero «Próspero Pinzón», carece de agua y de otros elementos para el sustento de él y de los suyos,

motivo por el cual, desea proveerse de los mismos». A este punto contesté: «Siento, positivamente, no poder aliviar la difícil situación del Jefe enemigo, por el cual humanitariamente, así lo entiendo, se interesan ustedes. Media entre nosotros dos, un estado de cosas, que se rige por las leyes de la guerra que, en casos como el presente, son inexorables. De consiguiente, no comprendo cómo pueda él pretender, que el Jefe de una plaza enemiga, a quien acaba de exigirle la entrega de la misma, bajo amenaza de bombardeo, lo libre de las consecuencias que le acarrea su falta de previsión, al no haberse provisto, oportunamente, de las municiones de boca de que carece». «Tratándose de una ciudad **extranjera.....**». «Absolutamente señores, exclamé interrumpiendo, esta es una ciudad **netamente colombiana**». Mis palabras causaron extrañeza, inclusive a Mr. Delevante, que se apresuró a hacer esta aclaración: «No ha oído usted bien General, o ha entendido usted mal. Los señores Comandantes han deseado significar, simplemente, que Colón es una ciudad de **extranjeros**, es decir, habitada en su mayor parte por **extranjeros**». Reconocí mi error y les presenté mis excusas, que ellos aceptaron con sincera complacencia. Pero en seguida el Comandante P. Le Brisse de «Le Suchet», mirándome fijamente, se produjo así: «General: El Código Militar, prohíbe al Jefe de la guarnición de una plaza, someterla a los riesgos de un combate, si no cuentan con fuerzas suficientes para defenderla». La intervención de dicho Comandante, y, sobre todo el sentido de sus palabras, me dieron la sensación de que no lo animaba el espíritu de imparcialidad que se observaba en sus compañeros. «Señor Comandante, argüí: Conozco perfectamente la disposición del Código Militar aludida por usted, y, porque la conozco, he contestado a la exigencia y a la amenaza que me ha hecho el enemigo del «Próspero Pinzón», que me niego a entregarle esta plaza, y que estoy listo a rechazar el ataque, si desea llevar a cabo sus propósitos. Ahora, si porque usted no vea por las calles de Colón, a mis soldados cometiendo desafueros, como tengo noticias de que así lo han hecho otros, cuyo ejemplo no deseo imitar, crea usted que me faltan elementos de defensa, sepa usted que hasta el día de ayer, carecía de ellos, porque no los necesitaba aquí, desde luego que no tenía enemigo a qué hacerle frente por este lado; y me permito invitar a usted para que me haga el honor de acompañarme a mi cuartel, a fin de que usted se cerciore de mi aserto». Según me pareció, él no esperaba esta respuesta, pues levantándose de su asiento, señal de que lo había impresionado, inclinándose cortesmente, me dijo: «Señor General, sírvase usted aceptar mis excusas. Jamás podría yo aceptar su invitación. Mi observación, no tiene ningún alcance desagradable».

Terminado el incidente, la conversación se generalizó sobre otros temas sin importancia, que no puedo precisar a través de tantos años. Se despidieron y tomaron las lanchas que, a corta distancia de la casa donde estábamos, se encontraban, porque es de advertir que, por las razones que se

desprenden de lo antes expuesto, no quise que se celebrara la conferencia en mi cuartel. Más tarde supe, sin que pueda garantizar la veracidad de la noticia, que «Le Suchet» convoyó a las fuerzas gobiernistas que vencieron en la batalla de «Carazúa» ocurrida en la guerra en que me ocupó.

A vuelta de pocas horas, como a las cinco de la tarde, me visitaron nuevamente los expresados Comandantes. Esta vez, el motivo que los guiaba, era buscar un entendimiento tête-a-tête, del General Ignacio Foliaco conmigo, pues su vocero, que lo fué el mismo de la ocasión anterior, me formuló esta pregunta: «¿Tendría usted inconveniente en celebrar una entrevista con el Comandante de las tropas que se encuentran en el cañonero «Próspero Pinzón?»». Sin vacilar contesté: «Ni la solicito ni la rehusó. Si ustedes, como parece demostrarlo el interés con que ustedes se dignan sondear mi opinión al respecto, consideran que mi aquiescencia a la solicitud, o más bien insinuación de ustedes, que la recibo como un honor, puede favorecer sus deseos, desde luego nobles y altruistas, gustosamente me pongo a la disposición de ustedes para lo que haya lugar».

Escogido por ellos el crucero «Tribune» para que en él se celebrara la entrevista, su Comandante A. Galloway, me dijo que a las ocho p. m. enviaría una lancha para que me trasladara a su barco, donde le sería honroso y grato recibirme. A la hora señalada, acompañado de don Arturo Rivera, alto empleado del Ferrocarril de Panamá, a quien tomé como secretario ad-hoc, en atención a su completo conocimiento del idioma inglés, embarqué en la referida lancha, que estaba al mando de un Oficial, y, a poco, subimos al «Tribune», en donde ya se encontraban los Comandantes del «Machias», del «Marietta» y «Le Suchet», y el General Ignacio Foliaco y un Oficial de nombre Domingo de Battemberg, que lo acompañaba. Foliaco y yo, éramos amigos personales, de suerte que nuestro encuentro fué cordial, tanto, que nos saludamos con un abrazo, circunstancia ésta que causó buena impresión en los presentes. Hechas las presentaciones de Rivera y Battemberg, pasamos todos a la cámara del barco. Una vez allí, el Comandante Galloway manifestó que tanto él como los Comandantes allí presentes, se sentían muy complacidos de que nosotros, Foliaco y yo, hubiéramos atendido la citación que se nos había hecho, satisfaciendo de esa manera la aspiración de todos ellos, que era la de que en la conferencia que iba a celebrarse, llegáramos a algún acuerdo honroso para ambos, capaz de evitar en lo posible un choque que podría poner en peligro intereses y vidas de no combatientes, de la ciudad de Colón, como ellos lo esperaban de nuestros humanitarios sentimientos. Les dimos las gracias por sus elevados propósitos, y comenzamos a deliberar.

Tomó la palabra Foliaco, y, en resumen, me dijo que aunque mantenía en todo su vigor la comunicación que me había dirigido, animado como

lo estaba de los mismos buenos propósitos que acabábamos de escuchar, me ofrecía honrosa capitulación. Le respondí, que mi actitud, según se lo había manifestado por escrito y se lo confirmaba de viva voz, era defensiva, por determinar así la posición en que me hallaba, la cual estratégicamente y por conceptos más elevados, aventajaba a la de él, pues me permitía ponerme al amparo de la gran responsabilidad de someter una ciudad tan peligrosa como la que tenía en mis manos, a un combate, de graves resultados probablemente, dadas sus especiales condiciones y ciertos antecedentes dignos de no olvidarse, motivos por los cuales, para todo evento, así lo había hecho saber, en la debida oportunidad, a los Cónsules de las naciones amigas, radicados en dicha ciudad; y, por último, que si él no estaba dispuesto a modificar sus propósitos, asumiera los riesgos que yo había declinado irrevocablemente. Nuestra discusión se prolongó hasta muy avanzadas horas de la noche, y como persistía en mis puntos de vista, creo que mis razonamientos lograron hacerlo reflexionar, pues hubo momentos en los cuales se quedaba pensativo, y, como si hablara consigo mismo, le oí exclamar con voz casi imperceptible: «¡Qué situación tan difícil!», lo que me animó a manifestarle, en tono amigable, que si él me lo permitiera, me atrevería a darle un consejo. Asintió a mi insinuación y le expliqué mis ideas, en los siguientes términos más o menos: «Comprendo que tus vacilaciones dependen, no del temor de empeñar el combate, sino de provocarlo, pues no se trata de un hecho de armas en que entran en juego, únicamente, el valor y la pericia militar. Otros son los inconvenientes, de mucha entidad por cierto, que deben estudiarse, antes de dar ese paso. Explícale al Presidente de la República, la situación que has encontrado, y si él te da la orden de que ataques, allá él con la responsabilidad de lo que pueda sobrevenir. La consulta debes hacerla por medio de una comunicación cablegráfica, a la cual, naturalmente, le daré el pase». Aceptó, en principio, mis ideas, pues sustituyendo apenas al destinatario, después de ciertas reticencias, concluyó indicándome que se dirigiría al General Carlos Albán. Le observé, que el consejo u orden que debía procurar, para que fuera cabal, no debía ser el de un simple agente del Jefe de la Nación, sino, principalmente, el de esta entidad. Largamente, discutimos el asunto, pero, al fin convino en dirigirse al referido Supremo Mandatario, siendo convenido que le concedería un plazo de cuarenta y ocho horas, para recibir la respuesta, plazo en el cual él se comprometía a no atacar la ciudad. Se levantó un acta con todos esos detalles, la cual firmamos ambos, por duplicado, a presencia de los señores Comandantes que no se habían separado de la reunión. Me entregó la susodicha comunicación, que luego hice transmitir y terminamos la entrevista.

En las primeras horas de la mañana siguiente, se me dió presuroso aviso de que el «Próspero Pinzón» acababa de levar anclas y se dirigía, mar afuera. «Al enemigo que huye, puente de plata», respondí, y alcancé a ver que, efectivamente, ya estaba lejos de su fondeadero.

Serían las once de la mañana. Me encontraba en la «Calle del Frente» de la ciudad, cuando desde un coche, que venía a todo andar, el doctor Romelio Campillo, en altas voces me dijo: «General, el enemigo está desembarcando por los lados del «Matadero». «Eso no puede suceder. No alarme usted la población», le respondí. Sin embargo, de que me resistía a creer que el General Foliaco hubiera quebrantado su fé de militar, solemnemente empeñada pocas horas antes, ante esa inquietante noticia, monté a caballo y con el corneta de órdenes a mi lado, me dirigí al lugar indicado. A pocos pasos, encontré a muchas jamaicanas, que huían despavoridas, con grandes atados de ropa en la cabeza, clamando a gritos, en su idioma, el favor de Dios, para que las librara de los soldados y de la revolución, como decían. Ordené al corneta que tocara el toque de «atención» y como por encanto, se pararon, lo que me permitió decirles, a la ligera, para infundirles calma, que no tuvieran miedo, porque no había nada de qué temer. Adelante, tropecé con iguales escenas, y cuando llegué al Matadero, ví que el motivo de la alarma eran unos botes tripulados por pescadores, con camisas rojas — griegos, según lo supe después — que tal vez debido a ese vestido, habían sido confundidos con soldados del «Próspero Pinzón», el que juzgaban oculto tras un promontorio que se entra al mar por esas cercanías, en cuya dirección había pasado.

Terminados esos sucesos, que degeneraron en chacota, recibí un importante telegrama, suscrito por el Comandante Thomas Perry, Jefe del crucero norteamericano «Iowa», que estaba en la bahía de Panamá, en el cual me informaba que el General Albán, le había prometido suspender los fuegos, mientras pasara el tren, en los ataques que venía haciendo al «Puente de Barbacoas», si por mi parte, se ordenaba otro tanto, como así me lo solicitaba, para que el tránsito entre las ciudades de Panamá y Colón, no se interrumpiera. Le contesté, afirmativamente, añadiéndole que impartiría las órdenes correspondientes, como efectivamente lo hice. Se dió, pues, un caso que honraba por igual a ambos Ejércitos.

Tras corta ausencia, regresó el «Pinzón». Sucedió, que se había encaminado a Portobelo, con el objeto de hacerse a esa plaza, de bahía muy segura, como es fama, pues desde juiciosa distancia de su entrada, destacó una lancha, al mando de un oficial, el cual era portador de otra nota concebida en los mismos términos que la que me había enviado. Impuesto de su contenido el Jefe de la pequeña guarnición que custodiaba ese puerto, le previno al oficial que se la entregó, que abandonara sin demora la bahía, y como le pareciera renuente, ordenó hacerle fuego a dicha lancha, la cual, a todo remo, desapareció. De este incidente se me envió el parte de rigor, junto con la nota intimidadora.

Intempestivamente, presentóse a la ciudad, con unas cajas de parque, el General Porfirio Sotomayor, Jefe de las tropas que con denuedo habían rechazado en el «Puente de Barbacoas», las arremetidas de las que comandaba, en persona, el General Carlos Albán. Dióme cuenta de que había ordenado abandonar esa admirable posición y ocupar a Buenavista, temeroso de que los contrarios, a la larga hubieran podido arrebatársela. Injustificadas como eran sus conjeturas, causóme gran disgusto su ligereza, fatal a la postre, como se verá adelante; y, con gran pena, porque era un Jefe valeroso cual lo demostró en el asedio de Aguadulce, donde perdió la vida, le censuré su conducta y lo hice regresar a su puesto.

Ese paso en falso, creó nuevos problemas que era necesario resolverlos, casi con la misma prontitud con que aparecían, tarea que demandaba seriedad y prudencia en la acción, para que fuera eficiente, moral y materialmente considerada, porque la situación de Colón en esas horas, era «una brasa de candela» que requería tino y gran cuidado, para asirla y poder conservarla, ilesas las manos. Basta para apreciarlo, ligera comprensión.

Llegó un momento, en que fué urgente despachar en altas horas de la noche un tren especial, con algunos elementos para Buenavista, pero se carecía de dinero para satisfacer la erogación correspondiente. Con el fin de solventar esa apremiante necesidad, convoqué a los pocos copartidarios de la ciudad, que podían hacerlo. Impuestos de lo que se trataba, alguno de ellos sugirió que se debía imponer contribución de guerra a los enemigos, sin que fuera obstáculo para ello, que estuvieran, como lo estaban, escondidos, porque sería fácil dar con ellos. Repliqué, que a nada práctico conducía ocuparse de esa medida en tales momentos, porque el socorro que necesitaba el partido, no admitía espera, pues el tren debía despacharse en seguida, para no hacer ostensible su salida de la estación, y, sobre todo, para que llegaran cuanto antes los recursos que en él se enviaban; que los buenos liberales, cuando el partido se lanzaba a los campos de batalla, en defensa de sus ideales, estaban obligados a contribuir al triunfo de los mismos, ya con su sangre, como lo veníamos haciendo los que habíamos empuñado las armas, ya con su dinero, los que como ellos, por algún motivo, no habían podido concurrir a las toldas de campaña; y por último, que sería incalificable que se negaran a cumplir con ese sagrado deber político, cuando otros de los nuestros daban ejemplos de llenarlo de ambas maneras. Jacobo Salas, que era uno de los que me oían, y que me había prestado importantes servicios civiles, desde mi entrada a Colón, aportó, de su peculio, la suma que se necesitaba y pocos momentos después, partió el tren.

El resultado de esa reunión, demostró que sería imprudente no allegar, con antelación, fondos para hacer frente a nuevas emergencias iguales a la

que estuvo a punto de causar seguros contratiempos, si Jacobo Salas no hubiera subsanado la falta de dinero, en caja, para allanarla, imprevisión que no debía subsistir. Se imponía pues, para arbitrar recursos pecuniarios, apelar a la medida que se me había sugerido en dicha reunión, o sea gravar con contribuciones de guerra a los adversarios, pues de otra parte, había que tenerse en cuenta, que la recaudación de la renta del Mercado Público, única fuente de ingresos con que contaba, era de escasos rendimientos, a causa de que las actividades comerciales habían decaído por la anormal situación que se atravesaba. Ahora bien, como se sabía que las personas a las cuales por su filiación política, se pudiera recurrir en ese sentido, a excepción de don Juan Stevenson, estaban ocultas y era dispendioso, y más que todo, enojosa su búsqueda, teniendo en cuenta además, que no necesitaba reunir mucho dinero, me limité a notificarle a dicho señor que se le había impuesto una contribución de guerra, por la suma de quinientos pesos moneda legal. Alegó que le parecía muy gravosa de acuerdo con sus recursos monetarios. Me atuve a su observación o reclamo y convino en pagar, como lo hizo, sin que lo pueda precisar, doscientos cincuenta o trescientos pesos, que fue la única contribución de guerra que impuse.

No obstante de que me inspiraban alguna confianza las personas de los Jefes de las Oficinas del Cable y del Telégrafo, relativa a que no transmitirían ninguna noticia referente a la situación de la ciudad, como se los había exigido, sin que ellos lo supieran, establecí cierta vigilancia para cerciorarme de si esa medida, de capital importancia, se cumplía. En cuanto a la oficina del Cable, no tuve ninguna queja. No así de la del Telégrafo, pues se me informó de que se acababa de transmitir un telegrama al respecto, a la ciudad de Panamá. Acto seguido, le solicité una entrevista, que me fué concedida, al Coronel J. R. Shaler, Superintendente del Ferrocarril de Panamá, mi antiguo Jefe, pues como lo anoto al comienzo de estos apuntes, abandoné el puesto que desempeñaba en esa empresa, para entrar a la guerra. Lo impuse de lo que había ocurrido y le notifiqué que, en cumplimiento de los delicados deberes de mi incumbencia, me vería obligado a cortar los alambres del telégrafo, si se repetía el caso de mi respetuosa pero formal denuncia. Después de expresarme su contrariedad por la causa que había motivado mi reclamación y de asegurarme que sería corregida, definitivamente, esa falta, nos despedimos en las mejores relaciones.

Permítaseme una expansión espiritual, antes de terminar el recuento de estos recuerdos, que la obligante excitación de mi noble amigo Guillermo Andreve, ha conseguido que saque del olvido: Mi querido hermano Moisés de la Rosa, colegial aún, pues abandonó los claustros del colegio para ir a conllevar la vida del vivac, cuando le tocó el turno de militar bajo mi mando —segunda campaña del Istmo, organizada en Nicaragua en 1901— me planteó

este grave problema afectivo: Por una de tantas ironías del destino, jamás tuvimos la dicha de compartir los juegos de la niñez, que es lo que dá al fraternal cariño su exquisito sabor especial, no por otra causa, que la gran diferencia de edad que existe entre los dos. De suerte, que los lazos que nos ligan, son casi paternos, lo que, paradójicamente, es una desventura entre hermanos, porque la falta de confianza que de ello se deriva, aunque nunca alcanzará a aflojar esos sagrados lazos, crea una situación moral indeseable para la vida, verdaderamente fraterna, la cual para que sea alegre y esté exenta de un átomo de tristeza, debe estar animada por la íntima camaradería coetánea de la adolescencia. Conocidos estos antecedentes, se comprenderá, aún sin enunciarlo, que ese problema era evidente y grave en sumo grado porque no podía tener, como no lo tuvo, solución satisfactoria.

He aquí, sus amargos resultados: Después de toda una noche de viaje, a pié, llegó, como a las ocho de la mañana a Colón mi referido hermano que, a lo largo de la primera y segunda etapas, de la campaña aludida, había alcanzado el grado de Sargento Mayor, denodadamente, — sin que en este concepto haya asomo de elogio interesado de mi parte, pues consta en su hoja de servicios — trayendo importantes noticias acerca de la retirada de los nuestros, en el desigual encuentro con el enemigo, en Culebra-Emperador, y de la situación en que se hallaba el campamento de Buenavista. Rendido por el cansancio y el sueño, terminada su entrevista conmigo, sin desayunar siquiera, echóse a dormir. Despertó a las cuatro de la tarde, se bañó, tomó alimentos, y, el vigor de la juventud, hizo lo demás para restaurarle sus fuerzas corporales. Mas oh! asechanzas traidoras de la vida! «Mayor De la Rosa, le dije: Si tiene usted algunas diligencias que practicar, debe usted estar desocupado a las seis de la tarde, hora en que debe regresar, en las mismas condiciones en que vino, a Buenavista, para cumplir una comisión urgente». «Está bien», respondió. Hallábanse presentes varios Oficiales. Chicho Boyd, que era uno de ellos, adelantándose a los demás quienes al mismo tiempo que él, me hicieron igual manifestación, expresó: «General, Moisés debe estar muy cansado. Yo puedo ir a desempeñar esa comisión». «Lo sé, pero yo los necesito a ustedes aquí. Además, ya él está repuesto de su estropeo», repuse. Generosamente insistieron en que substituyera, con cualquiera de ellos, a mi citado hermano, y, ya se puede comprender el gran esfuerzo moral que tuve que hacer para, con aparente serenidad, mantener mi determinación. Le entregué los papeles que tenía que llevar; le comuniqué severas instrucciones para que las cumpliera en el camino si encontraba, armados, a alguno o algunos de los nuestros, y emprendió su marcha.

Llegó a Buenavista en momentos en que los contrarios, que habían flanqueado esa posición, se desplegaban a la entrada del poblado. No le dieron tiempo para reconocerlos, pues al instante, dispararon contra él hirién-

dolo en el brazo izquierdo, que desde ese día, para siempre le quedó inútil. Ante la sola idea de que se creyera que, no obstante ser él un militar en servicio, lo alejaba de un peligro, simplemente por ser mi hermano, para en cambio empujar a otro de mis subalternos a arrostrarlo, apretándome el corazón, sin vacilar, lo escogí a él. Comprensivo como lo es ese mi hermano, casi un hijo, se dió cabal cuenta de mi amargo proceder. Al recordar, revive en mi pecho, la tragedia moral que me sacudió ese día. ¿Hice bien? ¿Hice mal?

El «Puente de Barbacoas», de bastante extensión, sobre el cual pasaba la línea férrea, estribado en ambas orillas del río Chagres, era la llave de la plaza de Colón. Su afianzamiento en la banda derecha de dicho río, constituía una posición casi inexpugnable, no tanto porque para llegar hasta ella era indispensable hacerlo a pecho descubierto, cuanto porque era terreno alto, desde el cual los nuestros podían disparar sin ofrecer mayor blanco al enemigo, de tal suerte, que las repetidas embestidas dirigidas personalmente por el General Carlos Albán, para lograr desalojarla, dieron por resultado que éste, diezmadas sus fuerzas, tocó retirada; y fué en esas condiciones, como el General Porfirio Sotomayor, ofuscadamente, la abandonó para ocupar a Buenavista, población a la cual, sin previo estudio, podía considerarse como estratégica, porque por el frente o sea el camino del tren, estaba bien resguardada, aunque realmente carecía de ese privilegio, pues por sus flancos estaba al descubierto, máxima desventaja que la sagacidad del jefe enemigo descubrió a poco, pues la ignoraba por completo, lo que le proporcionó inesperado, rotundo triunfo, como lo evidencia lo siguiente:

Desoyendo el General Albán a sus copartidarios que, desalentados por el resultado negativo de su arrojó, le insinuaban desde Panamá, que regresara a esa ciudad para que se hiciera fuerte en ella, acampó en un lugar distante del lugar de la lucha, con el propósito de repetir sus asaltos después de algún descanso. Allí supo el desacierto del General Sotomayor, más creyendo, probablemente, que le sería difícil cuando menos, vencerlo en su nueva posición, si lo atacaba de frente, hombre decidido y de acción, como lo era, dió en averiguar si había alguna ruta extraviada que condujera a Buenavista, con lo que se enteró de que existía una vereda por el monte, que podría utilizarla. Sin pérdida de tiempo, precedido del informante, que tomó de guía, recorrió esa trocha, de noche, y como se dijo atrás, en las primeras horas de la mañana siguiente, arribó a aquel campamento, coincidiendo su llegada con la del Sargento Mayor Moisés de la Rosa, mi expresado hermano, contra quien sonó la primera descarga que inició el asalto que le dió el triunfo que perseguía.

Ignorante de ese desastre, poco antes de la llegada del tren de pasajeros, recibí un telegrama del Comandante Thomas Perry, Jefe del crucero

«Iowa», por medio del cual me comunicaba la fatal noticia, y me insinuaba a la vez, que aceptara celebrar una entrevista con el General Carlos Albán, que éste estaba dispuesto a llevarla a cabo, merced a su intervención, para lo cual juntos vendrían a Colón, si mi respuesta fuera favorable. Como se comprenderá, no me quedaba otro recurso que dar mi aquiescencia a su bondadosa intervención. Respondíle pues, en conformidad, y guardé absoluto silencio, para esperar el desarrollo de los nuevos acontecimientos, sin los estorbos, morales y materiales, que podría acarrearle la sensacional revelación del arribo a la ciudad del General Albán, a continuación de su aplastante triunfo, tanto más, cuanto que lógicamente, necesitaba tranquilidad y cierta lucidez para enfrentármele.

Luego llegó el tren de pasajeros, del cual descendió Miss Lee que, solícitamente, ayudó a bajar del mismo a mi hermano Moisés, y, acercándose acompañada de él me dijo: «Aquí le traigo a su hermano». Al verlo, me dí cuenta de que estaba herido, por la sangre que manchaba el cabrestillo que le sujetaba el brazo izquierdo. La sorpresa que me causó su lamentable estado, la aprovechó él para calmar mi inquietud, que debió reflejarse en mi semblante, pues sin esperar a que reaccionara de esa emoción, comenzó a explicarme cómo fué lo de su herida, y la rapidez con que obró Miss Lee, en el corto tiempo del cruce de los trenes en «Matachín», para sacarlo del tren en que lo llevaban prisionero, intrepidez, cuyo relato, en síntesis trataré de recordar: Advirtió ella desde el asiento del carro en que venía para Colón, que él estaba en uno de los que seguían para Panamá. Bajó, a saludarlo, pero al darse cuenta de que estaba herido e iba prisionero, pensándolo y haciéndolo, lo tomó del brazo sano y lo sacó del tren, a tiempo que éste arrancaba, y lo condujo al de ella que, al instante, también partía. Sonreída, escuchó ella la narración de mi hermano. Le rendí mis sinceros agradecimientos y nos hizo el honor de acompañarnos al hospital, para donde seguimos en busca de la asistencia que requería su estado. El facultativo que allí encontramos, le entablilló el brazo, pronosticando que eso bastaría para que se le soldara la fractura del hueso, causada por el proyectil que lo había herido. Fueron esos los hechos con los cuales esa distinguida dama, según lo anuncié atrás, corroboró su gratitud por las pocas atenciones que nos fué dado prodigarle en el campamento de La Chorrera durante su visita, como repórter de un periódico de San Francisco de California.

Por de contado, los pasajeros que trajó el tren, regaron la noticia del fracaso de nuestras armas en Buenavista. Esa mala nueva causó, naturalmente, gran contento en los adversarios; sorpresa, en los neutrales; y preocupación, en los nuestros que, con ansiedad inocultable, me requerían, cómo pensaba resolver la situación súbitamente presentada. El estado de sus ánimos, reafirmó mi decisión de guardar reserva acerca de la entrevista que dentro de pocas horas iba

a celebrar con el jefe vencedor; y, como no podía darles respuestas categóricas que satisficieran sus justas preocupaciones, fingiendo presencia de ánimo, orillaba la cuestión, de la mejor manera que podía.

Por fin, el 27 de noviembre de 1901, un poco antes de la hora señalada para la llegada a la ciudad del Comandante Thomas Perry y del General Carlos Albán, me trasladé a la «Calle del Frente», con el objeto de aguardar el tren en que debían venir. Corta fué mi espera, pues, a nada, se presentó una locomotora que traía como único convoy, un carro de pasajeros, desde el cual, asomado a una de sus ventanillas, el primero de ellos me invitó a subir, como lo hice, tan pronto como la locomotora suspendió su marcha que, reanudó hasta el muelle en donde estaba amarrado el «Marietta», barco escogido para que en él se llevara a cabo la entrevista.

El General Carlos Albán y yo nos habíamos tratado, personalmente, en otras ocasiones, de modo que nuestro saludo fué amistoso. El asunto que nos reunía, virtualmente, ya lo habían decidido, a favor de él, los acontecimientos ocurridos el día anterior. Me tocaba, en consecuencia, capear una situación creada, difícil, en la cual, de no obrar con tino, seriedad y decoro, me arrollaría, moral y materialmente, porque era mi deber, primordialmente, velar por la suerte de mis subalternos, civiles y militares, cuya única defensa, en esos momentos, estaba en mis manos.

Ya en la cámara del «Marietta», en presencia de los Comandantes Francis Delano, su jefe y del Comandante Thomas Perry del «Iowa», llegó el momento de redactar el acta de la capitulación, que fué lo que, previamente, se convino. El General Albán, poniendo de relieve su hidalguía, me insinuó que redactara yo las cláusulas del acta respectiva. Decliné tan honrosa deferencia, y, a mi vez, le pedí que lo hiciera él, como en seguida comenzó a dictarlas, si mi memoria es fiel, a mi ex-secretario en la entrevista con el General Foliaco, a bordo del «Tribune», don Arturo Rivera.

Cuando ya las juzgó terminadas, dijo: «Ya está». «Permítame General, le manifesté: Falta una cláusula, sin la cual no firmaré el acta, pues a las anteriores no tengo nada que objetar. El General Aristides Fernández, Ministro de Guerra, ha dictado un Decreto, que está vigente, por medio del cual syndica de «jefes de cuadrilla de malhechores, a los liberales que hayan traído armas del exterior para combatir al Gobierno; y ordena además, que se les siga «Consejo de Guerra verbal». Mi hermano, el Sargento Mayor Moisés de la Rosa, que está herido, y yo, estamos en ese caso, y si ese nuestro proceder, en defensa de nuestro partido, nos acarrea esas consecuencias, no deseamos, ni aceptamos, que las garantías que me he permitido pedirle a usted, para mis subalternos civiles y militares, cobijándonos, nos libre de esa

responsabilidad. Por lo demás, hemos luchado sin deslustrar nuestras espadas, y, por consiguiente, no tenemos nada de que arrepentirnos». Escuchó, sin perder una, mis palabras y generosa y ahincadamente, trató de disuadirme, mas como mi decisión era hija de profunda convicción y no me era dable asumir otra actitud, la mantuve con toda firmeza. No insistió más, pues se limitó a decirme: «Redacte usted mismo la cláusula final». Así lo hice, y, en síntesis, reza: «Pero esta capitulación, no comprende ni al General de la Rosa, ni a su hermano». Firmamos en dos ejemplares, dicha acta, hecho lo cual me preguntó: «¿Cuántos hombres tiene usted?». «Treinta hombres», le contesté. «¡Treinta hombres!», repuso y añadió: «¿Qué es de Díaz?» «¿Qué es de Lugo?», refiriéndose a don Domingo Díaz y al General Jesús María Lugo. «Si usted no me dá razón de ellos, yo no sé donde están. La última comunicación que recibí del primero de ellos, fué de «El Arado» y tiene fecha 24 de este mes», le informé. Fácil es comprender la sorpresa que le causaron mis informes. De haberlos conocido antes, de seguro, en vez de **capitulación**, me habría intimado **rendición**, como es obvio. En seguida, me permití hacerle esta observación, que era casi una insinuación: «Sus tropas General, han sido muy desangradas, en los encuentros que han tenido con las nuestras. Si mañana, al ocupar usted la ciudad y recibir el cuartel, encontraran ellas a mis soldados, aunque desarmados, en formación frente al mismo, una mirada, un gesto, un incidente cualquiera, podría provocar el enojo de los suyos y originar acontecimientos deplorables, de que ni usted ni yo seríamos responsables, pero que las naciones civilizadas calificarían como actos salvajes, pues estamos, según la frase consagrada, «En el Puente del Mundo». Para evitar esas posibles, desagradables contingencias, una hora antes de su entrada a la ciudad, sendos pelotones de los barcos de guerra de los países amigos anclados en el puerto, podrían vigilar, a distancia, el cuartel y las armas y municiones que debo entregarle. Entretanto, yo trasladaría a mis soldados a uno de los muelles de la bahía, para que luego se dispersaran». Encontró prudente mi parecer y así quedó convenido y se cumplió. Para terminar, se dispuso, a propuesta del Comandante Thomas Perry del «Iowa», que a las nueve a. m. de la mañana siguiente, él y los otros Comandantes de las aludidas naves de guerra, me acompañarían a ir a recibir al General Albán a la entrada de la ciudad. Nos despedimos, tan amistosamente como al principio, y, a poco, estuvo él de regreso.

Seguidamente abandoné el «Marietta» y me encaminé al cuartel para informar a mis compañeros acerca del acta que acababa de firmar; pagar a los comerciantes de la ciudad el valor de sus cuentas, provenientes de los artículos que les habían suministrado a los mismos, de acuerdo con las órdenes autorizadas por mí que las respaldaran; y hacer los preparativos para la entrega de las armas y municiones que debía verificar en la mañana próxima.

Sólo, quien haya experimentado una gran responsabilidad como la que pesaba sobre mí en esos días, podría hacerse cargo de que, cualquiera que fuera el criterio que se le aplicara, resultaba delicada y agobiadora. Aunque era de suponer, que los primeros barruntaran que mi súbita entrevista con el General Albán, obedecía a los recientes reveses sufridos por nuestras armas en Buenavista; cuáles sus resultados; y que abrigaran la confianza de que su suerte no corría peligro, porque la sabría defender con el mismo calor que a la mía misma, leí en sus semblantes el anhelo conque deseaban empaparse de todo lo acontecido. Sin omitir ningún detalle, lealmente les dí cuenta de los incidentes que ocurrieron durante la discusión referente a la entrega de la plaza y del documento en que constaba esa dolorosa e inevitable conclusión. Resignadamente, aceptaron los sinsabores que nos deparaban los azares de la guerra; pero de manera afectuosa, censuraron que mi hermano y yo hubiéramos rechazado las garantías otorgadas a ellos. Los señores comerciantes, a solicitud mía, presentaron sus cuentas correspondientes a las mercancías acreditadas a mis subalternos, mediante los requisitos apuntados, las que examinadas y halladas en regla, fueron pagadas, una a una, como lo atestigua el documento que posteriormente, tuvieron la gentileza de enviarme, de su propia voluntad. Luego previne a la tropa, de acuerdo con lo pactado a última hora, con el General Albán, que pusieran los rifles en **pabellones** y al lado de los mismos, las cajas de parque; y que tan pronto como se situaran frente al cuartel las escoltas de los barcos de guerra extranjeros, que estaban en la bahía, se trasladaran al muelle que quedaba a corta distancia.

Llegada la hora en que debía entrar el General Carlos Albán con su ejército, salimos a su encuentro en el siguiente orden: Adelante, el Comandante Thomas Perry del «Iowa» y yo; detrás, igualmente pareados, el Comandante Henry Mc Crea del «Machías» y A. Galloway del «Tribune»; Francis H. Delano del «Marietta» y P. Le Brisse de «Le Suchet». Al regreso, nos colocaron al General Albán y a mí, delanteros, y en el orden establecido, los demás acompañantes, seguidos de las tropas gobiernistas. Ya frente al cuartel, desciñéndome mi espada, se la presenté al General Albán, con estas palabras: «General, le entrego la espada que ha estado al servicio de la causa de mis convicciones. Se la entrego sin una mancha». Antes de que él la tomara en sus manos, el Comandante Perry, interrumpiendo el acto, leyó el siguiente documento en inglés, cuya tradición transcribo:

«Colón, República de Colombia, 28 de noviembre de 1901. — «Los Comandantes de los barcos de guerra ahora presentes en Colón, consideramos en nuestra opinión, que el General de la Rosa solamente ha entregado esta ciudad a la fuerza del Gobierno de Colombia, cuando ya era insostenible; y que al obrar así no sólo ha hecho una acción honrosa sino

«que su carácter como militar adquiere nuevos honores por dicha acción, «pues todos lo consideramos inspirado sólo en sentimientos humanitarios y en «un deseo de evitar la inútil efusión de sangre, tanto de sus soldados como «de los civiles no combatientes, cuyas vidas se sacrificarían en caso de haber «presentado una resistencia a **outrance** de la plaza. El General De la Rosa, «con su hermano, han expresado el deseo de quedar exentos de la amnistía «general ofrecida por el General Albán a las fuerzas liberales, pero nosotros no «consideramos necesario tal sacrificio de su parte, y no sólo no lo considera- «mos necesario, sino que lo creemos absolutamente inadmisibile. — (Fdos) «Thomas Perry, Capitán United States, «Iowa». — P. Le Brisse, Coman- «dante de «Le Suchet». — A. Galloway, Capitán H. M. S. «Tribune». «Francis H. Delano, Com. U. S. Navy «Marietta». — Henry Mc Crea, Com. U. S. «Machías».

Terminada su lectura, el General Carlos Albán, gallardamente, me dijo: «Están usted y su hermano en libertad». «Gracias, General», le contesté y, a renglón seguido, le solicité pasaportes para mi hermano y para mí, con el fin de seguir a Kingston, en un vapor que ese mismo día se despachaba para esa ciudad. «Le estimaré, me insinuó, que vaya mañana a la ciudad de Panamá a hablar conmigo». «Con mucho gusto General», asentí. El Comandante Perry, me interrogó, en inglés: «Qué dice el General Albán?». «Desea que vaya a Panamá mañana para que hablemos», le informé. Me despedí de la comitiva y al separarnos, los pelotones de los buques de guerra dichos, me hicieron el honor de presentarme sus armas.

Horas después, las tropas del cañonero «Próspero Pinzón» desembarcaron. En la noche de ese mismo día, el Comandante A. Galloway, del «Tribune», británico, me invitó a comer a bordo de su barco. Concurrieron a ese honroso agasajo los Comandantes Mc Crea del «Machías» y Delano del «Marietta».



Colomb. Republic of Colombia

28 November 1901

The Commanding Officers of the men of war now present at Colon do consider that General de la Rosa has in their opinion, only surrendered the said town to the forces of the Government of Colombia, when it was no longer tenable; and that by so doing, he not only acts honourably, but that his character as an Officer acquires fresh honour by the said act, as we know him to be inspired only by considerations of humanity, and a wish to prevent the useless effusion of blood, both of his soldiers and of the ~~non-resistants~~ whose lives would be sacrificed should a resistance à outrance have been offered in the town.

General de la Rosa, with his brother, has expressed

Original del documento leído por el Comandante Thomas Perry, del «Iowa», en momentos de la entrega de la Plaza de Colón. La última frase la añadió de su puño y letra el expresado Comandante.

(Deteriorado por la polilla). — 1901.